



LO
que
SUS
OCULTAN
MIRADAS

y otros textos jóvenes

COLECCIÓN
LETRAS
DE PAPEL



CLARA PALOMO VALVERDE

Me enamoré de las palabras. No sé en qué momento. Ni como fue. Pero sé que no sentiré un amor tan puro e incondicional como el que siento por ellas. Ni tan correspondido. Ellas están ahí para hacer que mis lágrimas se transformen en historias, para que mis alegrías se inmortalicen. Ellas están ahí, bailando canciones que solo nosotras conocemos. En secreto, en silencio. Al cerrar los ojos. Ellas están ahí, susurrándome al oído lo que después mi pluma plasma. Me enamoré de las palabras... ¿Pero cómo no iba a hacerlo?



ANTONIO ACOSTA SÁNCHEZ

Orión me pide que sea fiel a mis principios, mantenga la calma y luche con el arma más poderosa, la palabra.

Escribo para romper los dogmas ante el desinterés de un sistema que indirectamente nos pone más difícil huir de la ignorancia y la mediocridad.

Escribo porque no quiero que ningún relato esté condenado a quedarse en el olvido, porque reniego de aquellos que nos quieren hacer creer que es inútil nuestra propia historia, y las palabras que son la madre de las que hoy pronunciamos.

Formo parte de un grupo de voces conscientes de la necesidad de pensar, de dejar de ser esclavos escondidos en la caverna y utilizar la voz para acariciar el alma y apaciguar a los ciclopes y a los centauros, sin olvidar que las palabras pueden ser revolución.



NATALIA MARÍN NAVARRO

Quienes creen que escribir es un don están equivocados, escribir es una maldición. Uno está condenado al falso recuerdo intacto, la exaltación de lo corriente, el sentimiento enfermo, la enfermedad del sentimiento.

Un escritor acaba por convertirse en su propio médico, escribe su diagnóstico, enfermo de amor, de tristeza. Se medica con vacío y discretas dosis de silencio. Pronóstico: sin título.



SABINA DE LA PAZ BENGOCHEA FORTES

Mi viaje comenzó cuando nací, el de la vida; otro cuando escribí mi primer verso, el de la poesía. Ambos se originaron en lo más profundo de mi ser, y florecen cada primavera o cada vez que arranco un verso al mundo. Es dura la senda del poeta, tan proclive a la melancolía; pero más arduo es el camino del silencio, especialmente cuando se tienen sentimientos, pero no palabras para expresarlos.

**LO
QUE OCULTAN
SUS MIRADAS**
y otros textos jóvenes



COLECCIÓN
**LETRAS
DE PAPEL**



JUNTA DE ANDALUCÍA
CONSEJERÍA DE CULTURA

PRIMERA EDICIÓN

Edita: JUNTA DE ANDALUCÍA. Consejería de Cultura

Edición no venal

© DE LA EDICIÓN: JUNTA DE ANDALUCÍA. Consejería de Cultura

© DE LOS TEXTOS: sus autores y autoras

© DEL PRÓLOGO: Ana Belén Ramos, Ayes Tortosa, Francisco Díaz Valladares y Rafael Ábalos.

© DE LA ILUSTRACIÓN: Ana Uceda Pérez

© DEL DISEÑO Y MAQUETACIÓN: Asociación de Editores de Andalucía

Esta edición recoge textos seleccionados de entre los presentados en las pruebas de acceso a la Escuela de Verano para Escritores Noveles, programa del Centro Andaluz de las Letras creado con la finalidad de promover y difundir la creación literaria entre los jóvenes andaluces.






Depósito Legal: SE 1312-2017

Impresión: PODiPrint

Impreso en Andalucía – España

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación, sin el permiso por escrito de la entidad editora.

Impresos en:

- Cubiertas: Incada Silk 240 g de Torras Papel  
- Interior: Coral Book Ivory 1.65 90 g de Torras Papel   

La Comisión Asesora de las pruebas de acceso a la Escuela de Verano para Escritores Noveles 2017, compuesta por las autoras y autores Ana Belén Ramos, Ayes Tortosa, Francisco Díaz Valladares y Rafael Ábalos, que seleccionó estos textos de entre los presentados, emitió su fallo el 19 de abril de 2017.

El asesoramiento técnico del Centro Andaluz de las Letras estuvo a cargo de Antonio Luis Ginés, Carmen Martínez, Francisco Luis Ruiz, Lourdes Fernández y Sandra Martín.

Agradecimientos a Ana Uceda Pérez, por la ilustración de cubierta; a la Asociación de Editores de Andalucía (AEA), a María Martínez y Marina Berma, alumnas del Máster en Gestión del Patrimonio Literario y Lingüístico Español, por su colaboración.

El programa Autores Noveles, desde su creación en 2006 por la Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, ha permitido a 1.900 chicas y chicos adquirir nuevas capacidades expresivas y estimular su creatividad y su talento en el ámbito de la creación literaria.

La parte más destacada del programa es la Escuela de verano para escritores noveles, en la que participan cada año 35 jóvenes, de entre 10 y 20 años de edad, procedentes de distintos puntos de Andalucía. En la edición de 2017, Carmen Camacho, al frente del taller de poesía, y Vicente Luis Mora, en el de narrativa, serán los responsables de la formación de los jóvenes escritores, uniendo así sus nombres al amplio elenco de figuras relevantes de nuestras letras que han mostrado su magisterio en la escuela, como Lorenzo Silva, Clara Sánchez, Fernando Iwasaki, Nerea Riesco, Salvador Gutiérrez Solís, Carmen Moreno, Siracusa Bravo, Eva Díaz Pérez, Javier Vela, Marina Mayoral, Juan Cobos Wilkins o Aurora Luque, entre otros muchos.

Además, dentro del programa de actividades complementarias, los alumnos asistirán a talleres de Literatura y fotografía, Microrrelato, Intervención Poética, Encuentros con autores y un Concierto; y está prevista la participación de Felipe Benítez Reyes, María Alcantarilla, Javier Mije, Paco Cifuentes, Ángelo Néstore y Violeta Niebla.

Cada año, los jóvenes autores destacan la experiencia de convivir con otras chicas y chicos con similares características e inquietudes en un ambiente creativo como el que se genera en la escuela y varios exalumnos, como Cristian Alcaraz, Cristina Morales, José Alberto Arias, o Irene Olalla, han iniciado interesantes carreras literarias tras su paso por nuestras aulas.

Es lo que deseamos a las autoras y autores de los poemas, relatos y cuentos publicados con el título de “Lo que ocultan sus miradas”, en un nuevo volumen de la colección Letras de Papel. Quiero expresar mi agradecimiento tanto a la Asociación de Editores de Andalucía, que colabora en la edición de este libro, como a los integrantes del jurado, Rafael Ábalos, Francisco Díaz Valladares, Ana Belén Ramos y Ayes Tortosa, por su compromiso con un proyecto que suma oportunidades para nuestros jóvenes talentos y que demuestra que Andalucía sigue siendo tierra fértil para la cultura.

Miguel Ángel Vázquez Bermúdez

Consejero de Cultura

JUNTA DE ANDALUCÍA



Índice general

Prólogos 11

CUENTO 10-12 años

EL LIBRO DE CUENTOS. Miriam Manzano Pedrera..... 19

CUENTO 13-15 años

SAMUEL Y EL DRAGÓN. Elena Culebras Ortega26

CUENTO 16 -18 años

SAPHO. Antonio Acosta Sánchez.....35

POESÍA 10-12 años

MIRADA TRISTE. Pablo Baena Liñán 41

POESÍA 13-15 años

EVOCACIÓN. Sabina de la Paz Bengoechea Fortes44

POESÍA 16-18 años

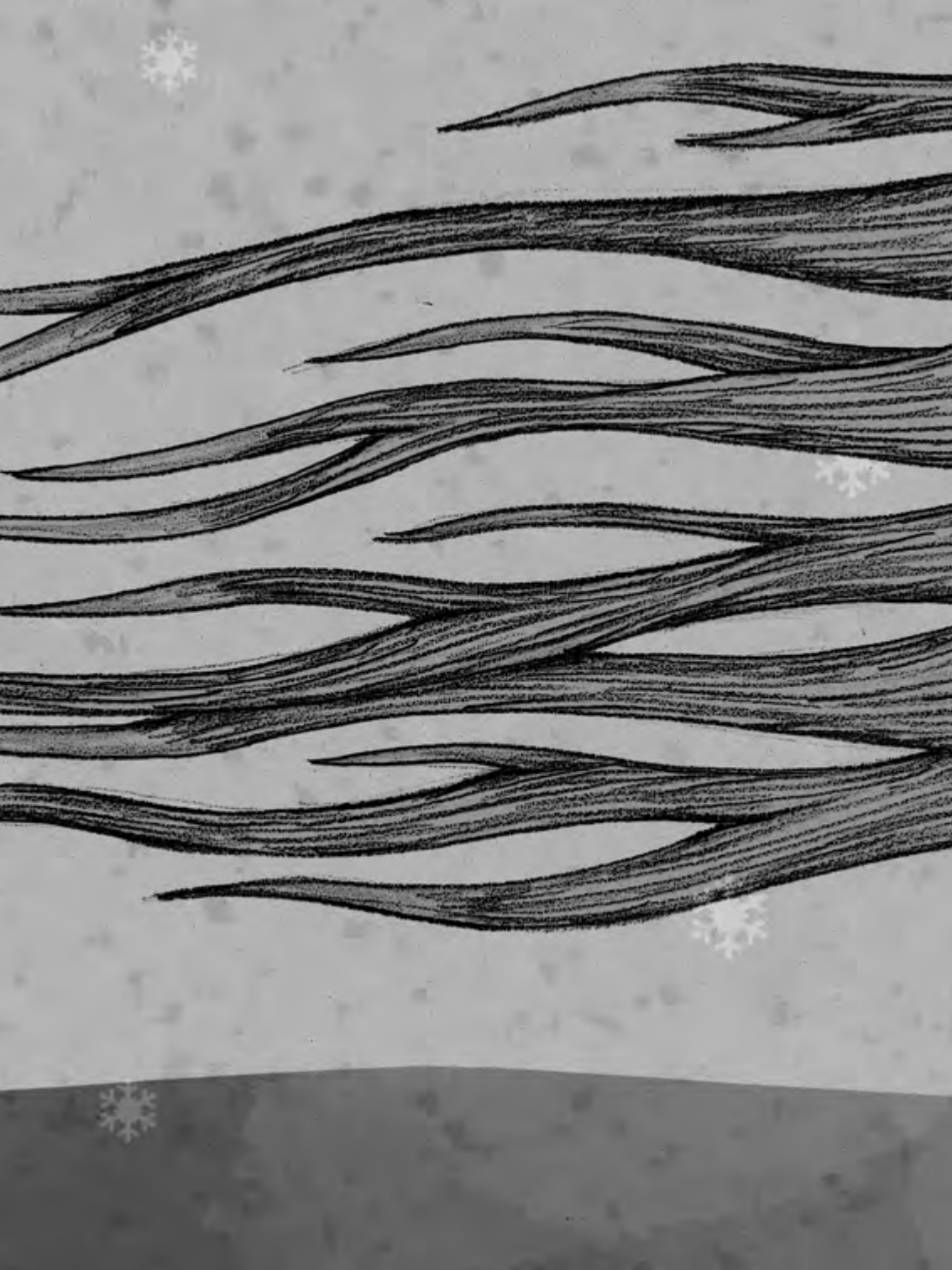
POEMA DE LA AUSENCIA. Natalia Marín Navarro.....48

RELATO 10-15 años

LO QUE OCULTAN SUS MIRADAS. Cecilia López Ballesteros 51

RELATO 16-20 años

RECUERDOS EN RUINAS. Clara Palomo Valverde..... 116



PRÓLOGOS

|

Existe un lugar en el que los seres humanos podemos ser libres, sinceros, auténticos. Donde podemos revelar nuestros secretos más íntimos y profundos, los que tienen que ver con el amor, con la soledad, con el misterio. Un lugar cercano, pero recóndito, donde se puede hacer magia y crear de la nada casas encantadas, países fabulosos con sociedades nunca antes vistas, dragones que insuflan coraje a un niño enfermo, palabras nuevas que logran que las distintas generaciones se den la mano y comprendan que nada termina, que todo continúa. A este lugar recóndito se llega de mil formas: a través de senderos tortuosos en la jungla, después de un larguísimo viaje, o al instante, sin moverse del sillón, siempre que se esté dispuesto a conectar, a fabricar, a transformar. No es necesario tener mucha experiencia para encontrar el camino; la espontaneidad y la energía de los niños y los jóvenes adelantan en ocasiones a los aventureros más veteranos. Ese lugar recóndito en perpetuo crecimiento, conquistado incontables veces y nunca vencido, es la imaginación. Allí surgieron los cuentos, relatos y poemas que siguen a estas páginas, allí los encontraron estos valerosos exploradores de apenas diez, quince, veinte años, y los trajeron para que todos pudiéramos conocerlos y saborearlos en nuestra realidad ajetreada, y a veces desesperante, del día a día. Ahora son un libro, pero antes eran magia.

Porque donde hay un libro, hay más certezas que dudas, más compañía que soledad. Lee, disfruta, defiende, presta este libro escrito por jovencísimos escritores. Los libros son la prueba física de que conocemos el camino a ese lugar en el que somos libres. Son la prueba de que somos misterio, de que somos amor, de que somos poesía.

Ana Belén Ramos



Cuentan los biógrafos que iba paseando Schumann por las orillas del Danubio, en compañía de varios alumnos. Se quejaba el compositor de la falta de talento creativo de las futuras generaciones. Uno de sus pupilos, un socarrón y jovencísimo Brahms, se le acercó y señalando las aguas del río le dijo:

—Maestro, por allí viene la última ola del Danubio.

Una deformación de los que estamos en edad madura es añorar tiempos pasados y pensar que el mundo se acaba con nosotros. Pero el aliento creativo sigue fluyendo, poderoso e imparable, como las olas del Danubio.

Así lo he podido comprobar al formar parte del jurado que ha seleccionado los textos de los aspirantes a la “Escuela de Verano para Escritores Noveles”, integrada en un programa desarrollado por el Centro Andaluz de las Letras. Jóvenes aspirantes que han elegido escribir, de la misma manera que otros eligen interpretar música, entrenar con un balón o dibujar.

Ni siquiera los psicólogos pueden explicar bien el motivo de nuestras elecciones. En lo que sí estamos todos de acuerdo es en que estos participantes escriben porque leen y me atrevo a decir, a juzgar por la variedad y la calidad de sus textos, que leen mucho y leen de todo, como Cervantes, que confesaba leer hasta las notas de recados que encontraba tiradas por el suelo.

Son, por tanto, muy diversos los libros que han influido en los concursantes. Por no hablar de otras influencias de la época: los videojuegos, la televisión, el cine... Pero como diría Kipling, ésta es una historia que merece ser narrada en otra ocasión. Así que ciñéndonos a los libros, ha quedado patente una gran afición a las novelas de aventuras, policíacas, góticas (“Recuerdos en ruinas” de Clara Palomo, es un relato en ésta última línea, verdaderamente inquietante e impregnado del más puro romanticismo). Pero también hay en los concursantes un

marcado gusto hacia la ciencia ficción, el realismo (en su cuento “Samuel y el dragón”, Elena Culebras plantea una triste realidad, aunque tan poéticamente tramada, que consigue dar con maestría la vuelta a la historia). Influencias también de la ciencia, de la ecología, de la fantasía (“El libro de cuentos”, de Miriam Manzano, es una bella y lírica historia muy bien narrada, sobre el poder de la fantasía). En este amplio abanico se incluye además el amor a la cultura helénica (el autor de “Sapho”, Antonio Acosta, hace una recreación biográfica llena de sensibilidad y oficio, sobre la famosa poetisa que vivió en la isla de Lesbos). En varias de las narraciones enviadas encontramos una mezcla de influencias (“Lo que ocultan sus miradas” de Cecilia López Ballesteros, une la aventura, con la fantasía, con el amor adolescente, con el humor... Todo con un ritmo trepidante hasta el final. No se puede pedir más). Y qué satisfacción descubrir, sobre todo en los más pequeños, la querencia por los cuentos populares, historias que son las “madres” de los cuentos contemporáneos, y de los que el filósofo alemán Herder llegó a escribir, de una manera un tanto apasionada, refiriéndose a dos de sus más grandes recopiladores: “El niño que nunca ha oído narrar los cuentos de Grimm está privado de una experiencia cuyo vacío difícilmente se puede recuperar después”.

Dejo para terminar, ese difícil arte de “decir mucho con muy pocas palabras”, que es la poesía, de la que me confieso una defensora a ultranza. Como ha ocurrido con la narrativa, los temas y estilos enviados por los concursantes han sido amplios, un recorrido desde la tradición a las vanguardias. Tal y como podemos ver en los poemas seleccionados: en la elegante gracia de la forma tradicional de “Mirada triste”, todo un lamento ecologista de Pablo Baena. En el delicado lirismo del poema de amor: “Evocación”, de Sabina de La Paz. Y en ese magnífico “Poema de la ausencia”, de Natalia Marín, desgarrado y existencialista, que denota una gran madurez de estilo y de pensamiento.

Para mí ha sido un verdadero placer la oportunidad que se me ha brindado, de leer los textos aquí comentados y muchos otros, no

exentos en absoluto de calidad, que se han tenido que quedar fuera. Así son los concursos, es necesario elegir.

Pero, queridos jóvenes escritores, ¡no hay que desanimarse jamás! Tenemos que seguir leyendo, leyendo, leyendo... y escribiendo, escribiendo, escribiendo... Las dos tareas que de verdad nos asientan en el oficio de la escritura. Porque mientras que el sol no se extinga y desaparezca nuestro planeta (cosa que, ¡uf!, no ocurrirá hasta dentro de unos cinco mil millones de años), vendremos a este mundo, ya lo dijo Miguel Hernández, con nuestras tres heridas auestas: “la del amor, la de la vida y la de la muerte”. Tres heridas que dan y seguirán dando mucho que escribir.

No, no es la última ola.

Ayes Tortosa



A veces, creemos, absurdamente, que ya estamos a la vuelta de todo, que ya no hay nada por descubrir, saborear, sentir, amar... Sin embargo, la vida nos demuestra una y otra vez que por mucho que avancemos siempre estamos al principio y nos sorprende con nuevas experiencias. Tal vez este sea uno de los maravillosos secretos que encierra nuestra existencia y que no todo el mundo sabe apreciar: la sorpresa. Precisamente, la capacidad de sorprendernos y aceptar que nos queda mucho por aprender (humildad) es lo que nos permite evolucionar como personas.

Después de participar como jurado en la selección de las obras de los autores que formarán parte de la Escuela de Verano para Escritores Noveles, bajo el mecenazgo del CAL (Centro Andaluz de las Letras), debo manifestar mi asombro ante la alta calidad de las obras. Nunca se me hubiera ocurrido pensar que chicas y chicos, entre diez y veinte años, pudieran escribir poesías, cuentos y relatos de la categoría literaria de los que hemos tenido ocasión de leer.

No ha sido fácil escogerlos. A excepción de algunos, muy pocos, que han pensado que escribir un relato es narrar sus propias experiencias, (un relato debe ser siempre una historia externa al autor, a no ser, claro está, que pretendamos escribir nuestra biografía), el resto, ha sabido transmitir en sus obras, el talento y la calidad literaria para demostrar que dentro evoluciona el alma de un buen autor-autora.

Tampoco ha sido fácil seleccionar los textos que componen este libro de poesías, cuentos y relatos, pero formen parte de él o no, puedo asegurar que cualquiera de los que he leído podrían vivir perfectamente entre sus páginas.

En esta experiencia también he podido constatar la calidad que se alcanza en estos cursos. He leído obras de autores que han pasado por la Escuela de Verano y tengo que felicitar a sus profesores porque

han sabido enseñar las técnicas literarias que se necesitan para componer un buen texto.

Es encomiable el esfuerzo que realiza el CAL y la Junta para promocionar en este sentido la literatura. Es necesario que se siga trabajando en esta línea; que no se deje de leer; que se apoye la lectura bajo cualquier pretexto. Que se promocióne y se fomente en todos los centros educativos. De hecho, creo que cualquiera de los que nos dedicamos a este noble menester, sabemos que somos más escritores por lo que leemos que por lo que escribimos.

“SI LA CULTURA NOS PARECE CARA, PROBEMOS CON LA IGNORANCIA”.

Francisco Díaz Valladares

IV

Es admirable y esperanzador que en el siglo de las Redes Sociales de Comunicación Virtual unas chicas y unos chicos andaluces, con edades que oscilan entre los 10 y los 20 años, manifiesten una decidida inquietud literaria, posean una demostrada capacidad expresiva, y desplieguen una extraordinaria imaginación para crear cuentos, poemas y relatos como los seleccionados en esta edición de “Letras de papel”.

Admirable porque cualquier actividad creativa implica una aventura de búsqueda interior que, lamentablemente, no es común entre los jóvenes de hoy, seducidos por el impacto visual de las nuevas tecnologías; y es esperanzador porque, con sus creaciones literarias, estas chicas y estos chicos están lanzando sus más íntimos mensajes emocionales a una sociedad cada vez más indiferente ante la ignorancia, la individualidad, y la deshumanización que comienzan a dominar en nuestro mundo globalizado.

Y es que, si leer ayuda a los jóvenes a comprenderse a sí mismos y a comprender la complejidad de la existencia humana y el valor de la libertad o la dignidad, escribir historias imaginadas es la única manera de explicar nuestras ilusiones o nuestros fracasos, nuestros sueños en un futuro cercano o nuestros miedos ante el amor, la amistad, la enfermedad o la muerte. Temas eternos, sin duda, que están tan presentes en las obras de los jóvenes escritores de este certamen literario como en la vida de cada uno de nosotros.

Historias, en fin, hechas de realidades y fantasías, de letras y papel, pero que, como escribe la jovencísima escritora Miriam Manzano Pedrera en su encantador “Libro de cuentos”, con el que se inicia esta edición: Quizá aún haya una persona que pueda escribir un cuento en este libro... y leer todos los demás.

Rafael Ábalos



CUENTO 10-12

EL LIBRO de CUENTOS

MIRIAM MANZANO PEDRERA

EXFILIANA, VALLE DEL ZALABÍ (GRANADA)

CUENTO 10-12

Había una vez, hace mucho tiempo, una casa muy pequeña a las afueras de un pueblecillo. Esta casa era ya muy vieja, y en ella vivía un anciano aún más viejo. Pero, aunque viviera solo, no había conocido la soledad.

Aparte de los animalillos y pájaros que lo visitaban a menudo, los niños del pueblo solían ir a la casa del anciano para escuchar los cuentos e historias fantásticas que él sabía contar. Un día podía hablarles de un gorrión que quería ser un hombre; de una princesa encerrada en una torre que se cansó de esperar a un príncipe que la rescatara y se marchó ella sola; de una bruja que era muy buena con los niños y ayudaba a la gente; de hadas madrinas bastante torpes; de un dragón muy pequeño; de duendes que se encontraban niños perdidos en el bosque; de... Y así se podría seguir hasta el infinito, tantos cuentos había contado el anciano, para regocijo y emoción de los niños. Pero nada dura eternamente, ni siquiera la felicidad.

Un día, el anciano enfermó gravemente. Tras varias semanas de fiebre y dolor, falleció. No solo los niños se entristecieron por esta tragedia; el anciano había sido siempre muy bueno, y muchos de los adultos habían pasado también gran parte de su infancia escuchando sus cuentos. Sin embargo, el tiempo lo cura todo, y la mayoría de los

niños al crecer se olvidaron de él y de sus historias para dedicarse a asuntos más serios. Solo unos pocos, los mayores, se acordaban de vez en cuando de alguna de sus fantásticas historias.

Cuando habían pasado ya varios años de todo esto, un forastero llegó al pueblo. Era una noche de tormenta, por lo que preguntó por el pueblo si alguien le dejaría pasar la noche en su casa. Nadie se ofreció, hasta que llegó a la casa de un hombre joven llamado Nicolás. Este hombre, como imaginaréis, era uno de los que de niño había escuchado las historias del anciano. Al ver el tiempo que hacía, se ofreció sin dudar a dar alojamiento al forastero.

Mientras su mujer recalentaba un poco la sopa que les había sobrado, Nicolás estaba arriba haciendo una cama con mantas para que descansara. El hijo del matrimonio se quedó abajo mientras el forastero le contaba una historia. El niño, de cinco años, escuchaba el cuento con los ojos muy abiertos.

La historia trataba de un dragón que, ya adulto, solo tenía el tamaño de una lagartija. El cuento también narraba los viajes que hacía el dragoncito para buscar un mago que le hiciera más grande, unos viajes más complicados de lo que debieran, porque un viento fuerte podía llevarse volando al dragón. Al final, cuando encontró al mago y este le hizo más grande, el dragón se dio cuenta de que la gente y los animales se asustaban mucho cuando lo veían, por lo que quiso volver a ser pequeño. Volvió a ver al mago y este cumplió su deseo, tras lo que el dragoncito le dio las gracias y se fue a su casa otra vez.

Cuando el forastero terminó de contar el cuento, el niño lo miró por unos instantes y dijo:

—Pero... los cuentos no terminan así. Acaban con “y...”

—Ya lo sé, pequeño —lo interrumpió el forastero—. Pero este cuento aún no ha acabado.

—¿No? —preguntó el niño, extrañado.

—No. Mira, ¿ves esto? Mañana quiero que lo abras después de que me haya ido y lo entenderás.

Acto seguido, el forastero le dio al niño un paquetito envuelto en un pañuelo. En ese momento, Nicolás le dijo a su hijo que se fuera a la cama ya, porque era muy tarde.

Al día siguiente, cuando había pasado la tormenta, el forastero se marchó. El hijo de Nicolás se fue a jugar con sus amigos y se olvidó de abrir el paquete. Se acordó de él a la hora de cenar. Cuando su padre le dijo que se fuera a dormir, iluminándose con una vela, cogió el paquete y lo abrió. Dentro había un bicho pequeño y verde. El niño pensó que era una lagartija o algo similar, hasta que el bicho levantó unas pequeñas alas y, batiéndolas con fuerza, salió de la cajita. El pequeño se dio cuenta en ese momento, encantado, de que el bicho no era otro que el dragón del cuento que le había contado el forastero.

Pasaron unas semanas en las que el niño no le habló a nadie del regalo del forastero, pero un día una amiga suya le contó que había visto un animal verde muy pequeño y raro saliendo de la ventana de su cuarto. Entonces, el niño reunió a sus amigos y les contó la historia del forastero sobre el dragoncito. Nicolás oyó el cuento entero y, sorprendido, le preguntó a su hijo dónde había oído esa historia, pues era una de las muchas que el anciano les había contado mientras aún vivía.

Cuando el niño le contó a su padre que el forastero al que habían acogido hacía tan solo unas semanas se la había narrado y le había dado también el dragoncito, Nicolás decidió averiguar la identidad de este y, sobre todo, cómo era posible que conociera los cuentos del difunto anciano.

El primer lugar a donde decidió ir fue a la casa del anciano, donde tantas veces había estado de pequeño escuchando sus historias. El dragoncito del cuento se escondió en su bolsillo sin que Nicolás se diera cuenta.

La casa, sin ningún propietario desde la muerte del anciano, parecía capaz de caerse en pedazos de un momento a otro. Nicolás recordaba, sin embargo, que también estaba así antes. La puerta estaba abierta como cuando el anciano vivía en ella. La casa, de una sola habitación, estaba cubierta de telarañas, pero eso a Nicolás no le

importaba. Entró en ella, y la única diferencia que encontró desde que estuvo allí de pequeño y ahora era un pequeño libro sobre una mesa.

Nicolás cogió el libro y lo abrió. Era un libro de cuentos, escrito con la letra del anciano. Este hecho extrañó mucho a Nicolás, porque todo el mundo sabía que al anciano no le gustaba escribir sus cuentos. Según sus propias palabras, prefería contarlos y usar su voz mientras la tuviera.

El libro tenía unos dibujos preciosos en cada página, muy elaborados y coloridos. Sin embargo, cuando llegó a la página donde estaba el cuento sobre el dragón, se encontró con que del dibujo que tendría que haber allí solo quedaban los contornos de la figura. Entonces el dragoncito salió de su bolsillo, se acercó al lugar donde debería estar el dibujo y...

Hubo un destello tan brillante que Nicolás tuvo que cerrar los ojos. Cuando los abrió, vio que el dibujo ya no estaba incompleto: el dragoncito estaba ahí, con su brillante color verde y las alas extendidas, quieto como la imagen que se suponía que era. Después de ver esto, Nicolás, asustado, dejó el libro sobre la mesa y se marchó corriendo.

Tiempo después, cuando ya había pasado la impresión inicial, Nicolás decidió volver para averiguar cómo podía ocurrir semejante prodigio. Llegó a la casa en el momento en el que anochecía. Esta vez, los sucesos extraños empezaron antes.

Se veía, por la ventana de la casa, una luz bastante brillante, aunque no tanto como la que había iluminado la casa cuando el dragoncito tocó la página. Nicolás, antes de darse a sí mismo tiempo suficiente para cambiar de idea, entró otra vez. Y supo que nunca podría olvidar lo que vio.

La figura semitransparente del anciano estaba sentada cerca de la mesa, escribiendo en el libro de cuentos. Cada vez que terminaba uno, había un destello de colores y aparecía un dibujo en la página. En algunos momentos, unas imágenes se separaban de la hoja y pasaban de ser dibujos de tinta a ser de carne y hueso. El dragoncito fue uno de estos y, de un salto, salió de la página y fue hacia donde estaba Nicolás.

Este, asombrado y sin atreverse a hacer ningún movimiento, se quedó contemplando la escena maravillado. El sol volvió a aparecer desde detrás de las montañas, y en ese instante todo desapareció, como si solo hubiese sido una ilusión.

Cuando Nicolás volvió a su casa, estuvo todo el día tratando de encontrarle una explicación a lo que acababa de presenciar. La gente del pueblo se dio cuenta de que estaba muy distraído, en especial su hijo y su mujer, pero nadie le preguntó nada.

Cada noche, Nicolás volvía a la casa del anciano, y siempre sucedía la misma escena. Hasta que un día, la figura que vio la primera noche, el espíritu del anciano, no apareció. Los dibujos seguían saliendo de las páginas, eso sí, pero nadie estaba escribiendo más historias en el libro.

Nicolás, extrañado, se acercó al libro de cuentos. Echándole un vistazo por encima a las páginas, vio todos los cuentos del anciano, los que les había contado y los que no le había dado tiempo a narrar. También vio que en la última página estaba escrita, con letras claras y delicadas, la palabra Fin.

Nicolás comprendió que el anciano ya había terminado de contar todas sus historias, y que las había dejado allí para que más niños pudieran conocerlas y disfrutarlas como había hecho él de pequeño. Se llevó el libro a su casa, para leerle todas esas historias a su hijo. Con el tiempo, conforme Nicolás se hacía más viejo, dejó de contárselas solo a su hijo y se las narraba a otros niños del pueblo, añadiendo más cuentos cuando hacía falta. El libro parecía adquirir más páginas para cada historia que Nicolás inventaba, que ahora escribía en él como había hecho el anciano. Por la noche, los dibujos seguían apareciendo y cobrando vida, y no era raro que en el pueblo alguien te contara que había visto un duende en su armario o un hada en el jardín. Lo que muchos no sabían era que todos salían de ese libro de cuentos; un libro en el que, cada vez que se posaba la punta de un lápiz sobre la última página, desaparecía la palabra *Fin* que había escrito el anciano. Porque, mientras alguien tuviera imaginación para inventar otro cuento, el libro no estaría terminado.

Hoy día, no se sabe dónde está el libro. Pero si por la noche ves un dragoncito o un hada, es muy probable que estés cerca de él. ¿Quién sabe? Quizá aún haya alguna persona que pueda escribir un cuento en este libro... y leer todos los demás.



CUENTO 13-15



SAMUEL Y EL DRAGÓN

ELENA CULEBRAS ORTEGA

MONTEQUINTO. DOS HERMANAS (SEVILLA)

CUENTO 13-15

Ahí estaba. Jugando con su dragoncito de juguete, ajeno a todo. Qué fácil era ser niño. Y bendita la inocencia ligada a esto. Para él, la palabra cáncer no significaba nada. Se lo había dicho hacía unos minutos, pero él después de escucharle, sencillamente... había seguido jugando. Como si nada. Como si no fuera algo importante.

—Samu, sabes que no eres como los demás niños, ¿verdad?

—¿Por qué lo dices? —fue su respuesta, mientras le miraba con sus grandes ojos, atento.

Respirando hondo, lo intentó decir. No lo consiguió a la primera porque se le quebró la voz, cosa que preocupó al niño. Su padre era fuerte, nunca se derrumbaba. Esa era la imagen que Darien debía dar, porque la había dado siempre.

—Hijo... tienes algo muy difícil contra lo que luchar. Se llama... se llama cáncer.

—¿Difícil contra lo que luchar?

—Sí. Es como... como un dragón —dijo, mirando al juguete. Samuel se excitó, pero le acalló con un gesto—. Escúchame bien, ¿vale? Esto es importante. Tienes... cinco años. Eres muy mayor ya. Pero... el dragón Cáncer ha derrotado a muchos caballeros, mucho más grandes y poderosos que tú. No dejas de ser pequeño.

—¿Y qué tesoro guarda?

—¿Cómo? —desconcertado, frunció el ceño.

—Los dragones siempre guardan un tesoro, papá.

—Ah... cierto. Pues, verás... El dragón vive en el corazón de las personas. Sí... Va al corazón de las buenas personas, ése es su tesoro. Pero, por eso mismo, es muy difícil sacarlo. Porque está dentro de ti, y quiere dejarte sin ese corazón tan valioso. Y si lo consigue... bueno. Irás con tu abuelita, que también luchó contra él y perdió. Pero tú no perderás, porque los señores del hospital lucharán contigo contra él. ¿Me has entendido?

—Sí, papí —le sonrió, le miró una vez más y volvió a jugar.

Aún estaba perplejo. La mente de los niños era impredecible. Samuel no se había asustado, no había llorado, no se había cuestionado por qué. Sencillamente había aceptado que un dragón vivía dentro de él. Y que si perdía la batalla iría al cielo. Así de simple. Sí, sin duda era muy difícil comprender a los niños.

—¡Ya he llegado! —anunció una voz.

—¡Mami! —el pequeño corrió a sus brazos—. Mami, papá ya me lo ha dicho. Voy a ser el primer caballero que derrote al gran dragón Cáncer. ¿No es eso genial?

Cosette miró cómo su hijo agitaba su juguete de plástico, mor-diéndose el labio.

—Sí, sí que es genial, cariño. Ahora ordena las cosas, que vamos a comer.

Ella intentó no llorar, pero temblaba. Darien le apretó el hombro. Aun sin palabras, sabían que era difícil para ambos. Después de Samuel, no podían tener más hijos. Él tenía problemas de fertilidad, y ella... ella estaba tan sumamente deprimida y traumatizada que no quería tener más niños. Si Samuel, su Samuel, moría, ¿qué sentido tendría tener otro hijo? ¿Acaso era un reemplazo, como si su hijo fuera ese estúpido juguete en forma de dragón y, al romperse, se pudiera comprar otro nuevo? No, no era así. Además... su matrimonio se tambaleaba con la difícil situación. Él creía que había que rezar, que esperar un milagro.

Ella, atea... pensaba que su hijo fallecería por muchas plegarias que se le dedicaran. Aunque era difícil para ambos, ella lo llevaba peor. Mucho peor. Ni todas las pastillas que le recetara el mejor psiquiatra podrían ayudarla. ¿Por qué ellos? Eran una familia pudiente, podían permitirse los mejores tratamientos... pero ni siquiera eso les servía de nada. ¡Maldita sea! ¡El cáncer infantil era raro!, ¿por qué tuvo que tocarle a Samuel? La desesperación la carcomía, no la dejaba dormir. Hacía que quisiera llorar, encerrarse en su cuarto abrazando a Samuel y no salir de allí nunca más. Cada vez que besaba a su hijo pensaba que podía ser la última vez. Vivía con miedo, con la ansiedad de no poder congelar cada momento que viviera junto a él. No era justo. Sencillamente no era...

Cuando se quiso dar cuenta, había empezado a llorar desconsoladamente. Samuel se acercó a ella y le puso la manita en la cara, intentando limpiarle las lágrimas. Iba a preguntarle qué le pasaba, pero su madre gritó con un dolor y angustia provenientes del fondo de su alma, desde lo más profundo de su interior. Le abrazó muy fuerte, tanto que hasta le hacía un poco de daño. Darien, temblando, les abrazó también.

—Mamá está malita, así que voy a llevarla a la cama y hay que dejarla descansar. Haré yo la comida.

—Jo, papá, tú cocinas muy mal.

Darien rio con tristeza, y pudo advertir como Cosette sonreía débilmente a través de las lágrimas. Quizá esa era la última crítica hacia sus habilidades culinarias por parte de su pequeño. No. Sacudió la cabeza. No podía derrumbarse él también. Llevó a su mujer en brazos hasta la habitación, la tumbó en la cama y la tapó. Le dio un beso en la frente y se dispuso a irse para dejarla descansar.

—Espera —dijo ella, débilmente.

En ese momento, viéndola en la cama, con la cara aún llena de lágrimas y sencillamente destrozada, se dio cuenta de que ella estaba al borde del colapso. De que la situación iba a acabar con ella. Del mismo modo que estaba acabando con su matrimonio. En ese mismo momento estaban tan cercanos como distantes. La depresión de ella la hacía estar en otro mundo, y les había alejado. Pero era imposible culparla.

—¿Sí? —preguntó, mientras se sentaba al borde de la cama.

—¿Cómo vamos a vivir con esto? Darien, yo... No sé si voy a poder seguir adelante con esto. Sé que tú aún la tienes, pero... yo he perdido la esperanza. Sólo quiero morirme si he de pensar en que nuestro hijo lo hará antes que nosotros. No sé qué hacer, de verdad. ¿Cómo... cómo vamos a seguir sentándonos cada día a comer, si él está siendo devorado por dentro? Si ese... ese dragón va a vencerle sin remedio.

—No es invencible, cariño. Y sólo nos queda una cosa. Creer. Yo creo en mi Dios. Tú, por lo menos puedes creer en que él se pondrá bien. Por favor, nos necesitamos el uno al otro para mantenernos a flote aquí.

Ella no dijo nada. Sencillamente cerró los ojos mientras una lágrima más se le escapaba.

—¡Papá, tengo hambre!

—¡Ya voy hijo, ya voy!

En realidad, llevaban ya un par de meses así. Se lo habían ocultado a Samuel como pudieron. Cada vez que él se despertaba gritando y se quejaba de un fuerte dolor de cabeza le decían que era una gripe. Le decían que el pelo se le caía mucho porque era herencia de parte de madre. Cuando le aplicaban la quimioterapia le explicaban que era para intentar quitarle esos dolores de cabeza. Ahora, su hijo pensaba que aquella cosa tan tóxica servía para matar al dragón. Lo que no sabía es que también servía para matarlo a él. Desde el momento en el que apareció el tumor cerebral supieron que no iba a ser fácil. Lo que no se imaginaron es que iba a ser tan difícil.

Pasadas tres semanas, mientras Darien charlaba con su hijo mientras recibía la quimioterapia en el hospital, Cosette se fijó en un cuadro. En él se retrataba a un adolescente de ojos muy tristes, sin pelo. Seguramente él también tenía cáncer. Una limpiadora con la que solía encontrarse cuando iba a las sesiones la saludó, haciendo que desviara la vista del cuadro.

—Señora Cosette. ¿Cómo se encuentra?

—Mentiría si respondo que bien. Le han dado tres meses de vida.

—Oh... vaya. Lo siento mucho.

—No se preocupe. Pero, disculpe... ¿quién es el niño del cuadro?
La señora se giró.

—¡Ah, el encantador Gabriel! Fue paciente aquí. Su padre era artista e hizo ese cuadro para nosotros, porque no quería que le olvidáramos. Como a su hijo, le diagnosticaron tres meses de vida cuando fue retratado. Pero se curó. De hecho, he oído que está estudiando oncología y que es un muchacho muy prometedor, ¿sabe? Sin duda, los milagros existen. Ahora si me disculpa...

La mujer se fue, arrastrando el carrito de la limpieza. Cosette miró fijamente el cuadro. Un milagro... ojalá tal cosa existiera. Ella también deseó que un milagro ocurriera con su madre. Se volvió atea después de que muriera. Fue un duro golpe para ella, sólo tenía veintiocho años cuando su madre... no recibió el milagro. Porque el milagro, sencillamente, no existía.

Al mes siguiente, noviembre, era el cumpleaños de Samuel. Era el día veintinueve. Decidieron celebrarlo en un pequeño parque que les quedaba cerca de casa. Pero, como iba a ser el último cumpleaños, hicieron una fiesta sorpresa. Cosette lloró mucho al hacer las invitaciones, y no hubo ni una sola madre que no hablara con ella y la intentara animar. A Darien le daban numerosas palmadas en la espalda. Todos los padres de los amigos de Samuel sabían que el pequeño no viviría más de dos meses, y todos se apenaban por ellos. Pero ninguno podía vivir el dolor que sentían. La pena se notaba en el ambiente, pero lo prepararon todo con mimo y fingieron animarse cuando Kira, la mejor amiga de Samuel, le llevó de la mano y con los ojos vendados. Disfrutaron de un cumpleaños genial, pero cada cosa le recordaba a la destrozada madre la situación. Los golpes a la piñata le recordaban el dolor que Samuel debía estar sufriendo. La tarta, oscura por el chocolate, el veneno que suponía la quimioterapia. Los globos, a las flores que se llevarían en el funeral. Los regalos, a los detalles de consolación que recibirían. Las risas de los niños... oh, las risas de los niños le recordaban el poco tiempo que les quedaba para disfrutar el sonido de la risa de él. Esa noche, cuando se terminó la fiesta y todos volvieron a sus casas, Cosette miró fijamente

a su marido. Era una mirada triste, llena de dolor y sufrimiento. Ellos habían sido una pareja feliz, muy unida cuando por fin consiguieron tener un hijo tras las dificultades. Pero esto era demasiado para ella. Podía superar los problemas de las discusiones, del desorden de su marido. Pero un niño muerto sería demasiado para su matrimonio. Porque iba a morir. De eso ya no le quedaba ninguna duda, ni a ella, ni a los médicos. No hizo falta palabras. Ella rompió a llorar y él, por vez primera, también. Samuel dormía, y no pudo oír cómo sus padres, a la par que se lamentaban de estar tan distantes, acordaban separarse cuando él falleciera. Ningún padre debería sobrevivirle a su hijo, y ese dolor era tan enorme que ni siquiera era posible cargarlo entre dos. En ese momento, hasta Darien perdió la esperanza. A pesar de todo, de nada habían servido los rezos.

El último mes fue especialmente difícil. Samuel se quejaba del dolor, y Darien intentaba tranquilizar a su mujer. Otrora dulce, ahora sólo sabía llorar, lamentarse y hacer lo que jamás en ocho años de matrimonio habían hecho: discutir a gritos, y delante del niño. En una conversación especialmente acalorada, ambos callaron de inmediato al oír un golpe. Pensaron que Samuel había expirado repentinamente, y con ellos discutiendo como último recuerdo. Sintieron una vergüenza inmensa. Pero no era eso, por suerte. La paranoia estaba llevando a Cosette al límite, y ella estaba arrastrando a Darien. Lo que habían tomado como el golpe del cuerpo de su hijo al caer no era más que el dragón de juguete, que se había caído. Fueron a recogerlo, pero se dieron cuenta de algo. Estaba roto. El viejo compañero de juegos de su hijo había fallecido. Al menos, no estaría solo cuando pasara a otra vida. Aún podría jugar con él. Trataron de arreglarlo por los llantos y súplicas de Samuel. Pero era cosa del destino. Tanto el camino del juguete como el del niño estaban sellados.

Las últimas semanas de ese mes transcurrieron irreales, como en un sueño. Sabían qué iba a pasar... sólo tenían que esperar a que ocurriera. El tiempo ya había parecido efímero y demasiado veloz desde que supieron que tenía cáncer, pero... esos días marcaron la diferen-

cia. Esos días realmente eran los últimos. *Tempus fugit...* El día llegó justamente el treinta de diciembre. Pasarían el nuevo año sin su hijo, y por consiguiente sin nada que celebrar. Ese día Samuel iba a morir, ella sencillamente lo supo cuando el niño estaba desmayado y le costaba respirar. Esa fue la primera imagen que se llevó al ir a despertarlo, y la imagen se le quedó prendida al alma para el resto de su vida. Cosette temblaba muchísimo en la sala de espera. No le habían dejado entrar durante un tiempo que se le hizo eterno. Cuando el médico abrió la puerta, ella entró como una exhalación. Vio que le habían desconectado de la máquina de respiración y su corazón se rompió en mil pedazos. La poca esperanza que le había quedado la abandonó de golpe.

—Señora.

Ella se giró, pero estaba completamente ausente. Las lágrimas empezaron a fluir sin poder ser controladas.

—Me alegra haberme equivocado en mi pronóstico. No debe moverse mucho por ahora y convendría que reposara en casa y lo observáramos periódicamente. Felicidades, Samuel se ha curado...

—¡Mami! ¿Por qué lloras? ¡Sólo me estaba haciendo el dormido!
—exclamó Samuel, interrumpiendo al médico. Habría que corregirle esa costumbre de interrumpir a las personas.

Cosette sonrió, emocionada, mientras lloraba más aún y abrazaba a su pequeño. De todas formas, después de la primera frase había sido incapaz de escuchar lo que decía el doctor.

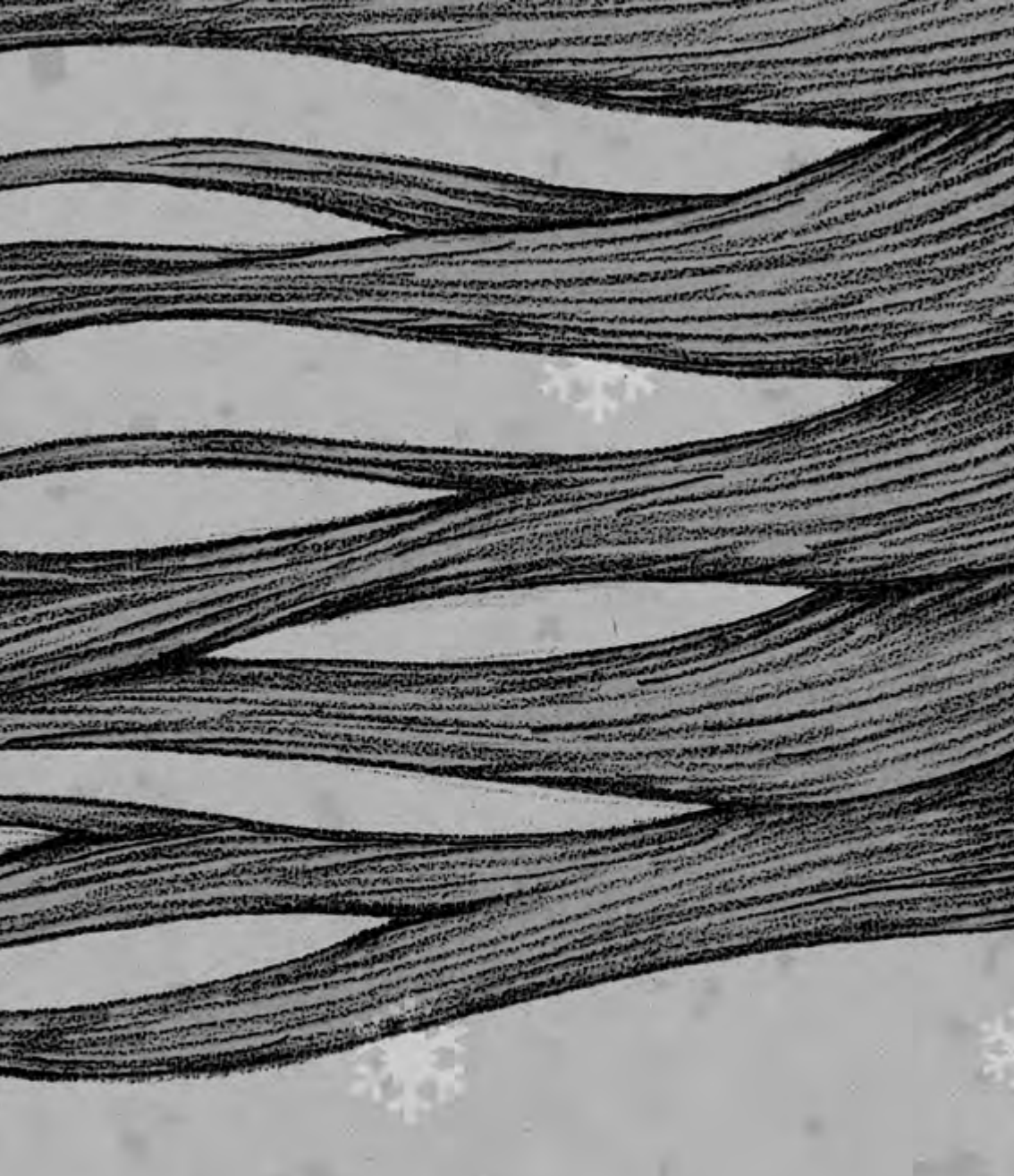
—Son lágrimas de felicidad, hijo. Has vencido al dragón.

—Te dije que lo haría. ¡Con seis añitos ya soy más fuerte! —dijo él con una radiante sonrisa.

El médico se retiró, cerrando la puerta con delicadeza y una sonrisa. Jamás olvidaría como su padre había reaccionado igual cuando le dijeron que aquel flacucho niño del cuadro viviría. Él, Gabriel, vivió contra todo pronóstico. Se alegró de que Samuel también lo hubiera conseguido.

El terrible dragón Cáncer había sido vencido. El dragón de juguete, paralelamente, no se había podido arreglar. Pero no pasaba nada.

Encontrarían otro igual, o quizá mágicamente lo arreglarían. Al fin y al cabo, los milagros existían. Samuel era la prueba de ello.



CUENTO 16-18

SAPHO

ANTONIO ACOSTA SÁNCHEZ

TÍJOLA (ALMERÍA)

CUENTO 16-18

“A Antonia Pérez Mesas, profesora de latín y griego, en agradecimiento a su trabajo y dedicación; por hacerme ver el mundo clásico con cariño.”

¿Y por qué seguir esperando a que la locura sea capaz de comerse todas mis fuerzas?

¿Y para qué seguir siendo tu esclava, Afrodita, si soy vulnerable a tu designio?

Oh, querida diosa, ¿por qué me has dejado sedienta de sus brazos y su pelo ensortijado, aquel que parecía que gritaba mi nombre cuando corríamos rumbo al ágora, o al templo, o al mar donde nuestros cuerpos desnudos se fundían con las Pléyades?

Mientras manifiesta su locura, la voz de la ira sumergida en el terror de la conciencia penetra sus huesos. Safo, hija de Cleis, la valiente fundadora de la primera escuela femenina que la historia conoció, yace tendida sobre el suelo en su academia de Mitilene, donde a tantas discípulas, hijas, como ella, de las más ricas y nobles familias, instruye en el canto, la danza y la literatura, logrando que los cuerpos jóvenes,

en arte convertidos, extasién a Orfeo, hijo de Apolo y Calíope, inventor de la cítara y la lira, cuyos sonidos amansaron al torvo Cerbero.

Allí donde los nombres y los pechos de tantas mujeres habían dibujado su historia a través de la poesía, Safo era incapaz de escribir una oda al matrimonio de Atis que sería contraído esa misma tarde, y celebrado con festejos, vino y danza al segundo día como cualquier venerable casamiento griego.

Safo, quien tantas canciones y versos había dedicado a los brazos fuertes de los maridos de sus alumnas, en honor a un matrimonio próspero y feliz, era incapaz de someterse al yugo de la pluma y escribir a su dulce y pequeña Atis por un honrado casamiento ahora que su familia la ha desterrado de sus cantos, como ha ocurrido con tantas otras. Tan solo así le será posible construir una vida, junto a su futuro esposo.

Han pasado por los bucles de la memoria muchas otras mujeres y otros tantos hombres, pero nadie con aquellas líneas tan helénicas, piel tan digna de Afrodita, senos tan turgentes y mirada tan eurítmica. Aun recuerda Safo cuando sus ojos negros se clavaron en las pupilas de aquella joven que peinaba sus cabellos dorados, envidia de Palas Atenea, brillantes como el oro extraído de la más profunda mina, sentada sobre una de las rocas mirando esquiva al viento sobre el mar.

Como sirena, su voz entonando en dialecto eolio atrajo desde la distancia a la que sería su mentora. Descalza, la poetisa pasea sobre la arena clara, dorada por el sol de mediodía hasta sentarse junto a la figura apenas vestida de Atis. Asustada, pretende tapar su cuerpo con una túnica blanca, delicada y digna de la más noble joven griega. Safo acaricia las manos de la chica y pide serenidad. Cuánto hubieran dicho los atenienses de aquella escena, cuánto hubiera sido tachada de cortesana aquella que luchó por acceder a la cultura como un varón más.

La futura discípula, sin haber cuestionado nunca el arte de ser y existir, la contingencia de la poesía o la virtud del orador, quedó embaucada por las palabras sabias y tranquilizadoras de la hija de Cleis en aquel corto primer encuentro, en el que las horas pasaban con la levedad de la hoja caduca en los árboles frutales. Aquel tiempo en el

que ambas dejaron que el calor de la tarde penetrara sobre sus pieles níveas fundidas a través de los versos escritos sobre las miserias humanas. Caída ya la tarde, tras sentir ambas el fulgor juvenil, el calor ya amainado les condujo hacia las aguas cristalinas del Egeo donde su sudor adolescente se mezcló con la fragancia de las malvas.

Impuesta la primera semilla por el cometido de Afrodita, diosa del amor, no tardará en echar raíces bajo el pubis de la maestra. Oh, Safo, tú que pedías la bendición de la reina de belleza sentada en su trono de arco iris, ahora sufres en esta pequeña habitación la desolación como tormento por haber sido amante y amada por una mujer.

Fueron muchas las mañanas en las que Atis compartió danzas y cantos junto con sus compañeras en las clases de su amante tras aquel primer encuentro, y muchas las tardes en las que escondidas, aferradas a la intimidad, compartían risas y cantos en aquel pedazo de tierra de la frondosa Lesbos.

Ahora, querida Atis, Safo se convierte en ceniza desvalida, abandonada por el fuego mientras recuerda tus caricias y tus manos enredadas sobre su pelo, vuestras túnicas apartadas en un lado de la habitación, el vino deslizándose por vuestros cuellos, las clavículas desnudas acariciadas por las yemas de los dedos, las mismas que tañendo el bárbito aderezaban vuestros atardeceres con música y risa, vuestros cuerpos perfumados con aceite de nardo y con leche y aceite de jazmín.

Safo bien conocedora de Atis, nunca fue reacia a amar a quien algún día debía de partir como sus otras discípulas, chicas de buena familia que se preparaban para el matrimonio, educadas en ambiente de gineceo. Sin embargo, las lágrimas no dejan de caer hoy por las mejillas de la desdichada poetisa y suplica con el fervor y la angustia más incontrolable a su confidente Afrodita.

Oh, querida Afrodita, bien pudiste elegir a otra más valiente y menos ingenua para convertirla en presa de su amor, pobre Atis, dulce e inocente, discípula de Safo. Mañana, será el gran día, en el que la joven celebrará el gran banquete y descansará junto a los brazos fuertes de su marido para el resto de sus días y tú, Safo, querida amante,

no harás nada para remediarlo, dejarás que la impotencia te penetre y la esperanza se perderá con tu voz en el Egeo. Aun así, ahora tendrás que dignificar tu nombre y mantenerte en pie ante la joven, pues ella también ha sido despojada de ti.

Safo, incapaz de mantener una plática consigo misma, sin apenas mojar el pergamino con sus lágrimas, con la fiereza de un león, empuña su pluma y papiro en mano se deja deshacer en versos, recostada sobre el suelo alfombrado comienza a escribir desde la pureza más honda los versos más desgarradores jamás escritos en cualquier territorio de la Hélade. Terminada su obra, una vez concluida su historia con Atis, se levanta presa de la caída de los astros, y ya, en el ocaso se deja acariciar por la conjunción astronómica que vislumbra en el cielo apenas oscuro.

Apoyada sobre el balcón, Safo puede divisar las arenas vírgenes y las aguas claras y dibujar con la mirada todos los lugares en los que ha desafiado a lo prohibido con su amante, esta vez sin miedo ni pesadez, tan solo con una resignación estricta, al considerar que tras las primeras luces deberá hacer preparar a sus esclavos las túnicas de fiesta que portará en el banquete de la boda de Atis. Sin querer pensar más en la circunstancia y en su existir, Safo queda rendida por el sueño y sobre el suelo se recuesta a esperar al nuevo día.

Minutos más tarde, cubierta por una túnica leve en tonos púrpura y azafrán con una corona de flores sobre su cabella, Atis procura despertar a su mentora, la llama por su nombre, “Safo, despierta”, y a pesar de que su obligación es regañar su locura, su acto rebelde de escapar en la noche anterior al banquete de su boda, calla, levanta la cabeza, la mira y sonrío.

Decidida a entregarse a su futuro esposo, no viene a pedir consejo a la maestra, sino a pedir que el olvido no se trague su nombre. Ni siquiera la vergüenza ha sido capaz de calmar su anhelo.

Atis alza su mano para que su amante levante del suelo y le ofrece una ramilla de mirto, ambas miran el horizonte sobre el balcón, protegidas por la diosa Afrodita. Ambas túnicas vuelan al viento como si

este quisiera despojarlas y dejarlas disfrutar de su desnudez por última vez ante el cielo oscuro iluminado con la luz de las estrellas.

“Siempre es más oscuro antes del amanecer”, Atis pronuncia para romper el silencio tras su huida, y reclama desde lo más hondo de su ser que esta noche no cese nunca y que el astro sol rompa las reglas naturales, asustada por el nuevo matrimonio, malherida por el abandono de las danzas y las cítaras.

“Atis, me enamoré de ti hace tiempo, a pesar de que me pareciste una muchacha pequeña y sin gracia, y hoy apenas soy capaz de escribirte sin palabras de súplica”. Una lágrima roja cae por el rostro de Atis y mancha la túnica blanca de Safo, la maestra gira su cuerpo hacia el de Atis y acaricia el surco que ha dejado la lágrima, pasa sus dedos por detrás de su cuello y la amante agarra con fuerza las caderas de la poetisa. Sus miradas se cruzan con la fragilidad del agua y sus labios se funden mojados por las lágrimas durante minutos, pidiendo al tiempo que cese su caminar constante. Sus brazos fuertes impiden la huida. “Ahora que te vas, los brazos del mar me llaman”, suplica Atis en el oído; y no más tarde responde Safo, “No me olvides y vete alegre, sabes bien el amor que por ti he sentido, y quiero recordarte esta noche por si acaso llegas a olvidar todo lo hermoso que nos pasó a las dos”.

La noche dejó que disfrutaran de sus presencias por última vez, esta vez sin dejar que el desamparo y la conciencia calaran sus huesos. Abrazadas, sobre el lecho blanco, entre risas recuerdan los momentos que juntas habían vivido, y aunque la partida es inevitable no hay hueco para la huida pues la desesperación se ha evaporado hasta yacer junto a Afrodita. Ahora, tras la ida de Atis con los primeros rayos del Astro Rey, Safo canta a la diosa.

¿Y por qué seguir dejando que la locura se coma todas mis fuerzas, si yo soy la locura?

Oh, querida diosa, me has dejado sus brazos y su pelo ensortijado por última vez, y entras risas hemos gritado nuestros nombres recordando cuando corríamos rumbo al ágora, o al templo, frente al mar donde nuestros cuerpos desnudos se funden con las Pléyades.



POESÍA 10-12

MIRada TRISTE

PABLO BAENA LIÑÁN

CÓRDOBA

POESÍA 10-12

Nos regalaba el paisaje
una eterna primavera.
En el cielo luminoso
el sol brillaba con fuerza,

y los pájaros volaban
dando vida a la alameda.
Nubes de algodón flotaban
sobre la blanca vereda.

Un riachuelo azul y plata
ondulaba la arboleda,
y cubría como un velo
la capa de árida tierra.

Un manto de mil colores
entremezclado con hierba
decoraba este paisaje...
mas de eso... ya nada queda.

Luces de neón ya brillan
con aire de triste fiesta.
El humo negro y gris brota
de las largas chimeneas.

Cuando elevamos la vista,
no se ve luna ni estrellas,
y sí un cielo entristecido
que cada vez más se aleja.

No vemos hierba ni flores,
ni riachuelo, ni arboleda.
Solo cemento y asfalto
cubren la faz de la tierra.

En lugar de verdes árboles
tenemos cables y antenas
ocultando a nuestra vista
el verdor de la pradera.

A la vista de estos cambios
estalla en llanto el planeta,
y colmado de amargura
desolado nos contempla.

Recuperemos los montes,
valles, flores y praderas.
Tengamos paz y armonía
con nuestro hermoso planeta.



POESÍA 13-15

EVOCACIÓN

SABINA DE LA PAZ BENGOCHEA FORTES

GRANADA

POESÍA 13-15

Recorro sin descanso
las solitarias calles
que solías transitar,
pero no te encuentro.

Los mortecinos relojes,
antes delatores del tiempo,
hoy solo evocan reminiscencias
de amores sombríos.

Son efímeros los recuerdos
de esos encuentros breves,
y de sus agotadores juegos
que entonces nos hacían vibrar.

¿Dónde está ahora
nuestro descuidado amor?

Me ahogo en este mar
de perdidas caricias,
donde sigo nadando
a contracorriente.

Por eso... detesto cada milímetro
que la luna nos aleja,
convirtiéndonos en extraños,
en fracasados enamorados.

Ayer caí vencida
sobre tus delicadas manos.
Unas cuantas caricias,
quizás un sorbo de pasión,
pero ante todo,
una insulsa despedida.

Me pregunto
si es otra mujer
la que te arropa
en la impasible noche,

la que colma tus ávidos labios
de procelosos besos,
la que impregna tu cuerpo
con su delicado aroma,
la que acuna tu sueño
y sacia tu deseo...

Ya no añoras las fugaces caricias,
ni recuerdas los momentos vividos
junto a mi pecho desnudo.

Por eso hoy recorro
las solitarias calles
que solías transitar,
pero no te siento.



POESÍA 16-18

POEMA de La ausencia

NATALIA MARÍN NAVARRO

BAZA (GRANADA)

POESÍA 16-18

Conozco el tacto del vacío
acariciando la pérdida en llamas.
Mi cama es un lugar de olvido,
donde me asfixio, donde grito,
lloro, me masturbo, y me pregunto
cómo, en un silencio, tu alma
es ceniza que entierra mi cuerpo.

Y ahora mis ojos
son dos heridas abiertas que sangran
manchando mi amanecer.
Y mi boca
una caja de alientos ajenos que ahogan
la vergüenza.
Y mi vientre
un cementerio de caricias que murieron
entre mis piernas.

Y me pregunto
qué le ocurre al sexo que da fuga al amor,
qué le ocurre al sexo que eyacula culpa,
qué le ocurre al sexo que ahuyenta pupilas.

Qué le ocurre a tu inexistencia disfrazada
de puta que vende esperanza enferma.

Acaricio mis letras y siento
el mundo y su relieve, la armonía
del azar y lo abstracto, y provoqué
catástrofes poéticas. Y lloro
porque mis palabras son
un agujero negro que osó
besar el sol, y yo no soy más
que el cielo que eclipsa
tu ausencia.



RELATO 10-15

LO QUE OCULTAN SUS MIRADAS

CECILIA LÓPEZ BALLESTEROS

PELIGROS (GRANADA)

RELATO 10-15

CAPÍTULO 1

Alexis abrió los ojos en la oscuridad total del bosque. Los abrió pensando que se encontraría con otros más oscuros (ya que era lo único que había visto antes de desmayarse), pero en su lugar, se encontró con un cielo despejado lleno de estrellas.

Se incorporó poco a poco y, cuando logró ponerse en pie, una imagen cruzó su mente: un gran destello de luz y un dolor agudo. No sabía cómo había llegado a ese bosque. Lo último que recordaba era estar con sus padres y su hermano mayor en su cumpleaños.

Cerró los ojos con fuerza, como pensando que todo era un sueño, y cuando los volvió a abrir, miró hacia el suelo. Su sorpresa fue mayor. En el lugar donde debían estar unas bailarinas azules había ahora unos botines negros con un poco de tacón de donde sobresalían unos calcetines negros arrugados. Ambos botines tenían dos cadenas de plata. Su vestido de seda se había convertido en unos pantalones cortos negros

con adornos en azul marino y una camiseta de tirantes negra con un cinturón cruzado en tonos azul marino y plata. Se palpó el cuello. Por suerte, la gargantilla con el copo de nieve que le regaló su madre seguía allí, aunque un poco distinta. Consistía en un lazo fino negro con una cadena de plata unida por detrás. La cadena tenía como único adorno un copo, que era plateado con un zafiro azul en el centro (eso no había cambiado). Se miró las manos y descubrió unas uñas pintadas de azul oscuro brillante, un anillo plateado en el dedo corazón de la mano izquierda y una pulsera plateada con adornos azules que se unía a un anillo de los mismos tonos en la mano derecha.

Por primera vez, reparó en el pelo. Su pelo negro, siempre recogido en un moño bajo, caía liso sobre sus hombros, llegándole por debajo del pecho. Lo sorprendente era que las puntas las tenía azules. Empezaban con un azul oscuro y acababan con un azul tan claro que parecía blanco. Se preguntó si siempre había tenido el pelo así, ya que nunca tuvo oportunidad de verse las puntas.

Miró a su alrededor, con la esperanza de encontrar respuestas. Entonces vio unos rizos pelirrojos con unas mechuras verdes, y recordó que ya había visto esos rizos antes, en otra época. Eran los rizos de Mikayla Turner.

La última vez que la vio tenía un vestido largo de color verde claro, pero ahora llevaba un peto de pantalón corto (también verde, pero algo más oscuro), unos calcetines altos negros con dos rayas verdes y unas deportivas en los mismos tonos. Tenía las uñas algo más largas que Alexis y estaban pintadas de negro, exceptuando las de los dedos índices, que eran de un verde bastante oscuro.

—Mikayla... —dijo Alexis, aún sin creérselo.

Ella se dio la vuelta, extrañada, y sus ojos verdes intensos miraron a Alexis, primero con cierto recelo, pero luego la recordó.

—¡Lexi! ¡No me lo puedo creer! Pensaba que te habíamos perdido. ¡Eh, chicos! ¡Venid!

De entre los árboles surgieron dos chicos. Uno de ellos tenía el pelo negro y le llegaba a los hombros. Sus ojos eran totalmente grises.

Era James Peterson. Ahora iba con unas deportivas, unos vaqueros desgastados y una camiseta que ponía: “Si sabes leer esto eres casi tan listo como mi gato”. Alexis solo se hacía una pregunta: ¿Desde cuándo James tenía gato?

Entonces, vio al otro, y su corazón dio un vuelco. Era alto, tenía el pelo negro corto y los ojos más rojos que había visto. Llevaba unas deportivas negras y rojas, unos pantalones negros, una camisa roja y una chaqueta de cuero negra. Era Harry, su hermano mayor.

—¡Alexis! —exclamaron los dos, con alegría, pero también con alivio.

Harry la abrazó primero, y luego se unieron Mikayla y James. Cuando se separaron, Alexis vio un pequeño aro en tonos cobrizos y lo recogió del suelo. Lo estudió con más atención y vio que tenía grabado el lema “¡Go, Bruins!”. Era de un instituto.

—Chicos, mirad esto.

—Es un anillo de estudiante —aventuró James.

—Alguien ha estado aquí y probablemente sea la misma persona que nos ha liberado —observó Harry.

—En ese caso, deberíamos buscar al dueño de este anillo y devolvérselo.

—Bien dicho. Lexi. Aunque antes, deberíamos buscar dónde dormir.

—James —dijo Alexis—, ¿en qué año estamos?

—Pues, haciendo caso de las diferentes presiones... yo diría que en el 2017, ¿por?

—Harry, ¿te acuerdas de nuestra tía Allison?

—Sí, hermanita. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque podía ver el futuro y, si te acuerdas, deberías saber que nos dijo que para esta época debía tener una nieta o bisnieta de unos veinte años. Y me acuerdo de su nombre y dirección.

—¡Estupendo! ¿Cómo se llama?

—Se llama Eleanor, y vive en las afueras del distrito. Esto... Mika, ¿te importaría mucho ser tú la que le explique todo esto?

—Para nada, Lexi. A estas alturas deberías saber que soy la que mejor se explica de los cuatro.

—Eso es cierto, Alexis. Cada vez que te ponías a hablarnos de bioquímica nos enterábamos gracias a Mikayla.

Los cuatro se pusieron en marcha. Cruzaron el bosque en la dirección que Alexis les decía. Llegaron a una casa de tres plantas con dos ventanales a modo de puerta, mezcla de estilo moderno con un toque retro y clásico (creo que victoriano). Era espectacular. Antes incluso de que se acercaran a la puerta, una mujer rubia con el pelo ondulado salió a recibirlos.

—Hola, elementales. Os estaba esperando. Dejadme adivinar vuestros nombres. A ver... la pelirroja es Mikayla, o Mika para los grandes amigos. El chico que está a tu lado es James, aunque tu nombre completo es Jameson. El alto de ojos rojos es Harry y la chica de pelo negro y azul es... Alexis Wood, pero Mikayla, y solo ella, te llama Lexi. ¿He acertado?

Esta mujer rubia tenía los ojos de color marrón pero, conforme iba adivinando, se le iban poniendo cada vez más blancos. Blancos como los de una profetisa. Alexis enseguida se dio cuenta de lo que pasaba.

—Tú debes de ser Eleanor.

—En efecto. ¿Lo has sabido porque he acertado con todo o por el color de mis ojos al hacerlo?

—Ambas cosas.

—En fin, no tenéis que explicarme nada, ya sabía que ibais a venir. Por eso compré esta casa tan grande, para compartirla con cuatro personas más. Pero no nos quedemos aquí fuera, pasad.

Si la casa era grande por fuera, tendrías que verla por dentro. En la planta baja había unas doce o trece habitaciones, todas realmente grandes. La más grande y espectacular era el salón. Tenía tres sofás victorianos de cuatro plazas, una mesa de cristal entre los sofás y una televisión de sesenta y cinco pulgadas. Era impresionante. En el otro extremo había una mesa de madera tallada con diez sillas, cada una con un adorno distinto. Había una que claramente era la de Eleanor, ya que en el respaldo ponía “profetisa”. Había cuatro sillas reservadas para

los invitados especiales. Tenían estos letreros: “elemental del fuego”, “elemental del aire”, “elemental de la tierra” y “elemental del agua”. Al lado de esta silla había otra que ponía “elegido de Apolo”. Alexis miró fijamente esa silla y la imagen de dos ojos oscuros y profundos mirándola pasó fugazmente por su cabeza.

Subieron a la primera planta y Eleanor los condujo a sus habitaciones. La de Alexis era blanca con adornos azules (también victorianos) y la pared del fondo era un gran ventanal. Tenía una lámpara de araña y la cama era lo suficientemente grande para dos personas, con muchos cojines. En el instante en el que se tumbó en ella, se quedó profundamente dormida, deseando volver a ver esos ojos que había visto en el bosque.

CAPÍTULO 2

He de decir una cosa. A pesar de que todos iban muy mal en Trigonometría, nadie se atrevió a preguntarle sus dudas al profesor. Unos eran grandes vagos, otros no querían perder su reputación. El motivo de John era distinto.

Desde la noche anterior solo había una cosa en su cabeza: unos ojos (de mujer) realmente hermosos. John no dejaba de pensar en cómo podría arreglárselas para volver a verlos.

Aunque más que en eso, pensaba en cómo sería la persona portadora de esos iris tan claros. Pensó en varias hipótesis. Podía ser rubia con el pelo rizado, o morena con el pelo corto, o pelirroja. Podría tener flequillo, o mechas, o ambas cosas. Luego pensó que podía ser gótica, punk, friki o... una chica normal. Podía ser más alta que él, o muy bajita.

John se estaba volviendo loco con todas esas ideas y, cuando quiso darse cuenta, ya había sonado el timbre y todos habían salido de la clase. Ahora tenían gimnasia y luego... ¡a casa! Se levantó y se fue corriendo al vestuario del gimnasio para ponerse unos pantalones cortos

granates y una camiseta de manga corta gris y granate, donde se podía leer claramente el emblema de su instituto: “¡Go, Bruins!”.

Hoy le tocaba sesión doble, por eso, a pesar de estar a penúltima hora, la clase de gimnasia sería la última. Supongo que esa era la ventaja que tenía John al ser el capitán del equipo de baloncesto, ¿no? A ver, también tenía sus desventajas, no te creas que todo era un camino de rosas. Después del entrenamiento acababa empapado en sudor y sin sentir las extremidades, ni las inferiores ni las superiores, por no hablar de que salía con un insoportable pitido en los oídos, provocado por el silbato del entrenador. La clase empezó bastante mal. El profesor (también entrenador) estaba muy cabreado con todos. Era lógico. El campeonato de baloncesto se acercaba y el último lo perdieron, así que descargó su ira con toda la clase. Lo hizo del mejor modo que se le ocurrió, poniéndolos a dar veinte vueltas por la pista, que era bastante grande, todo hay que decirlo. “Estupendo. Sudando desde el primer minuto”, pensó John.

La verdad, su día no estaba siendo muy bueno que digamos. A primera hora (Filosofía) se durmió. Lo más humillante no fue que al despegar la cara de sus apuntes se podían leer en su mejilla, no. Lo más humillante fue que lo escucharon hablar en sueños. A segunda le tocaba Química. Tuvieron que venir los bomberos; supongo que ya te imaginas lo que pasó. A tercera, tutoría. Tocaba ver Romeo y Julieta en versión extendida y antigua. Se volvió a dormir. En fin, un día horrible, pero mejor volvemos al tema inicial. Tras dar las veinte vueltas, les tocó subir las espalderas del fondo, tocar el techo y saltar. Tenían que hacerlo diez veces cada uno.

Sinceramente, yo no podría hacerlo, no me gustan las alturas. Terminaron de hacer el ejercicio. Quedaban veinticinco minutos, aunque John tendría que estar allí otra hora, mientras los demás se lo pasaban pipa en Matemáticas. La profesora sustituta, la señorita Mayers, era la mejor profesora que John jamás había tenido. Hacía esos típicos juegos que vienen en internet y les ponía la música que ellos querían. Después de hacer quince abdominales y quince flexiones, terminó la clase.

—¡Ross! —exclamó el entrenador.

John se dio la vuelta. Detestaba que lo llamaran por su apellido.

—¿Qué ocurre, entrenador?

—Has perdido el anillo de estudiante, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabe?

—Soy un gran adivino. ¡Señorita Wood! ¡Aquí tiene al dueño del anillo!

“¿Quién es la señorita Wood?”, se preguntó John. Entonces, la vio.

Una chica de su misma edad, un poquito más baja que él, se acercó al entrenador. A John le pareció que no era posible que existiese tal grado de belleza. Ella era una joven realmente pálida. Su pelo era largo y totalmente liso, de un intenso color negro, aunque las puntas eran azules. Llevaba un vestido azul cielo con una tela de encaje negro por encima. Se le ajustaba hasta la cintura para luego formar una cascada de telas alrededor de sus piernas, llegándole por encima de las rodillas. Tenía una chaqueta negra, un cinturón fino plateado y unas sandalias con tacón plateadas.

Entonces, tras mantener una conversación con el entrenador, giró su cabeza hacia él. Primero se fijó en su gargantilla: un lazo negro con una cadena de plata y un copo de nieve. Luego, se fijó en sus labios, atractivos y pintados de rojo. Y, al subir la mirada a sus ojos, tuvo que apoyarse en la pared para no caerse.

¡Eran esos! Esos eran los ojos con los que llevaba soñando todo el día. Eran grandes, misteriosos y calculadores, y extremadamente claros. Parecían blancos, pero se notaba un cierto matiz azul. Las pestañas negras y la sombra de ojos plateada hacían que resaltasen más. Fue entonces cuando le habló.

—Así que tú eres el que perdió el anillo, ¿no?

John tardó un segundo en reaccionar, perdido todavía en los ojos de la chica.

—Sí... soy yo...

—Genial. Aquí tienes.

Ella le tendió el anillo y, cuando John fue a cogerlo, sus dedos se rozaron. Tenía las manos heladas, pero pensó que las notaría así porque las suyas estaban cubiertas de sudor.

—Oh, perdona. Es que... acabo de hacer gimnasia y estoy un poco sudado.

—No importa.

—¡Ross! —gritó el entrenador—. ¿Por qué no le enseñas el instituto?

—Ah, vale.

Los dos salieron del gimnasio. John aún no sabía su nombre, pero no le importaba. Había encontrado a la chica que llevaba en su cabeza desde la noche anterior.

Empezó enseñándole la planta baja, donde se encontraba recepción y conserjería. Durante la visita, John se dio cuenta de que ella estaba algo distraída, pero eso cambió cuando llegaron a las aulas de ciencias. La que más le gustó fue, sin duda, el laboratorio de química.

—¿Te gusta la química?

—Me gusta la ciencia en general, pero sí, mi campo favorito es la química. Bueno, para ser exactos, la bioquímica.

—El empleo de la química en células y organismos vivos.

—¿Sabes lo que es?

—Creo que es una especialidad que puede cambiar vidas.

A John le pareció vislumbrar un breve destello de asombro e interés en sus ojos. ¡Dios! Adoraba esos ojos.

—¿Sabes? Creo que no nos hemos presentado como es debido. Me llamo John.

—Pensaba que eras Ross.

—No. Ese es mi apellido. ¿Y tú?

—Me llamo Alexis, pero si quieres puedes llamarme Lexi.

—Es precioso.

En ese momento, sonó el timbre que indicaba el fin de las clases del día. John lo maldijo por lo bajo.

—En fin, supongo que volveremos a vernos. Esto... ¿puedes darme tu número de teléfono? Si no te importa —dijo John, con la esperanza de que le contestara que sí.

—No me importa.

Alexis escribió en la mano de John siete dígitos y se fue. Se fue dejando dentro a un chico que, a pesar del día que había tenido, se encontraba feliz.

No estaba siendo un día tan horrible como parecía. Había encontrado a la chica, sabía su nombre y tenía su número y todavía podía librarse del entrenamiento de baloncesto. No existen palabras para expresar cómo se sentía en aquel momento.

CAPÍTULO 3

Alexis salió prácticamente corriendo del Riverbank High. No sabía qué le pasaba. No solo había vuelto a ver esos ojos oscuros intensos, sino que había visto al chico que había detrás de ellos, y le pareció muy guapo.

Cuando llegó al bosque, apoyó el hombro en un árbol e intentó aclarar los pensamientos de su cabeza. Era consciente de que algo no encajaba. Había algo en ese chico fuera de lo común. ¿Motivo de esta sospecha? Ese joven había despertado algo en ella, algo que nunca había sentido. Era una especie de calor ascendente que surgía de su interior.

Se ruborizó. Alexis congeló una parte de la corteza de un árbol para usarla a modo de espejo y sus dudas se confirmaron. Sus mejillas presentaban ahora un tono rojizo y estaban calientes. Se descubrió entonces con una leve sonrisa en su rostro.

¿Te cuento un secreto? Ese era el primer sentimiento que tenía desde hacía unos cien años o así, y le gustaba. ¿Cómo no le iba a gustar? Era mucho más agradable que el que la llevó a inundar una ciudad y a congelar toda una mansión. Ese era el problema de ser una elemental del agua.

Alexis sabía de sobra que no podía dejarse llevar por sus emociones, cosa que aprendió por las malas, y en aquel instante no tenía ni una idea remota acerca de lo que tenía que hacer, así que se dijo a sí misma que lo mejor sería contárselo a alguien, pero tampoco sabía a quién.

James no se enteraría de nada, Harry le diría que se alejase de John (y no quería hacerlo) y Mikayla era incapaz de guardar un secreto, así que se lo acabaría contando a Harry y a James. De la única de la que podía fiarse era Eleanor, pero tampoco la conocía demasiado; aun así, ella era profetisa por lo que lo habría visto venir. ¿Qué podía perder? Se dirigió a su casa, pero una chica pelirroja y cabreada se interpuso en su camino.

—¿Dónde estabas? ¡Te hemos buscado como unos locos! ¿Por qué crees que Eleanor te dio un móvil? Pensábamos que te había encontrado y...

—¡Mika! Estoy bien, ¿vale? No tienes que preocuparte tanto por mí, sé cuidarme.

—Lo sé. Es solo que no podíamos hacernos a la idea de volver a darte por muerta.

—Y no lo haréis.

—Ahora en serio, ¿dónde estabas?

—He ido al Riverbank High porque el lema del anillo que encontramos es de ese instituto y... pues... he ido para ver si encontraba a su dueño y, la cuestión es... que lo he encontrado.

—Espera, ¿has dicho “lo”? ¿Es un chico?

—Sí, lo es.

—¡Uy! Y... ¿cómo es? No, espera... ¿es majo? No, no, no... ¿de qué habéis hablado?

Mientras Mikayla acribillaba a preguntas a Alexis, esta corrió hacia la casa. Cuando llegó a la entrada, aun podía oír las preguntas de la elemental de la tierra. Al final, no pudo contenerse.

—Pero, ¿por qué tienes que hacerme tantas preguntas?

—Vale, para empezar, cálmate. Y ahora, te diré que no tengo nada mejor que hacer y que necesito cotilleos. ¡Me he pasado los últimos cien años en una puñetera roca!

—¿Ya no te acuerdas de que yo también lo he estado? ¿O de que, al menos, tú sí puedes usar tu magia? ¿No te acuerdas de que no puedo sentir nada?

—Sí me acuerdo, Lexi. Me acuerdo cada vez que miro tus ojos y los siento tan fríos y calculadores. Antes ya estabas distante, pero... ahora lo estás todavía más.

—¡Porque tengo que estarlo! Ajax me lo arrebató todo. Me quitó mi seguridad, mi confianza... me quitó a mis padres. Y si tengo que estar distante y fría con tal de que no suceda de nuevo, lo estaré.

Dicho esto, Alexis decidió que no le diría nada sobre John a nadie. “Es un error creer que puedo sentir algo”, pensó Alexis. “Al menos, sé que no le ocurrirá nada. Si se aleja de mí, nadie podrá usarlo en mí contra”. Mientras pensaba esto se tumbó en el sofá y se durmió. Este fue su sueño.

Era una cálida noche del día 26 de enero de 1917, una fecha que se recordaría para siempre. Todos vestían sus ropas y complementos más elegantes. Allison iba de blanco; Mikayla, de verde; Jameson, de gris; Harry, de rojo; Roger y Miranda, de negro; y la cumpleañera, de azul.

Cuando se disponían a repartir los regalos, apareció un invitado sorpresa.

—¿De verdad pensabais que no la encontraría, que podíais esconderla de mí? Bueno, acabemos cuanto antes. Alexis Wood, ya eres una mujer adulta y vengo a hacerte un regalo.

Este invitado hizo un gesto con ambas manos y, a cada lado, aparecieron los padres de Alexis. Los estaba asfixiando.

—Este es mi regalo, querida. Hoy vas a descubrir lo que eres y, cuando lo hagas, te mataré.

Alexis empezó a notar las mejillas húmedas. Se le saltaban las lágrimas y al intruso parecía gustarle la idea de arruinarle la vida a alguien.

—Hermanita, no llores. Mantén la calma.

—¿Cómo puedes pedirme que mantenga la calma, Harry? Ese hombre va a matar a nuestros padres.

—Haz caso a tu hermano.

—¿Mamá?

—Es de vital importancia que no te alteres.

Y, tras decir eso, murió. Alexis intentaba estar calmada, pero no aguantaba más, e hizo lo primero que se le ocurrió: gritó. Su grito se pudo oír en toda la casa y algunos cristales se rompieron.

Mientras gritaba, el aire se llenó de humedad y toda la casa se congeló. Harry miró por la ventana y descubrió que todo el pueblo se había inundado. Alexis había provocado todo eso. Ella dejó de gritar y se dio cuenta de lo que estaba pasando.

—¿Qué... qué es esto?

—Esto es lo que has creado, elemental del agua. Dominas los tres estados, líquido, sólido y gaseoso, y por ese motivo es por el que te quiero matar. Eres la única que puede vencerme. Los demás podéis hacerme daño, pero jamás matarme —en ese momento sacó una piedra—. El único problema es que quiero hacer algo antes de acabar contigo. Quiero extinguir tu poder, pero no puedo hacerlo porque no sé dónde se encuentra la fuente de tu magia y... para que no te adelantes...— Dejó la frase sin acabar y torció ligeramente su muñeca. El cuerpo de Alexis se fue haciendo más etéreo y ella sintió que había algo que la empujaba. Antes de darse cuenta, estaba dentro de la roca. Atrapada. Sin posibilidad de vuelta atrás.

Alexis se despertó, sobrecogida. Un único nombre resonaba en su cabeza y la llenaba de odio y rencor. Ese era el nombre del asesino de sus padres: Ajax. Quería que pagara por todo y estaba dispuesta a ser ella quien le diera su merecido.

Mientras pensaba esto, Harry entró precipitadamente en su habitación.

—Hermanita, Eleanor está teniendo una visión.

—¿Y por qué me lo dices?

—Porque te está viendo a ti. Dice que te estás enfrentando a Ajax.

Aquello despertó la curiosidad de Alexis, pero seguía muy cansada.

—¿No puedes decirme lo que ocurra luego?

—No. Además, también aparece un mortal. ¿Te suena el nombre de John?

Alexis abrió los ojos (no creo que se pudieran abrir más, parecía un búho) y notó cómo se le llenaban de lágrimas. “No puede ser verdad. John no”, pensó con total tristeza. Aquella tarde tendría que dar muchas explicaciones. A este paso, tardaría mucho en poder descansar.

CAPÍTULO 4

John llegó a su casa con la sonrisa más estúpida que te puedas imaginar. A decir verdad, se sentía estúpidamente feliz. Había encontrado a la chica de los ojos claros, no había tenido que quedarse en el entrenamiento de baloncesto y se le ocurrió una excusa perfectamente válida para volver a verla. Trigonometría.

Para ser exactos, el examen de Trigonometría. Ella era una chica de ciencias, se le notaba, y estaba seguro de que podría ayudarle. Visualizó los siete dígitos que formaban el teléfono de Alexis y los marcó. Un pitido, dos, tres... John empezaba a desesperarse, hasta que...

—¿Hola? —dijo una voz femenina.

—¿Alexis?

—Sí.

—Hola, soy John —se dio cuenta de que se había producido un silencio bastante largo y decidió romperlo—. Esto... te llamaba por si te apetecería... por si querías...

—¿Si...?

—Por si... ¿Podrías venir a mi casa? Es que mañana tengo un examen y no me entero muy bien de algunas cosas y, como sé que eres de ciencias, pues...

—Eh... bueno, vale.

—Genial.

—Em, ¿dónde vives?

—¡Uy!, perdón. Se me había olvidado. Vivo en la esquina de Streech Dr con Clydesdale Ln, justo en esa esquina. Sabrás cuál es, o... si no... salgo a buscarte.

Ahí acabó su conversación telefónica. John subió precipitadamente las escaleras, estando a punto de caerse más de una vez. Consiguió llegar vivo a su habitación.

No sabía cuánto tiempo iba a tardar Alexis, pero no importaba. Abrió de golpe su armario y empezó a sacar montones de ropa. Primero, se puso una camiseta roja y unos vaqueros desgastados, pero recordó lo elegante que ella estaba en el instituto y decidió intentar ponerse a su altura. Buscó y rebuscó la ropa adecuada y la encontró. Se puso unos pantalones de color granate oscuro, una camiseta de manga corta blanca y una americana azul marino.

Bajó las escaleras del mismo modo que las subió, solo que esta vez se cayó.

—¿Se puede saber a qué vienen las prisas?

—Mamá... ¿no te ibas al médico con papá?

—Sí, en diez minutos.

“Porras, podría llegar antes”, pensó un muy estresado John.

—Y... ¿no podríais iros ya?

—¿Por qué quieres que nos...? Espera, ¿te has echado colonia?

—No...

Se dio cuenta de que ya tenía los zapatos puestos y la condujo hasta la puerta al mismo tiempo que le gritaba a su padre para que saliera. Justo cuando abrió la puerta, se encontró con una mirada con muchos secretos indescifrables.

—Hola.

—Lexi... hola.

—Hola, soy Catherine, la madre de Jonathan.

—¿Te llamas Jonathan?

—Sí, para mi desgracia. En fin, mis padres ya se iban.

Antes de que pudieran contestar, John los sacó, metió a Alexis en la casa y cerró la puerta. Hasta ese momento no se había dado cuenta, pero Alexis se había cambiado con respecto a esa mañana.

Ya no llevaba el vestido azul y negro, sino que se había puesto unos vaqueros cortos rasgados y una blusa azul con escote triangular. Se había recogido el pelo en una trenza que le caía sobre el hombro izquierdo y se había colocado unos pequeños cristales en los cruces de la trenza. La gargantilla con la cadena de plata seguía en su cuello, pero ahora también podías vislumbrar unos pendientes con forma de lágrima plateados que tenían un pequeñito zafiro azul en la parte superior. En la mano izquierda llevaba una sortija de plata y en la derecha, tres pulseras con zafiros. Apenas se había pintado los labios de forma que presentaban un ligero tono rojizo.

—Bueno, ¿qué es lo que no entiendes?

—¿Qué? —dijo John, totalmente perdido en sus misteriosos ojos claros. Se sentía como si tuviera ante él a un ángel.

—Me has dicho que no entendías algo de un examen.

—Cierto. Es verdad.

Pasaron al salón. Era grande y espacioso. Tenía dos sofás (uno de ellos también era una cama), una mesa de madera justo en mitad y una televisión más grande de lo normal.

Se sentaron en el sofá más pequeño (a petición de John) y empezaron a hablar de trigonometría, pero pronto se aburrieron. John no acertaba ninguna de las preguntas que le hacía Alexis, lo cual era normal si tenemos en cuenta que no estaba prestando atención.

—Háblame de ti —dijo John, esperando que le contestara.

—Pues... tengo diecisiete años, un hermano mayor y dos amigos que son como de la familia. Nunca he salido de esta ciudad y conozco

gran parte de su historia y cuando tengo la oportunidad me dedico a mejorar mis “dotes” en bioquímica.

—Yo también podría hacer algo parecido si no tuviera encima constantemente a mis padres. ¿Los tuyos no te lo hacen?

—Murieron —cuando dijo eso, en la habitación se pudo notar un descenso de la temperatura. John se dio cuenta de ello, como también se dio cuenta de que el agua del florero había empezado a moverse así como si nada. Alexis también se dio cuenta, ya que adoptó una postura más seria e inexpresiva—. Tengo que irme.

—Hey, lo siento mucho. No quería que te sintieras incómoda. A decir verdad, no sé por qué he sacado el tema.

—No importa, estoy bien. Pero, tengo que irme.

—Lexi...

Se levantó del sofá y John la agarró de la mano, no quería que se fuera. Fue un error. En el preciso instante en que su mano agarró la de Alexis, John tuvo que soltarla reprimiendo un grito de dolor.

Se le había congelado hasta la muñeca. Alexis lo notó porque cuando John alzó la vista, descubrió en su mirada un terror muy profundo. Demasiado.

—¿Qué he hecho? —musitó con un hilo de voz.

Echó a correr hacia la puerta y John la siguió, aun sujetándose la mano. Salió a la calle, mirando tanto hacia arriba como hacia abajo. Había desaparecido. No había ni rastro de ella.

Eso no iba a quedar así. Aquella chica ocultaba algo y él iba a descubrirlo, aunque le costase la vida. John sabía de sobra que no podría quedarse tranquilo hasta conseguirlo. Volvió a entrar en la casa, cerró la puerta y se apoyó sobre ella, sin darse cuenta de que el hielo del brazo se había esfumado como por... arte de magia.

“Soy un completo idiota. Ahora seguro que no quiere volver a saber nada de mí. Tuve mi oportunidad y la he desperdiciado. Soy imbécil”. Empezó a subir las escaleras con desgana y, cuando llegó, se tumbó boca abajo en la cama.

—¡Soy... un... imbécil! No volverá a hablarme jamás.

Entonces, levantó la cabeza de la almohada pensando que no todo estaba perdido. Buscó su móvil y la llamó. La llamaría tantas veces como fueran necesarias. No pararía hasta poder hablar con ella.

CAPÍTULO 5

Alexis no podía creerse lo que acababa de ocurrir. A ver, ¿cómo te quedarías tú si descubres que le has congelado la mano al chico que te gusta? Obviamente, mal. Pues así era como Alexis se sentía. “No creo que después de esto quiera volver a verme, aunque... será mejor así”, se decía Alexis.

En su cabeza persistían las imágenes que Eleanor les había contado. Según ella, todo acabaría en el solsticio de verano, pero de un modo un tanto extraño.

Sería una batalla entre Ajax y Alexis (no sé dónde estarían los demás). Después de una lucha muy igualada entre ambos, Ajax lograría hacerle mucho daño. Justo cuando supuestamente debería matarle, aparecería un chico con una espada. Alto, con el pelo castaño oscuro y alborotado, y con los ojos llenos de ira.

Las imágenes cada vez estaban más llenas de luz. Cuando todo se vio blanco, acabó la visión de Eleanor.

Decidió que le vendría bien dar una vuelta para despejarse y para poder pensar con claridad. Caminó durante mucho tiempo por el bosque. El paseo iba bien hasta que se dio cuenta de que en el suelo había nieve. Estaban en junio. No podía haber nieve. Siguió su rastro y se dio cuenta que en algunas zonas la nieve presentaba un tono rojizo.

Se agachó para intentar averiguar por qué pasaba eso. Con un tembloroso dedo índice rozó la superficie de la nieve y al retirarlo tuvo que ahogar un grito. Era sangre. Levantó la cabeza y descubrió que cada vez había más.

Se puso en pie y caminó hacia el lugar de donde parecía provenir la sangre. Avanzaba despacio. Avanzaba muy despacio y con miedo.

Había restos de amapolas amarillas y violetas. Siguió avanzando y entonces vislumbró una montaña de nieve de donde sobresalían numerosos tallos de amapolas. Se arrodilló junto a la montaña y empezó a retirar nieve.

Entonces, vio una mano humana.

—Dios mío... no estés muerto...

Siguió quitando nieve hasta poder verle la cara. De la boca le salía sangre y tenía el cuello morado, lo que era signo claro de asfixia. Entonces, gritó. Era el cadáver de su padre.

En otro punto del bosque, Mikayla y James estaban hablando sobre John.

—¿Qué estaría haciendo allí? No tiene sentido.

—Mika, somos elementales. Nada en nuestra vida tiene sentido.

—Ya, pero él es mortal.

—¿Y si no lo es?

—¿A qué te refieres?

—Quiero decir que no sabemos nada sobre ese chico. No sabemos si es un humano más. Podría ser... cualquier cosa.

—¿Cómo qué?

—Pf, no se me ocurre nada, pero debemos andarnos con ojo. Por si acaso.

—¿Crees que puede estar del lado de Ajax?

—¡Yo no he dicho eso!

—Pero lo estás pensando...

—Solo digo que debemos estar atentos, solo eso.

—Sí, sí. Seguro que solo dices eso.

—Mika, ¿oyes eso?

Mikayla prestó atención al ambiente y pudo oír a la perfección un grito ensordecedor que provenía del interior del bosque.

—Lexi...

Ambos echaron a correr en dirección al grito mientras pensaban en qué había podido causarlo. Una ventaja de ser un elemental muy poderoso es que, aunque estés a kilómetros de distancia, si gritas te

pueden escuchar y, gracias al “súper oído” y a la “súper velocidad”, te pueden encontrar.

Por el camino, James se percató de que Harry también los estaba siguiendo.

—¿Sabéis qué le ha pasado a mi hermana?!

—¡Vamos a averiguarlo, Harry!

Siguieron corriendo hasta que llegaron a un claro lleno de hielo y agua en el que pudieron distinguir a una persona acucillada agarrando por los hombros a otra que gritaba, lloraba y se intentaba liberar.

—La he encontrado así —explicó Eleanor—. No deja de gritar lo mismo: “Está muerto”.

Harry se arrodilló junto a su hermana que tenía los ojos vidriosos de tanto llorar.

—Hermanita cálmate.

—¿Cómo puedes decirme que me calme, Harry?! ¡¡Está muerto!! ¿No lo ves? Está muerto...

—Alexis, aquí no hay nadie.

—No me digas que no ves el cadáver de papá.

—No hay ningún cadáver.

Ella giró la cabeza hacia el sitio en el que segundos antes había visto el cuerpo inmóvil de su padre. Estaba vacío. No había ni cuerpo, ni amapolas, ni sangre.

—No estoy loca. Sé lo que he visto.

—Tienes razón, Alexis —dijo Eleanor—. Puede que el cadáver no estuviera aquí en realidad, pero tú lo has visto y no estás loca. Creo que sé qué es lo que ha pasado. Ajax te ha hecho recordar aquel día tan nefasto poniendo en tu mente la imagen de tu padre muerto. Es realmente perverso.

—¿Cómo ha podido hacer eso?

—Buena pregunta, Mika. No lo sé, pero lo más probable es que esté usando magia prohibida. Magia del inframundo. Me dan escalofríos de pensarlo siquiera.

— ¿Y cómo evito que lo vuelva a hacer?

—Eso ya sí que no lo sé. Intentaré encontrar la respuesta antes de que vuelva a hacerlo y... con un poco de suerte y ayuda... será antes del solsticio.

—Hermanita, ¿de dónde venías?

—Yo... esto... estaba en... casa de John.

—¿Y qué diantres estabas haciendo allí?

—Harry, cálmate tú también.

—No. Quiero saber por qué mi hermana estaba en casa de alguien que podría estar ayudando a Ajax.

—No sabes si eso es verdad.

—Pero tampoco sé si es mentira, James. Alexis, ¿qué estabas haciendo en su casa?

—Tenía un examen y le estaba ayudando a estudiar. No es tan grave.

—Al menos no sabe que no eres normal, ¿no?

—Pues...

—¡Alexis! —dijeron los cuatro a la vez.

—No lo sabe con certeza pero creo que se ha hecho una idea algo aproximada —esperó a que respondieran, pero sus ojos abiertos observándola le dijeron todo lo que se podía decir—. Me preguntó cosas sobre mí y cuando salió el tema “padres” se me escapó un pelín de magia. Me levanté del sofá y cuando me agarró con la mano puede que se la congelara un poco.

—Por eso no puedes sentir nada.

—¿Qué quieres decir, Harry? —dijo Alexis al borde de las lágrimas.

—Quiero decir que eres un peligro andante. En el momento en el que algo te haga sentir pena o tristeza nadie puede tocarte porque tiene el riesgo de quedarse congelado. Por eso papá y mamá te decían que tener sentimientos es malo. Eres incapaz de controlarte. No te mereces ser tan poderosa —dijo mientras se daba la vuelta y se iba, dejando a Alexis llorando.

CAPÍTULO 6

El momento de la cena era un momento que John prefería evitar. Sabía perfectamente que sus padres le iban a preguntar acerca de Alexis. Las preguntas de su madre las soportaba. Eran más pero menos directas. En cambio, la única pregunta que le podría hacer su padre era la verdaderamente peligrosa.

Ya se la hizo a Danny (el hermano mayor de John) antes de que se fuera a vivir con su reciente esposa y fue realmente horrible. Todavía se acordaba de aquel día.

Toda la familia se reunió para comer porque Danny y Cara tenían que dar una gran noticia. Antes de darla, a su madre se le ocurrió abrir la ronda de preguntas con los típicos “¿Cómo va la relación?” o “¿Habéis pensado algo para el futuro?” a lo que ambos implicados contestaron si ningún problema. Entonces, su padre hizo “la pregunta”:

—¿Os habéis liado ya?

—¡Lance!

—¿Qué? Solo quiero saberlo.

Desde ese momento, John evitaba llevar a una chica a su casa. No quería tener que responder a esa pregunta. A ver, que la respuesta era clara pero eso no quitaba que se produjera una situación incómoda.

Aunque puede que la situación más incómoda ya se hubiera producido antes. John todavía recordaba los ojos horrorizados de Alexis al ver que su mano se había congelado. La llamó varias veces después del incidente, pero no contestaba.

Quería decirle que se había curado, que no le dolía y que no tenía ninguna quemadura de ningún tipo. Quería decirle que no le importaba y que le gustaría volver a quedar. Pero, por encima de todo, quería decirle cómo se sentía a su lado.

—John, hijo, ¿por qué no le has dicho a Alexis que se quedara a cenar?

—Tenía que irse, mamá.

—Bueno, pues a la próxima se queda.

“Será si hay una próxima vez, claro”, pensó John tristemente. Cuando su madre salió de la habitación, maldijo el momento en el que mencionó el tema de los padres. “Si me hubiera quedado callado no se habría ido”. Entonces, recibió un mensaje. Era de Alexis.

“Hola, John. Siento no haberte contestado a las llamadas, estaba ocupada. Espero que estés mejor, quiero decir, por lo de la mano”.

“No es nada, ya se ha curado. Lo que me pregunto es cómo ha pasado”.

“No lo sé”.

Y no volvió a escribirle.

John estaba convencido de que estaba ocurriendo algo raro y llevaba con esa convicción desde un mes antes cuando se rompió la mano y se le curó en el trayecto del gimnasio al hospital.

Fue muy extraño, por no hablar de los sueños que hacían que se levantara en mitad de la noche sudando y viendo cosas que no deberían estar ahí, pero que estaban y eran reales. Algunas daban un *yuyu* que flipabas.

En fin, que me desvió del tema. John pensaba averiguar qué sucedía, pero antes, tenía que cenar. Bajó de mala gana las escaleras hasta el comedor y allí las cosas no hicieron más que empeorar. Había una chica con el pelo castaño y corto que no dejaba de mirarle.

—Hola, Jonathan —dijo con una voz de esas que se te quedan en el cerebro como un pitido constante y con las que te entran ganas de decir “Shh, ¿oyes eso? El silencio. Pues así es como deberías estar un rato”, en fin, una voz nada agradable —. Tu madre me ha invitado a cenar.

—Abigail... qué sorpresa.

Creo que debería explicar un poco el tipo de “relación” de estos dos. Abigail llevaba colada por John desde segundo. Aunque la verdad, lo que quería hacer era añadir otro nombre a la lista de chicos que no se han podido resistir a “sus encantos”. John era el único chico del instituto que le había dado un “no” por respuesta y eso la sacaba de quicio.

John lo sabía, y por ese motivo la evitaba. Y también, porque era la única persona del insti, la única, que le llamaba Jonathan. Ni siquiera los profesores lo hacían, pero ella se empeñaba.

Resumiendo, ella iba tras él y él quería alejarse de ella todo lo posible. John pensó que el día no podría tener un final aún más horrible, pero habló muy rápido.

En ese momento, llamaron al timbre. No sabía quién podía ser a esas horas, pero agradecía cualquier excusa para acabar con aquella conversación. Fue a abrir la puerta y se sorprendió al encontrarse la entrada vacía. Allí no había nadie. Entonces se percató de que había una nota en el suelo. La letra era ilegible, pero podías entender algo.

“Aléjate de Alexis Wood si no quieres morir. Será mi última advertencia”.

Eso era todo lo que había escrito. Ni firma, ni dirección ni nada que sirviera para identificar a la persona que la enviaba. Cuando levantó la vista, sus ojos se encontraron con otros totalmente negros. Ni siquiera tenía la esclerótica. Todo el ojo era negro. En su interior ardía un brillo asesino.

De repente toda la escena cambió. John ya no se encontraba en la entrada de su casa. Se encontraba en una ciudad que estaba inundada. Había muchos muertos y los que sobrevivieron hablaban entre ellos como si supieran lo que había pasado.

—La hija de los Wood es la que ha hecho esto. Es cruel. Es perversa. Es un monstruo.

John iba a intentar hablar con ese grupo de gente cuando se fijó en una chica pelirroja con un vestido verde que escuchaba entre las sombras. Se quiso acercar a ella para ver si sabía algo, pero salió corriendo.

Después vio a un chico moreno vestido de rojo que no dejaba de mirar en todas direcciones, como si buscara algo o a alguien y tras él, apareció otro un poco más bajo que vestía de gris. Le decía que debían buscar por el bosque, que sería lo mejor.

John se dio la vuelta y volvió a ver esos ojos negros bajo una capucha del mismo color. No era la primera vez que los veía y tampoco era la primera que le llevaba a este tipo de sitios.

—¿Qué quieres de mí? ¿Qué quieres enseñarme?

El hombre misterioso no habló en ningún momento. La visión de John se fue haciendo cada vez más borrosa y oscura hasta que todo se volvió negro. Cuando todo recuperó el color se dio cuenta de que seguía en la puerta de su casa y de que su madre le estaba gritando desde la cocina.

—¡John! ¿Quién es?

—Se... han equivocado.

En su mente seguían ocupando la mayor parte del espacio las palabras de la nota. Aquella noche volverían las pesadillas y nadie podría evitarlas. Terminaron de cenar y Abigail se llevó otro chasco cuando intentó convencer a John de ir al baile con ella. Otra vez le dijo que no. No podía ser de otro modo. John volvió a su cuarto, se metió en la cama y enseguida se quedó dormido.

Las imágenes que veía se sucedían sin parar. Algunas eran muy borrosas, pero otras algo más nítidas. Pero sin duda la que le dejó más sorprendido fue la que mostraba a una chica en el suelo, totalmente agotada, encerrada en una celda mientras le gritaba que se fuera.

Pudo ver cómo un mar de lágrimas se deslizaba por sus mejillas y, al darse la vuelta, entendió por qué. Distinguió la figura de un hombre que irradiaba maldad y que no dejaba de apuntarle con una espada. Para su sorpresa, John también tenía una.

El otro se acercó a él con una velocidad aterradora; mientras, la chica no dejaba de gritar. Justo cuando iba a empezar la batalla, la imagen cambió.

Ahora veía a esta joven tumbada en el suelo, sin poder levantarse y sin apenas respirar. Se acercó a ella. Intentó tocarla, pero no pudo. Estaba ardiendo. No podías acercarte sin hacerte una quemadura. John miró aterrizado cómo la vida se le escapaba del cuerpo, hasta que...

Se despertó. Alguien le estaba agitando el brazo. Era su madre.

—Mamá, ¿qué pasa?

—Dímelo tú. ¿Por qué gritas “¡No le hagas daño! ¡Mátame a mí!”?

—¿He dicho eso?

—Sí, lo has dicho.

—Habrá sido una pesadilla.

Su madre le dejó solo con sus pensamientos. John sabía que no solo era una pesadilla, porque todos sus sueños se habían hecho realidad.

CAPÍTULO 7

Alexis seguía sin poder creerse lo que su hermano le había dicho. Sus palabras seguían resonando en su cabeza:

“Eres un peligro andante”. “No te mereces ser tan poderosa”.

Estas son las dos frases que no la dejaban tranquila. No paraba de pensar en si eran ciertas o no.

Estaba tumbada boca arriba en la cama con la lamparita encendida. Tenía puesto el pijama, que consistía en un pantalón corto blanco y una camiseta muy ancha azul claro. Se había recogido el pelo con un pasador, cosa que fue un milagro, ya que tenía una cantidad enorme de pelo.

Era obvio que no podría dormir, así que se levantó de la cama, se calzó sus chanclas, apagó la luz y salió al pasillo, dispuesta a dirigirse al salón para ver un rato la tele.

Por ahora nada anormal, ¿verdad? Pues espera un poco y verás.

Cuando salió de su habitación todo estaba a oscuras. Tanteó las paredes con la mano para no llevarse por delante macetas, cuadros, botas...

Llegó al inicio de la escalera y descendió muy silenciosamente. Cuando pisó el suelo del pasillo, se dio cuenta de que había una luz tenue proveniente de la cocina. La intensidad de la luz era irregular, lo que le hizo pensar que se trataba de velas. A lo mejor había un apagón.

Se acercó a la puerta con sigilo y pudo escuchar una conversación que la destrozó. Estaban hablando Harry y Eleanor.

—¿Cómo se te ocurre decirle eso a tu hermana? No ha estado bien y lo sabes.

—Tienes razón, pero si no se lo decía yo nadie lo haría. Además, es la verdad. Es como una bomba de relojería. En cualquier momento podría estallar y matarnos a todos.

—Yo puedo ayudarla a controlarse.

—Mis padres también lo creyeron y, a la mínima, pasó lo que pasó.

—Tus padres le dijeron que no debía sentir nada. Yo puedo enseñarle a tener emociones sin destruir cosas.

—¿Estás segura? Ya la has oído. Le congeló la mano a ese chico y él solo sacó el tema de los padres. No hizo otra cosa y acabó con la mano helada.

—Estás siendo injusto.

—¡Estoy siendo realista!

—Shhh... habla más bajo, te pueden oír. Escucha, si para el solsticio no ha cambiado haremos lo que propones, ¿de acuerdo? Pero cuando pase esa fecha. No intentes adelantar las cosas.

Eleanor salió de la cocina dejando solo a Harry, sin saber que Alexis estaba escuchándolo todo.

—La cuestión es... —empezó a decir Harry— que el plan debe ser realizado antes del solsticio de verano. Lo siento, hermanita, pero debes morir y tu poder debe pasar a alguien que sepa cómo usarlo.

Alexis se apresuró a subir las escaleras, horrorizada por lo que acababa de oír. Entró en su habitación, cerró la puerta con cerrojo y se sentó en el suelo. Notó que una lágrima se deslizaba por su mejilla. Una lágrima producto de la rabia antes que de la pena.

“No puedo llorar. No ahora”, pensó amargamente. “Se cree que no puedo aprender a usar mi magia, ¿no? Pues se equivoca”.

Se levantó del suelo y se tumbó en la cama.

Su mente trabajaba al ciento diez por ciento. Debía idear una estrategia, un plan.

No consentiría que nadie le robase sus poderes. No permitiría que le quitasen aquello que la hace especial.

Nadie le haría caso cuando dijera que Harry estaba conspirando contra ella, por lo que se le ocurrió que debía enseñárselo. Si les mostraba lo que acababa de presenciar no podrían dudar de ella.

Bajó por segunda vez a la cocina, en busca de alguna prueba. Por desgracia, no encontró nada de provecho.

Pensó entonces en hablar con Eleanor. Si tenía algo de corazón le contaría el plan, ¿verdad? Aunque... lo más probable era que Harry no se lo hubiese dicho todo.

“Eleanor no lo sabe todo, estoy segura. Jamás aceptaría llevar a cabo un plan que implicase la muerte de alguien, pero... tampoco la conozco muy bien”.

Alexis no dejaba de darle vueltas a sus pensamientos y no escuchó el ruido de pasos que indicaba que había alguien tras ella.

—Hermanita, ¿qué haces despierta?

Era Harry. Ella no entendía cómo podía estar tan tranquilo.

—No podía dormir y he bajado a beber agua —dijo, mientras deseaba que la voz temblorosa solo estuviera en su mente, pero no era así.

—¿Estás bien?

—Sí. ¿Tú por qué estás aquí?

—Te he sentido salir de tu habitación y me he preocupado.

Entonces, Mikayla entró en la cocina. Sus manos estaban manchadas de sangre y al girarse para ver a su hermano, descubrió que este tenía la camiseta totalmente llena de lo mismo.

—Pobre chica, era tan joven —dijo Mikayla con voz maliciosa mientras se limpiaba las manos.

James entró también, agarrando a Alexis por los hombros.

—Todo lo que empieza debe acabar, ¿verdad?

Todos se rieron por aquel comentario. James tiró a Alexis a la esquina. Ella intentó levantarse, pero se sentía mortalmente agotada.

Se palpó el cuello y lo descubrió lleno de sangre, así como los brazos y el pecho. Entonces, lo adivinó. La sangre que todos estaban limpiándose de las manos, la ropa o de cuchillos era suya. Alexis estaba muerta.

De repente abrió los ojos. Se encontraba en su habitación con la luz encendida y en la misma posición en la que estaba antes de que ocurriera todo lo anteriormente dicho.

No había sangre, ni estaba muerta. Ni siquiera estaba segura de que se hubiera levantado en algún momento de la cama.

“Ha sido un truco. Tiene que serlo. Ha sido cosa de Ajax”, se decía constantemente, pero en el fondo sabía que había algo de realidad en lo que había visto.

Estaba harta de todo lo que estaba pasando, así que decidió dar una vuelta por el bosque. Se puso unos pantalones cortos azules, una camiseta blanca de manga corta con agujeros en los hombros y con copos de nieve en azul cielo. Se calzó unas deportivas azul marino, se hizo una coleta alta de la que se escapaban los mechones de pelo que tenía algo más cortos.

Una vez se hubo preparado, abrió el ventanal y salió al bosque, con la esperanza de despejarse. Caminó bajo la lluvia sin rumbo fijo, con la mirada totalmente perdida, sin darse cuenta de que había empezado a correr.

El agua que caía le golpeaba en la cara, pero de esa manera se sentía más viva. Más fuerte. Llegó hasta un lago en el que se reflejaba la tenue luz de la luna. Esa noche era de luna llena, pero con las nubes y la lluvia apenas se notaba.

Se sentó en la orilla contemplando el lago y todas las ondulaciones que se producían en su superficie a causa de las gotas. Levantó una mano y empezó a mover los dedos. El agua se movía al ritmo ligero y suave de su mano. “¿Cómo un poder que hace cantidad de cosas bellas puede ser... tan peligroso?”

Pensó en todas las maravillas que podría haber hecho si le hubieran permitido entrenarse adecuadamente mientras jugaba con

el agua. La movía, la evaporaba y la congelaba rápidamente. Era como una montaña rusa: ya subo, ya bajo; y así continuamente.

Se acordó de lo que había ocurrido. Dejó de mover la mano, dejó de sentirse bien. Acercó sus rodillas al pecho y las abrazó. Se deshizo la coleta y apoyó la cabeza en sus rodillas mojadas mientras las lágrimas se acumulaban en sus ojos.

—¿Qué me está pasando...? —susurró para sus adentros.

De repente se puso rígida. Sentía una presencia tras ella, pero no se atrevía a levantarse para saber quién era.

—¿Lexi?

CAPÍTULO 8

John no había conseguido pegar ojo después de la pesadilla, así que se vistió con un chándal y salió a pasear. Su instinto le decía que fuera hacia el bosque y jamás discutía con su instinto, y menos desde que por culpa de no hacerle caso acabó castigado siete meses.

Tuvo su gracia, en realidad. Él estaba tranquilamente jugando con sus primos (tendría... seis o siete años) cuando el mayor rompió un jarrón. Bien, era el jarrón favorito de Catherine. Cuando volvió a casa, el instinto de John le decía que se echara a llorar, pero en lugar de eso no se inmutó. El primo mayor le culpó a él y acabó sin poder ver la televisión o jugar a la Wii en siete meses. ¡Vale, de acuerdo! No tuvo gracia, fue horrible. No sé cómo aguantó...

En fin, que me salgo de la historia. John estuvo andando más de media hora con la lluvia empapándole por completo y, a la vuelta, decidió ir hacia el lago. El lago... es agua, y el agua le recordaba mucho a Alexis. Creyó ver por un instante sus ojos claros como el hielo, pero la imagen cambió mostrándole a la chica muerta. No sabía quién era, o a lo mejor sí pero no se acordaba.

Fue entonces cuando vislumbró una figura sentada en la orilla. Al principio pensó que daría la vuelta, la gente necesita privacidad, pero

luego se fijó en su pelo que estaba recogido en una coleta. Se la estaba quitando y cuando sus cabellos quedaron libres y cayeron húmedos por su espalda, John ahogó una exclamación.

“Pero qué caprichoso es el destino”, pensó, porque en ese instante había reconocido las puntas azules de Alexis Wood, la chica que le congeló la mano.

—¿Lexi? —la llamó.

Ella tardó en reaccionar. Se levantó con cuidado y se dio la vuelta muy despacio. A John iba a darle algo en cuanto la vio con claridad. Ya no llovía y el cielo se había despejado. La luna se veía en su totalidad y brillaba como nunca.

Ella tenía la ropa mojada y los ojos húmedos. O había estado llorando o iba a empezar. Al ver que no se movía y tampoco decía nada, John recorrió los pocos metros que los separaban tomándose su tiempo, temiendo que si se acercaba demasiado rápido ella se iría corriendo, desapareciendo otra vez.

—¿Qué haces aquí? —preguntó John.

—Quería dar una vuelta.

—¿A estas horas?

—Me ayuda a pensar. ¿Tú que haces aquí?

—Me apetecía andar.

—¿A estas horas?

—*Touché* —dijo John, provocando la risa de Alexis—. Creo que es la primera vez que te escucho reír y, todo sea dicho, es una risa muy agradable.

—Ah, pues gracias.

—¿Qué pasó?

—Qué pasó... ¿cuándo?

—Esta tarde, cuando te fuiste.

Aquello había conseguido que la expresión de Alexis dejara de ser relajada para volverse tensa e incómoda, justo como John se sentía también.

—N-no sé a qué te refieres.

—Sí lo sabes. ¿Qué pasó?

—John...

—En serio, ¿qué ocurrió? No voy a irme hasta que me lo digas.

—Entonces me voy yo.

John notó el cambio que había dado. Ahora más que intranquila se le notaba enfadada con él, aunque puede que más bien lo estuviera con ella misma.

—No, si al final tendrá razón.

Que John dijera aquello hizo que Alexis se parara en seco.

—¿Quién?

—El que me dijo que me apartara de ti si quería... seguir vivo. Al final va a ser verdad, eres peligrosa... y me lo has demostrado esta tarde.

John se marchó. Se puso a correr así sin más, porque tenía el presentimiento de que debía salir de ese bosque después de lo que había hecho. ¿A quién se le ocurre hacer algo así?

Siguió corriendo hasta llegar al inicio de la carretera. Se dirigió a su casa y, cuando dobló la esquina, volvió a ver al hombre bajo la capucha. A pesar de que no se le notaban los ojos, John adivinó que lo miraba fijamente.

—¿Tú qué quieres de mí?

Para su sorpresa, el hombre alzó una mano y la llevó a su cintura. Era la primera vez que John veía a aquel hombre hacer algo. Pero lo más extraño fue que pudo escuchar su voz en su cabeza.

—Te dije que te alejaras de ella. Ahora morirás —John no sacaba nada en claro. Ese hombre le llevaba aconsejando mucho tiempo y ahora quería matarle. No tenía sentido.

El hombre desenvainó una espada negra con adornos algo... morbosos. Apuntó hacia John y se la clavó a la altura del estómago. John sintió un profundo dolor, pero solo eso, porque el hombre se había desvanecido junto con la espada. No había sangre ni personas muertas.

John seguía con vida aunque algo desconcertado. Sabía que alguien iba a morir antes del solsticio de verano (no preguntes cómo ha sabido la fecha, de verdad, no lo hagas).

Entró en su casa, pero debería haber entrado por la ventana de su habitación, no por la puerta principal.

—¡¡Jonathan Alexander Ross!! ¡¿Se puede saber dónde estabas?!

—Mamá... —dijo, pensando eso de “Di algo inteligente”—. ¿Qué tal?

La madre no reparó en métodos para hacerle ver a su hijo el enfado que llevaba dentro. Fue directa a su oreja, la agarró por arriba y se la retorció.

—¡Te voy yo a enseñar a irte en mitad de la noche y llegar empapado! ¡Y antes de un examen!

—Lo siento. ¡¿Puedes parar ya?!

—Pararé cuando me digas dónde habías ido.

John le dijo que había ido a dar un paseo y que por el camino se encontró a un compañero de clase que volvía de casa de un amigo y que lo había acompañado a su casa.

No mencionó que estuvo por el bosque, ni que estuvo hablando con Alexis y, obviamente, tampoco le dijo lo del tío encapuchado que quiere matarle. Eso es algo que no le dices a tu madre. ¿Te imaginas la conversación?

—Oye mamá, que por ahí hay alguien que no sé quién es y al que no le he hecho nada y quiere matarme.

—Ay, hijo, algo le habrás hecho, ya verás. Y, ¿estás seguro de que no le conoces?

¡Gran conversación! En fin, después de pedir perdón a su madre y lamentarse por su oreja roja, John se tumbó en la cama pensando en el examen. Esperaba que no fuera muy difícil. Bueno, más bien, esperaba que no acudiera el profesor.

Dejó de un lado la trigonometría para pensar en Alexis, la chica de los ojos claros, la del pelo azul, la que le congeló una mano, la que (según una nota) era un riesgo para su vida.

“Me he portado como un completo imbécil. ¿Quién me mandaba decirle eso?”

Así se durmió, pensando que jamás volvería a hablar con ella. Pero, como antes se ha dicho, el destino es caprichoso y aquella no sería sino el comienzo de increíbles vivencias del uno junto al otro.

CAPÍTULO 9

Alexis se despertó en su cama. Estaba dolorida, tanto por dentro como por fuera. Nunca se había sentido así antes. Que su hermano le dijera que era peligrosa... vale, lo soportaba, pero... oírlo de John... la devastaba.

Sentía la cabeza a punto de explotar y todo lo veía muy borroso; no se acordaba de gran cosa. No tenía ganas de hacer nada, por lo que se puso de costado, se tapó con todo lo que se podía tapar y cerró los ojos. Estaba a punto de dormirse otra vez cuando oyó el ligero golpe de nudillos que indicaba que alguien quería entrar o que ella saliera.

—¿Quién es?

—Soy Eleanor. ¿Puedo pasar?

—Eh... sí...

Eleanor abrió con extrema suavidad y cerró de igual manera. Se acercó lentamente a la cama donde descansaba Alexis y se sentó en ella.

—¿Puedo saber dónde estabas anoche?

—¿Eh?

—Ya sabes, anoche a eso de las cuatro, ¿dónde fuiste?

—A las cuatro...

—O antes. Yo solo sé que entré en tu habitación a esa hora y no estabas.

—Fui a andar.

—Ahh... claro, claro.

Alexis no se había olvidado de lo que le ocurrió en esa casa. Empezó a lanzarle preguntas indirectas para ver qué podría sacar. No sacó nada, era de esperar. Eleanor le dijo que había tortitas para

desayunar, a lo que Alexis contestó con un sonido raro que no sabría describir, pero sí puedo decir que se notaba el cansancio.

—¿Te puedo hacer otra pregunta? —dijo Eleanor.

—La vas a hacer igualmente...

—¿Por qué tienes la habitación destrozada?

Hasta ese momento no se había fijado, pero todo estaba patas arriba. Entonces se destapó y vio arañazos y heridas en sus manos, codos, piernas (incluidos los tobillos) y cuello. Después, se fijó en la mesita de noche. Tenía unas letras griegas grabadas, pero antes no estaban ahí. Mantuvo la mirada sobre las letras que penetraron en su cabeza como si estuvieran grabadas en ella.

Recordó algo de lo que había pasado aquella noche.

Después de que John le dijera todo lo que le había dicho, Alexis volvió corriendo y, cuando entró por el ventanal, no se contuvo. Empezó a llorar, pero en seguida paró. Había alguien más allí. Entonces sintió que le clavaban una jeringa en el hombro. A partir de ahí empezó a ver las cosas borrosas.

La persona misteriosa rompió cristales y espejos, y lo hizo muy cerca de ella ya que fue eso lo que le causó las heridas. También volcó los muebles y desgarró cojines. Al cabo de un rato, se fue. Alexis intentó incorporarse, pero solo llegó a sentarse en la cama. Cogió una astilla y empezó a grabar esa palabra. Lo más extraño fue que, cuando vio su reflejo en los cristales rotos, sus ojos brillaban y sus iris rotaban alrededor de sus pupilas. El azul era intenso y en su interior se notaba el poder del agua, un poder fuerte, poderoso, indomable...

—Alexis...

El que Eleanor pronunciara su nombre la despertó de esa especie de trance. Dejó de mirar las letras, dejó de recordar.

—¿Qué pasa, Eleanor?

—¿Estás bien?

—Perfectamente. Dices que hay tortitas, ¿no? Pues vamos allá.

Esa fue toda la conversación. Ella intentaba estar normal, pero no podía seguir sin saber qué era lo que significaba esa palabra en

griego que había tallada en su mesa. Ella lo había hecho, debería de saber por qué.

Después de un largo día, subió a su habitación y empezó a mover un trozo de cristal entre sus dedos. Era pequeño. A medida que lo movía, empezó a escribir en un papel.

Observó cómo el cristal se iba iluminando con una débil luz azulada.

El cristal no brillaba, pero sus ojos sí. Seguía escribiendo más y más deprisa hasta que paró en seco. En la lejanía pudo divisar dos ojos oscuros y curiosos.

Esos ojos le pedían que les dejara entrar en su vida, pero ella se negaba. Se negaba porque no quería que supieran todo el mal que había causado, aunque ella pensaba que ya lo sabían.

Miró a ambos lados y comprobó que no había nadie en la habitación. Todo se veía azul y había niebla.

Como si ya supiera lo que pasaba, se levantó, sin preocuparse de volver o no. “Mi cuerpo no se moverá de aquí”. Siguió andando entre la niebla y se encontró a un pequeño cachorrito, al que siguió.

El cachorro la guio a través del bosque. Este tenía árboles de cristal y la hierba era agua. El perro tenía tiempo y ella no tenía prisa, la verdad. Nadie la esperaba.

Se descubrió a sí misma reflejada en uno de los árboles con esos ojos brillantes e intensos. Eran hipnóticos. Su leve movimiento circular que representaba el movimiento del agua era tranquilo y conseguía que no pudieras dejar de mirarlo.

Siguió andando por el bosque. Ya no había vuelta atrás.

Sentía cómo una fuerza invisible tiraba de ella sin permitirle regresar. De esa fuerza salía una voz que le decía que tenía que verlo con sus ojos. “¿Ver qué?”, se preguntaba ella.

El perrito que unos instantes antes era adorable se estaba transformando ahora en una bestia de pequeño tamaño con los ojos rojos y con doble fila de afilados dientes. Se había colocado tras ella para impedirle salir corriendo y volver a su casa. Realmente quería

hacerlo, pero se dijo a sí misma que tenía que seguir adelante. Costase lo que costase.

No sabía con exactitud dónde estaba, pero sí sabía que faltaba poco para poder volver a su cuarto. Sea lo que fuera lo que tenía que ver estaba cerca de verlo.

De pronto, se encontraba en una calle, en la calle de John. “Vale... sigo sin saber qué hago aquí así que... voy a descubrirlo”.

Entonces, vio a alguien salir del bosque. Era John, pero el John de la noche anterior. Esa escena tuvo lugar la noche en la que le dijo que... pues eso, que ella podía ser... letal.

Venía corriendo y, al llegar a la puerta de su casa, frenó en seco.

“Seguro que me ha visto”, pensó. Pero no era así. John se dio la vuelta. En sus ojos se notaba el miedo y el nerviosismo. Alexis pudo escuchar perfectamente lo que decía:

—¿Tú qué quieres de mí?

Ella ladeó la cabeza para ver a quién se refería y vio a alguien que ya conocía bien. No era la primera vez que veía esa capucha. Se quedó petrificada. Pensó que era cierto que John estaba del lado de Ajax, y eso le dolió. Pero le dolió más lo que pasó después. Sacó una espada, diciendo que le había avisado, que ahora moriría, y se la clavó a John. Si John estaba del lado de Ajax, ¿por qué este último lo había matado? ¡Ay!... los misterios de la vida, pero yo estoy aquí para desvelarlos.

Después de presenciar esa escena, volvió a estar en su habitación. Todo volvía a estar como antes. La escena anterior se había desvanecido. No había cachorro/bestia, ni brillo en sus ojos, ni niebla azul, ni árboles de cristal, ni espadas...

Volvió a mirar el papel en el que había estado escribiendo hace un rato. Tenía la misma palabra que había en su mesita, pero ahora sabía su significado.

Por fin había conseguido descubrir qué había escrito. Era el nombre de John. Ella había escrito “John” en griego varias veces. Tendría que volver a verle porque las cosas se hacen con un motivo. Volvería a hablar con alguien que la considera un peligro para su vida.

Menudo plan, ¿no?

CAPÍTULO 10

John no había conseguido dormir tras el episodio del bosque. Iba a ser un día malo con ganas. Se vistió rápidamente y bajó las escaleras. En la cocina ya estaban sus padres tomándose el café diario.

—Hola, hijo —dijo el padre—. ¿Preparado para el gran examen?

—Sí...

Era el examen final de Trigonometría. Lo peor era que su profesor se enfadó con ellos y les puso como castigo que, si no aprobaban este examen, suspenderían la asignatura. Era injusto, pero cualquiera le llevaba la contraria a ese hombre. Intimidaba que no veas.

John cogió la mochila y se subió a su coche nuevo, regalo de cumple. Era un Seat León de color negro. Gracias a ese coche, algunas personas empezaron a coscarse de que existía.

John condujo hasta el parking del instituto. Estaba aparcando cuando miró por el espejo retrovisor y vio los ojos de Alexis. Esos ojos escondían millones de secretos y él quería descubrirlos, pero por otra parte no quería volver a interferir en su vida. Salió del coche y, nada más pisar la calle, la persona con la voz más irritante gritó su nombre.

—¡¡Jonathaaan!!

—Abigail... otra vez... —dijo con la típica sonrisa falsa que uno pone en esos momentos.

—¿Preparado para el examen?

—Sí.

—Por cierto, me he enterado de que aún no tienes pareja para el baile y venía a decirte que... yo tampoco.

Seguro... esa chica había rechazado a más chicos que cualquier otra y John lo sabía. Era cierto que no tenía pareja, pero prefería morir antes que estar en la lista de Abigail (a nadie le convenía estar en esa lista).

Entró en su clase; tenía el examen a primera hora. Empezó a sacar cosas de su mochila: estuche, calculadora, folios en blanco (por si acaso). Descubrió que en su mesa había sangre. Se llevó la mano al lugar donde el encapuchado le había clavado la espada. Ahora sí tenía una herida. Miró a sus compañeros, quienes giraron la cabeza hacia él. Sus ojos eran negros.

Cuando miró al profesor descubrió al hombre de la capucha con su espada. La alzó por encima de su cabeza y se la lanzó. John cerró los ojos y al abrirlos vio con alegría que tenía la mirada de su amigo Nicholas. John prefería llamarle Nick, era más corto, pero para el resto del mundo era Nicholas.

—Tío, ¿qué pasa?

—Nada. Los nervios del examen.

Cuando llegó el profesor empezó el examen. Era difícil. Un alumno se fue corriendo del aula gritando a los cuatro vientos que no podía hacerlo, que prefería suicidarse antes que hacerlo.

—Caray, un nuevo récord. No ha contestado ni a la primera pregunta, y es la más fácil: “Ponga aquí su nombre”. ¿Qué se le va a hacer?

El resto de alumnos se quedaron asombrados ante la tranquilidad del profesor. Continuaron con el examen. A los veinticinco minutos ya había gente que entregaba el examen. John no lo entregó hasta que quedaron cinco minutos para que sonara la campana.

Cuando se fueron a gimnasia, el entrenador fue comprensivo. No les hizo sudar demasiado. John se quedó después de clase para entrenar un poco. La final de baloncesto estaba muy cerca y, si no quería que su equipo perdiera (otra vez), tenía que ponerse las pilas.

A las cinco de la tarde acabó de entrenar y volvió a su casa. Hizo los deberes, vio la tele, escuchó música... lo normal.

A las siete se tumbó en su cama intentando ordenar la cabeza. Escuchó que alguien llamaba a la puerta.

—Mamá, no quiero hablar. Estoy bien.

Volvieron a llamar.

—Papá, lárgate.

Llamaron una tercera vez. John se levantó enfadado dispuesto a gritarle a quien estuviera allí para que se fuera y le dejara en paz. Abrió la puerta con fuerza y se olvidó de su cabreo. Era Alexis la que llamaba a la puerta.

—Hola, John —dijo muy bajito.

—Hola... ¿Qué haces aquí?

—Me he encontrado con tus padres de camino y me han dicho que estabas aquí arriba y he subido.

—Ya, pero, ¿por qué estás aquí?

—Quería hablar contigo, pero mejor me voy.

Se dio la vuelta. John vio que estaba dispuesta a irse de verdad. Él iba a dejarla, pero acabó llamándola.

—Espera... no te vayas. Si quieres hablar, no soy quien para impedírtelo. Pasa, no estoy haciendo nada.

Entró en su dormitorio y esperó a que ella pasara también para cerrar la puerta. Le dijo que se sentara donde quisiera. Él se sentó en la cama y ella lo imitó.

—Bueno, ¿qué querías decirme?

—Lo siento.

—¿Por qué?

—Por haberte causado problemas, de verdad, no era mi intención. Yo solo quería devolverte tu anillo y nada más pero... todo se ha complicado. Yo creo que... lo mejor sería que... dejáramos de vernos.

—¿Qué? Oye, si es por lo que te dije... lo siento, no iba en serio. No sé por qué te lo dije. No quería hacerte daño.

—No es por eso.

—Y, ¿por qué es entonces?

—¡Porque esto no debería de pasar! Solo conseguiría empeorar las cosas.

John contempló la escena. Ella estaba llorando a más no poder. Cuando le vio la cara en su cabeza se superpuso la imagen de la chica enjaulada que no dejaba de llorar por él. Fue entonces cuando lo comprendió. Esa chica y Alexis eran la misma persona.

—Eres tú...

—¿Qué?

—Oye, no te acerques a un almacén.

—¿Qué quieres decir?

—Solo... no lo hagas, ¿vale?

—¿Por qué?

—¡¡Porque acabarás muerta!!

John se dio cuenta demasiado tarde de lo que acababa de decir. Había amenazado de muerte a Alexis, quien ahora le miraba con los ojos abiertos como platos y llenos de lágrimas. Ese tipo de cosas no se sueltan así como si nada, hay que tener tacto.

—Será mejor que me vaya...

—Lexi...

—No es necesario que me acompañes, ya sé cuál es el camino.

Salió de la habitación. Cuando John sintió la puerta cerrarse empezó a golpear cosas, pero enseguida paró porque había escuchado un grito que lo destrozó. Alguien había gritado en la calle y sabía quién era.

—¡¡¡Déjame en paz!!!

John salió precipitadamente de su dormitorio.

—¡¡Lexi!!

CAPÍTULO 11

Alexis pensó que su día no podía ser peor. Después de descubrir qué era lo que había escrito y que John estaba en peligro de muerte, volvió a sentir que su hermano la odiaba y quería robarle su magia. Cuando fue a hablar con John para decirle que no debían mantener el contacto, este le dijo que si se acercaba a un almacén acabaría muerta y, para colmo, cuando salió de la casa de John se encontró a la peor persona con la que podía encontrarse.

—Alexis Wood, ¿cuánto tiempo!

—Ajax...

Ella le miraba sin dar crédito. La verdad es que sospechaba que podría encontrárselo, pero no allí. Tenía que salir corriendo, refugiarse en el bosque e intentar llegar al lago. Si lo conseguía, no perdería.

Ajax adivinó lo que pensaba, porque se acercó a ella rápidamente y le dijo que ni lo intentase. La agarró del brazo para imposibilitarle la huida y ella sintió que el punto de contacto se volvía cada vez más incandescente. Estaba haciéndole una quemadura y no sabía cómo. Apretó más la mano alrededor de su brazo, pero ella se defendió. Con extremada velocidad acercó su mano libre al pecho de Ajax y usó su magia para librarse de él. Lo consiguió y por un segundo vio que tenía vía libre para escapar, pero solo fue un segundo.

Cuando iba a empezar a correr, Ajax volvió a agarrarle del brazo y la atrajo hacia sí. La estrelló con la pared de la casa y puso la mano alrededor de su cuello, provocando que Alexis gritara de dolor.

—¡¡¡Déjame en paz!!!

—No lo haré, porque quiero matarte antes.

Del interior de la casa salió una voz que gritó el nombre de Alexis y la puerta se abrió de golpe. Ajax la soltó y ella se resbaló por la pared hasta llegar al suelo. Estaba sin fuerzas y todo lo veía muy borroso. Aun así, no se le escapó que Ajax se dirigía hacia la puerta que se había abierto, como tampoco se le escapó el hecho de que se dirigía hacia John.

Intentó levantarse poco a poco. Si había algo que no iba a consentir era que Ajax le hiciera daño a John. Tras mucho esfuerzo, consiguió levantarse y comenzó a andar en la dirección de Ajax. Vio que alzaba un brazo. John no hacía nada. No entendía lo que pasaba ni lo que podría pasar.

Alexis pudo acercarse lo suficiente para agarrar a Ajax de la muñeca y se concentró en congelársela. Al principio funcionó, pero él era más fuerte. En un simple movimiento asió a Alexis por los codos, le propinó una patada a la altura del estómago y, teniéndola sujeta por el cuello, volvió a estrellarla contra la pared hasta que se desmayó.

Ajax volvió a emprender la marcha que le llevaba directo a John, que iba armado con un paraguas.

—No te atrevas a hacerle daño... otra vez —dijo John.

—¿Así me agradeces que te haya estado aconsejando? A lo mejor no me reconoces sin mi atuendo habitual.

Giró la muñeca y lo envolvió una niebla negra. Cuando la niebla se disipó, Ajax apareció vestido con una túnica negra que tenía una capucha. Esta capucha caía sobre su cabeza haciendo que lo único que pudieras ver fueran dos ojos negros por completo (sin esclerótica).

—¿Tú eres el lunático que me ha estado llevando a sitios extraños, que me ha hecho ver cosas irreales y que me ha clavado una espada? ¿Y quieres que te lo agradezca?

Alexis empezó a abrir los ojos y se apoyó en la pared para ponerse en pie. Nadie se había dado cuenta de eso, por lo que podría acercarse sigilosamente sin ser vista y acabar con esa pesadilla. Tenía pensado hacerlo, pero vio que Ajax volvía a alzar su brazo por segunda vez.

Antes de que su brazo cayera sobre John, un cuerpo se situó entre ambos. Era Alexis, quien había creado una barrera que los mantenía a ella y a John a salvo, pero se seguía sintiendo muy débil. Ajax se dio cuenta, porque se empezó a reír.

—Me da igual la barrera. En algún momento no tendrás la fuerza suficiente como para mantenerla y me será más fácil matarte.

Era cierto. Alexis no podría mantener en pie esa barrera por mucho más tiempo. Le dijo a John que se fuera, pero no se movió. Ella agradeció su gesto, le daba energía para aguantar un poco más.

Alexis notó que las fuerzas abandonaban su cuerpo. Se sintió desfallecer. No se creía que ese fuera el fin, Ajax no podía ganar de esa manera.

Entonces, dos manos la agarraron por los hombros y, muy asombrada, notó que se volvía más fuerte. Reforzó la barrera y vio cómo Ajax intentaba destruirla. No fue lo único que vio. Por fin entendió cómo había conseguido quemarla de ese modo.

En su mano derecha distinguió un anillo en tonos rojos y negros. El anillo del elemental del fuego. El anillo de Harry. Todos los elementales tenían un anillo en el que podían meter sus poderes. Si lo hacías y se lo dabas a otra persona, esta otra tendría parte de tu magia.

—¿De dónde lo has sacado? —preguntó Alexis.

—¿Esto? No es nada, me lo dio un amigo. Me parece que lo conoces.

—No es cierto.

—Creo que... sí que lo es. Tu hermano me ha otorgado parte de su magia. La suficiente para destruirte. Admítelo, está de mi parte.

Alexis comenzó a sentir una gran ira, tanto hacia Ajax como hacia su hermano. Entonces fue cuando vio la cara de pánico que ponía su adversario.

—Tus ojos... están brillando.

—¿Ah, sí? Qué cosas más curiosas tiene la vida, ¿no crees? —la voz de Alexis sonaba como si estuvieran hablando dos personas. Estaba la voz principal y por debajo salía otra voz más... helada y cortante—. John, deja de sujetarme por los hombros.

John hizo lo que le pedía y... menos mal que lo hizo.

Alexis empujó la barrera consiguiendo que Ajax acabara en el suelo, todavía con esa mirada de terror.

—Antes no eras así.

—Las personas cambian. Ahora me toca luchar a mí.

Ella se fue acercando con mucha calma, como sabiendo que iba a ganar. Dejó salir magia de sus manos y, a cada paso que daba, el suelo se llenaba de agua y hielo, por no hablar de la humedad. ¡Insoportable!

—Vaya... me parece que han cambiado las cosas, ¿no?

Antes de que Ajax pudiera levantarse del suelo, ella le lanzó estalactitas que salían directamente de sus manos. Él consiguió esquivarlas y ella lo vio correr hacia el bosque.

—Eres idiota —le dijo con voz fría.

Sin pensárselo dos veces, levantó una mano. Al mismo tiempo que hacía eso, una columna de agua se elevó, quedando más alta que los árboles.

Ajax vio la gran columna que le impedía el paso. Se dio la vuelta en el momento justo en el que Alexis iba a lanzarle un buen chorro de magia continua. Él consiguió alzar un escudo para evitarlo, pero ella no se rendía.

—Mataste a mis padres, me encerraste en una roca, has vuelto a mi hermano contra mí... ¡¡Me has arruinado la vida!!

Tras decir eso, vio cómo Ajax invocaba a la niebla y se esfumaba. Tras decir eso, sus ojos volvieron a la normalidad y su voz también.

Se dejó caer de rodillas y apoyó las manos en el suelo. Estaba agotada, pero feliz. Feliz por haber conseguido plantarle cara y feliz de que hubiera visto lo que era capaz de hacer. “Puede que así deje de intentar matarme o enfadarme”.

Sintió unos brazos que la sujetaban por sus codos y que la ayudaban a ponerse en pie. No se había dado cuenta de lo cansada que estaba, pero en el instante en el que John le dio la vuelta y ella se apoyó en su hombro, se quedó dormida.

CAPÍTULO 12

John llevó a una dormida Alexis al sofá, donde la tendió con cuidado y delicadeza. En su cabeza se sucedían las imágenes de lo que acababa de pasar. En el fondo se alegraba de lo que había ocurrido, ya que esa era la prueba de que no estaba loco.

Se sentó en el reposabrazos, sin apartar su mano de la frente de ella. Aun no se podía creer lo que había visto. Sabía que no era normal, pero no se imaginaba que fuera tan poderosa.

—Gracias —dijo Alexis—. ¿Cómo lo has hecho?

—¿El qué?

—¿No lo sabes? —John miró a Alexis con una cara que decía claramente que no tenía la menor idea de lo que supuestamente había hecho, así que ella se explicó—. Cuando me cogiste por los hombros sentí que me estaba recuperando. ¿Cómo lo has hecho?

—No tengo ni idea, solo quería que estuvieras bien. Me acordé de todas las veces que me había pegado un testarazo y nunca me pasó nada grave, así que pensé que era algo que se podía transmitir. Ahora me explicarás qué ha pasado, ¿no?

—Debería hacerlo, sí. Es una historia algo larga.

—Tengo tiempo, Lexi. Todo el tiempo que haga falta.

Antes de que Alexis pudiera empezar a contarle la verdad se abrió la puerta. Los padres de John acababan de llegar y, cuando la madre los vio a los dos sentados en el sofá se volvió al padre y le habló.

—Lance, pon otra silla en la mesa. Tenemos una invitada.

—Yo... esto... —balbuceó Alexis.

—No, no, no. Tú te quedas a cenar. La última vez te fuiste así que... te toca quedarte.

John no sabía si sentirse humillado o feliz. Por una parte, su madre estaba reteniendo a Alexis pero, por la otra, ella se quedaría a cenar.

A decir verdad, tampoco estuvo tan mal. Lance se abstuvo de hacer su pregunta y Catherine no fue demasiado impertinente. Pero entonces, salió el tema del baile de fin de curso.

—¿Tú vas a ir al baile, Alexis? —preguntó Catherine.

—Pues... no tenía pensado ir aunque puede que me pase por allí.

—John, deberías invitarla —esa afirmación hizo que John se atragantara con el trago de Pepsi Cola que se estaba tomando, lo que provocó una leve risa por parte de Alexis—. Hablo en serio, deberías invitarla. Espera, no tienes pareja, ¿verdad?

—Ah... no, no tengo pareja, señora Ross.

—Por favor, llámame Catherine o Cathi, lo que más te guste.

—Mamá, ¿podríamos hablar de... otra cosa?

—¿Esta conversación te molesta, hijo? Porque no voy a cambiar de tema hasta que no me digas por qué no la has invitado al baile.

—No va al mismo instituto que yo. ¿Eso cuenta?

—No.

John no podía estar más colorado y, para colmo, descubrió la cara divertida de Alexis mirándole.

—¿Encima te ríes?

—Eh, no me estoy riendo.

—Sí, sí —vio cómo estallaba en carcajadas y le pareció todavía más guapa, y se lo preguntó—. ¿Quieres venir al baile conmigo?

—¿Es en serio?

—Sí.

Se produjo un silencio que a John le pareció eterno, pero todos sus nervios se fueron cuando la vio sonreír al mismo tiempo que asentía con la cabeza.

—¡Genial! —gritó la madre—. ¿Tienes el vestido ya? Bueno, si no lo tienes no pasa nada, solo dime de qué color lo quieres.

—Supongo que... azul.

—Muy bien. John, te pondrás una corbata azul.

—No tengo corbatas azules.

—¡Pues te compras una!

John y Alexis intercambiaron miradas. La de él era una mirada de disculpa. La de ella, la típica de “¿En qué lío me has metido?”. John se dio cuenta de que Alexis miraba el móvil y que, a medida que lo hacía, su expresión se iba entristeciendo.

—¿Estás bien? —le susurró.

A modo de respuesta le enseñó el móvil. Era un mensaje de una tal Mika. El mensaje daba repelús.

“Ha pasado algo horrible. Es tu hermano. Todo está ardiendo, por favor, ven rápido”

—Esto... me tengo que ir. La cena estaba deliciosa.

—Te acompaño.

—Gracias, John, pero puedo ir sola.

—De eso nada —intervino el padre por primera vez—. Es de noche y no sabemos quién puede andar por ahí suelto. John, acompaña-la.

Los dos salieron por la puerta y, cuando estuvieron lo suficientemente lejos de la casa, echaron a correr bosque a través. Tenían un presentimiento muy desagradable.

—¿Tu casa está muy lejos?

—No, si tiramos por la zona del lago, podemos llegar pronto.

Siguieron corriendo hasta que vieron un resplandor. Llegaron al claro donde se encontraba la casa. El mensaje estaba en lo cierto, todo estaba en llamas. De la nada surgieron tres personas que intentaban apagar el fuego.

—¡Mika! —exclamó Alexis—. ¡¿Qué ha pasado?!

Una chica pelirroja de pelo rizado y mechaz verdes se acercó a ella.

—¿Qué ha pasado? ¡¿Qué ha pasado?! ¡Tienes a un maldito traidor por hermano, eso es lo que ha pasado! Le dio su anillo a Ajax y luego incendió todo lo que pilló.

—¡¡¡Eeeeh!!! ¡¿Podéis dejaros de cháchara y ayudar un poco?! ¡¡Sobre todo tú, elemental de agua!!

Era un chico el que gritaba eso. Era moreno, el pelo le llegaba a los hombros y tenía una camiseta de un perro vestido de gato y un gato vestido de perro.

—Como no ayudes, James se va a enfadar mogollón —dijo la pelirroja.

—Yo más bien temo a Eleanor.

Dicho esto, Alexis se acercó a la casa y empezó a usar su magia para apagar el fuego. Mientras, la pelirroja no dejaba de maldecir a su hermano. Pasaron unos segundos antes de que Mikayla se percatara de que había alguien junto a ella.

—Lo bueno es que la casa es mágica y no se destruirá —susurró—. Y... ¿tú eres?

—Soy John.

—John... ese nombre me suena. ¿Perdiste un anillo por el bosque?

—¿Por qué todo el mundo sabe que perdí el anillo?

—¿Eso es un sí?

En ese momento, Alexis corrió hacia ellos. Tenía una expresión de miedo en su rostro.

—John, ¿te acuerdas de lo que has hecho antes en tu casa?

—Sí.

—¿Podrías volver a hacerlo? Es por Eleanor. Tiene quemaduras de primer y segundo grado, pero también tiene una de tercer grado en el antebrazo. Por favor, ¿podrías curarla?

John no sabía de quién hablaba, pero sí sabía que haría cualquier cosa por la chica de los ojos claros. Alexis le guio hasta el salón. “Espero que funcione”, pensaba él, aunque en el fondo sabía que Alexis pensaba lo mismo.

CAPÍTULO 13

Alexis, Mikayla y James observaban a John, que se había inclinado sobre el sofá donde reposaba Eleanor y le había cogido la muñeca con las dos manos. Mikayla y James no sabían qué esperar y tampoco sabían qué decir, así que se quedaron mirando en silencio a la chica rubia. No estaba inconsciente, no del todo, pero eso no facilitaba el trabajo. Cada vez que le tocabas el brazo o el cuello gritaba de dolor. Alexis solo tenía un pensamiento en su cabeza, una pregunta, “¿Por qué? ¿Por qué, Harry, por qué?”. No se creía del todo que su hermano fuera un traidor, o más bien, no quería creerlo.

Algo la sacó de ese pensamiento. John se estaba estresando mucho, demasiado. Llevaba así desde que le dijo que intentara curar a Eleanor. “Tal vez el estrés haga que pierda esa capacidad”, pensó. “Desde luego los nervios me hacen perder el control de mis poderes, a lo mejor a él le pasa lo mismo”

Se acercó a John despacio y en silencio. Al llegar a su altura se agachó y le pasó un brazo por el cuello.

—Puedes hacerlo —le susurró al oído—. Yo sé que puedes hacerlo.

Notó que todo el estrés abandonaba su cuerpo para dejar paso a una apacible calma. Ella giró su cabeza hacia Eleanor. Se estaba curando. Las quemaduras de primer grado desaparecieron, las de segundo se volvieron insignificantes y el antebrazo que tenía la de tercer grado regeneró piel hasta la capa de la epidermis. Se volvió hacia Mikayla y James, que miraban estupefactos todo lo que pasaba.

Sintió que alguien le cogía una mano y estampaba en ella un delicado y suave beso. Se giró y vio a John que le sonreía.

—Gracias.

—¿Por?

—Por creer en mí. Gracias a ti lo he conseguido, así que ella tiene que agradecértelo a ti y no a mí.

—Te equivocas. Yo solo me he acercado, tú has hecho la parte mágica. Tú la has curado.

Se levantaron y se alejaron del sofá. Cuando Alexis se encontró con los ojos verdes de Mikayla respiró hondo, agarró la mano de John y dijo con un poco de duda (pero solo un poco):

—Quiero saber qué ha pasado.

Mikayla y James intercambiaron miradas. La pelirroja se adelantó y tomó a Alexis del hombro.

—Será... mejor que te sientes.

Los cuatro se sentaron alrededor de la mesa; James y Mikayla, en un lado, y Alexis y John, en el otro.

—Antes de nada —dijo James— deberíamos explicarle a John qué somos. Alexis...

—Bueno, para empezar, somos elementales. Somos personas que tienen el dominio de un elemento de la naturaleza. Mika es la tierra; James, el aire; yo, el agua y Harry... el fuego.

—¿Harry es... tu hermano? ¿El que... pues... ese hermano?

—Sí John, ese hermano. El hermano que ha incendiado la casa, el que le ha producido quemaduras graves a Eleanor, el que la he dado magia a Ajax, el que por su culpa casi muero dos veces —Alexis se dio

cuenta de que todos la miraban con los ojos abiertos y sin dar crédito a lo que oían—. Creo que he hablado mucho.

—¿Te importaría explicarnos eso? —preguntó Mikayla—. Quiero decir, lo de que casi mueres dos veces.

—Pues... una de ellas ha sido esta tarde, ya llegaremos a esa parte, y la otra... John, ¿te acuerdas cuándo nos encontramos en el bosque?

—Sí. Fue anoche.

—Pues esa fue la otra. A ver, al principio no estaba segura, no del todo, pero luego sí. Es decir, ahora sí estoy segura.

Alexis les contó lo de la persona que había estado en su habitación y que la había drogado, lo del nombre de John escrito en griego, lo del perro... Cuando terminó con la historia, cerró los ojos y tomó aire, como queriendo olvidarlo todo.

—¿Qué te hizo sospechar que era Harry? —preguntó James.

—Pues el hecho de que estaba más raro que de costumbre, al menos conmigo. Cada vez que le hablaba me miraba como si estuviera loca y luego se iba; así que cuando no miraba me colé en su habitación y empecé a rebuscar, hasta que en la papelera encontré esto... —Alexis sacó del bolsillo de su chaqueta un par de objetos y los depositó sobre la mesa. Todos los miraron sin comprender y ella se explicó—. Si reconstruimos este de aquí, el que está roto en pedacitos de cristal, ¿qué tenemos?

—Una jeringuilla, como las que se usan en los hospitales —dijo John cuando hubo acabado de componerla—, como la que usaron para drogarte.

—Exacto, y aquí tenemos una ampolla que contenía nada menos que gammahidroxibutrico, o GHB. También se conoce como “la droga de la violación” que, básicamente, provoca una especie de intoxicación que va seguida de una pérdida de conocimiento de ocho horas, aunque durante ese tiempo puedes tener convulsiones, náuseas y amnesia temporal.

—¿Amnesia temporal?

—Es como si pusieras un velo alrededor de la parte del cerebro que se encarga de memorizar y este se fuera desprendiendo poco a poco, haciendo que tengas vagos y borrosos recuerdos.

—¿Por qué tu hermano te haría eso? —preguntó Mikayla, horrorizada.

—No lo sé, aunque no estoy segura de querer saberlo... —a Alexis empezaron a saltárseles las lágrimas, pero se contuvo—. Es... como si necesitaras tener respuestas pero, al mismo tiempo, prefirieras vivir sin ellas porque sabes que la verdad dolerá y prefieres dejar de sufrir por un instante. Eso es lo único que pido, un instante en paz.

—La paz es algo complicado de conseguir para nosotros, por no decir imposible.

—Así no ayudas James. ¿No ves que está súper depre? Pues no la deprimas más, hombre.

—Pero Mika...

—De Mika nada. Tú te largas de aquí y yo me voy contigo para asegurarme de que tampoco deprimas a Eleanor. ¡Tira!

Cuando Alexis y John se quedaron solos se produjo un silencio algo incómodo. Ella tenía la mirada perdida y él no podía apartar sus ojos de ella. Alexis se dio cuenta, como también se dio cuenta de que los dos querían decir algo pero no sabían el qué.

Entonces, sintió una mano que le acariciaba la espalda. Ella se estremeció ante el contacto y buscó con la mirada a la persona que podría hacerle sentir mejor. Se apoyó en el hombro de John, mientras notaba como su mano pasaba de la espalda al brazo.

—Estoy seguro de que todo saldrá bien.

—¿En serio, John? ¿De verdad crees eso?

—Sí. ¿Sabes por qué? Porque hoy he conocido una parte de ti fuerte, luchadora y que no se rinde ante el peligro. Una parte que es capaz de hacer cualquier cosa con tal de proteger a las personas que le importan. Además, si tu hermano ha hecho algo así no es que tenga muchas luces ahí arriba que digamos, así que... tienes la batalla ganada.

Aquel comentario le sacó una sonrisa a Alexis, quien acercó más su silla a la de John para estar más cerca.

—Me alegro de que estés aquí. Tú al menos no eres un pesimista que le amarga la existencia a los demás.

—No, no soy de esos.

Alexis se acomodó en su hombro y cerró los ojos.

—Tus padres se estarán preguntando dónde estás.

—Les he mandado un mensaje diciendo que llegaría tarde.

Estuvieron así un buen rato. Ella con los ojos cerrados y él acariciando su brazo, hasta que algo... mejor dicho, alguien les obligó a volver al mundo real. James Peterson.

—Heeeey... Eleanor está despierta del todo y quiere hablar con vosotros dos.

CAPÍTULO 14

Después de curar las quemaduras de Eleanor y de escuchar la historia de Alexis, John mandó un mensaje a sus padres.

“Papá, voy a llegar tarde. No me esperéis despiertos”.

“Vale. Tu madre quiere hablar contigo”.

“Ahora la llamo”.

Pero no lo hizo hasta bien entrada la noche. No lo hizo porque ocurrió algo más en aquella casa.

Alexis y él se fueron a la habitación de Eleanor, ya que tenía que hablar con ellos.

La encontraron sentada en la cama, respirando hondo y tomándose un chocolate caliente, y se sentaron a su lado. Fue ella la que empezó a hablar:

—Creí que podía hacerle entrar en razón, pero no me escuchó. No dejaba de decir algo sobre un plan que había que llevar a cabo antes del solsticio.

John se percató de que, al oír eso, Alexis se había puesto tensa. “¿Sabe cuál es el plan del que habla?”, se preguntó. “A lo mejor no lo sabe pero lo intuye. Sí, será eso”.

—Eleanor, Mika nos ha dicho que querías hablar con nosotros.

—Es verdad, Alexis. Para empezar, quiero darle las gracias a John; de no ser por tu ayuda estaría muy mal así que... gracias.

—No ha sido nada.

—Ahora, quiero que tú, Alexis, me digas qué buscaba Harry y por qué pensaba que estaría en tu habitación.

—No tengo respuesta para ninguna de las dos preguntas.

—En ese caso, deberíamos inspeccionar tu cuarto para ver si las encontramos, ¿no?

Los tres se levantaron y se dirigieron a la habitación de Alexis. Una vez allí, empezaron a buscar por todas partes. En los cajones, entre los cojines, en las estanterías... no encontraron nada relevante.

Justo cuando iban a darse por vencidos, Alexis se puso rígida y se dirigió cautelosamente hacia un armario victoriano de tonos blancos y azules.

—Lexi, ya hemos mirado en ese armario —dijo John—. ¿Lexi? ¿Me oyes?

No obtuvo respuesta. Se acercó a ella mientras la observaba con detenimiento. Una de sus manos la había cerrado en un puño y la otra se dirigía temblorosa hacia la puerta del armario. Pudo sentir su corazón, que latía cada vez más deprisa, preso de un nerviosismo atroz.

Vio cómo abría la puerta lentamente, como si temiese que de dentro saliera una criatura malvada. Una vez la hubo abierto, su mano se dirigió al estante más alto de las dos filas que había colocadas en la parte de arriba. Él notó que la respiración de Alexis era más entrecortada que antes y sus latidos más irregulares, y temió que le diera un síncope.

—¿Lexi?

—Está ahí arriba... —dijo ella en un susurro.

—¿Cómo lo sabes?

—Puedo sentirlo. Aquí hay algo... algo poderoso, pero... no lo alcanzo.

—Espera, te echo una mano.

John se agachó a su lado y colocó las manos de forma que ella pudiera apoyar el pie para alcanzar a ver lo que había en ese estante. Alexis lo hizo y lo examinó con detenimiento, pasando su mano por todos los objetos que había hasta encontrar el que la hacía sentir de ese modo.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó con una nota de pánico en sus palabras.

—Lexi, ¿qué ocurre?

—¿Alexis?

—Eleanor, llama a James y a Mika. Es urgente.

Eleanor salió de la habitación llamando a los dos que faltaban y John ayudó a Alexis a volver al suelo. Cuando la miró a los ojos se vio reflejado en ese azul claro y puro, pero también vio reflejados el miedo y el estrés que sentía desde que se había mencionado algo de un plan.

—Lexi, ¿qué te pasa?

—¿A qué te refieres?

—Estás muy nerviosa desde que hablamos con Eleanor.

—¿Cómo sabes que estoy nerviosa?

—Lo... noto —ante la mirada atónita de Alexis, John intentó explicarse—. Llevo sintiendo tu corazón y tu respiración todo el tiempo y sé que hay algo que te preocupa y mucho. Algo relacionado con un plan —vio que agachaba la mirada al tiempo que se mordía el labio inferior—. He acertado, ¿verdad?

—Sí...

—Por cierto, ¿qué es lo que has encontrado en el armario?

—Pues...

Cuando miró el objeto que sostenía gritó, dejándolo caer. Se aferró al brazo de John, que no comprendía por qué había reaccionado de ese modo, y con la otra mano se agarró al cuello de su camisa, quedando en su espalda y ocultando la cara tras su nuca.

Fue cuando entraron en la habitación Eleanor, Mikayla y James.

—¿Qué ha pasado?

—No lo sé. Ha mirado eso y, de repente... se ha puesto así.

—¿Eso es... una daga? —preguntó Mikayla.

Eleanor se acercó a Alexis con cautela pero con decisión. Acarició su hombro con la mano mientras le preguntaba por la daga. Ninguno sabía por qué Harry la buscaba, aunque quizá Alexis sí.

John se dio la vuelta para tenerla de frente, la agarró suavemente por los codos y permitió que apoyara la cabeza en su pecho. Él le acariciaba el pelo mientras le susurraba cosas dulces al oído, ya que su principal propósito en ese momento era calmarla.

Cuando comprobó que el ritmo cardíaco y la respiración de Alexis habían vuelto a la normalidad, señal de que ella se había tranquilizado, la condujo con cuidado al pequeño sofá victoriano que había frente a su cama y se sentó a su lado. Ella seguía con los ojos cerrados, y él no dejaba de preguntarse qué cantidad de cosas estarían pasando por su mente, aunque, por otra parte, sabía perfectamente que todas ellas giraban en torno a la daga que había salido de su armario.

—Lexi... —dijo casi en un susurro— por favor, cuéntenos qué te pasa.

—Sabes que no podremos ayudarte hasta que no lo hagas —dijo Mikayla.

—También sabes que queremos ayudarte. Todos. Eleanor, Mika, John y yo. Sabes de sobra que queremos que esto acabe tanto como tú, así que... cuéntalo.

John vio que Alexis abría los ojos muy despacio, como si la luz le hiciera daño. También se dio cuenta de que le había cogido la mano y la apretaba ligeramente. John le devolvió el apretón, diciéndole acto seguido que la apoyaba, que siempre lo haría.

Fue en ese momento cuando Alexis les contó lo del sueño. Les contó lo de los dos sueños; el primero, cuando vio a Harry hablando con Eleanor sobre un plan; y el segundo, cuando vio a Harry, Mikayla y James limpiando sangre de un cuchillo y descubrió que la sangre era suya.

Todos habían escuchado el relato con mucha atención. Eleanor abrió mucho los ojos y su mirada se perdió en el espacio de la habitación, hasta que empezó a hablar.

—Alexis, ¿cómo era el cuchillo?

—Era bastante largo y en el mango tenía incrustaciones de rubíes e inscripciones en griego. Me parece que ponía: “Con este arma se segarán las almas” o algo así. ¿Por?

—Porque es exactamente el mismo que has encontrado. Alexis, sé que esto no te va a hacer mucha gracia pero... debes volver a tener ese sueño.

CAPÍTULO 15

No sabía qué decir. Eleanor sugería que volviese a tener esas... pesadillas, y el resto parecía estar conforme. Pero Alexis no. No podía volver a vivir aquella experiencia y tampoco quería.

—Se te ha ido la olla... —musitó— ¿de verdad pretendes que lo haga?

—Alexis, escucha... sé que no es racional que accedas a llevar a cabo lo que te estoy pidiendo, pero tienes que entender que es el único modo que conozco para saber qué demonios está pasando aquí.

—Eleanor, ¿a qué te refieres? —preguntó James, intrigado.

—Podría poner a Alexis en una especie de trance hipnótico para que volviera a tener esos sueños. Jamás he probado a hacerlo antes, pero sé que no pasará nada malo o... irreparable, porque lo tenemos a él.

Estaba refiriéndose a John. Él la miró con incredulidad, luego a Alexis, y luego otra vez a Eleanor.

—¿A... mí?

—Sí, John, a ti. Si en el trance le pasara cualquier cosa a Alexis, tú podrías remediarlo. Solo tendrías que tocarla y concentrarte, y sería más fácil que cuando me curaste antes, porque estaría dormida y se dejaría manejar, así que... fácil.

Alexis se seguía preguntando si Eleanor estaba realmente loca o si solo quería fastidiarlo. Al final, después de intensas discusiones, consiguieron que Alexis, muy a su pesar, accediera a que la dejaran en trance para revivir el peor sueño que había tenido.

Eleanor le aconsejó que sería mejor para ella tener el cuello y los brazos sin tensión. Debía estar lo más cómoda posible, por lo que se sentó en un sillón y se aseguró de que estaba bien relajada. Cuando tuvo esa certeza, Eleanor se quitó uno de sus collares. Tenía un cristal con forma de prisma que colocó delante de los ojos de Alexis.

Le dijo que lo mirara fijamente, que intentara no parpadear. Durante los primeros segundos lo consiguió. El brillo del cristal se reflejaba en su mirada, aunque sus ojos también tenían luz propia.

Cada vez le costaba más mantener los ojos abiertos.

Los párpados le pesaban demasiado y amenazaban con unirse el de arriba con el de abajo durante un tiempo indefinido, hasta que no pudo aguantar. Cerró los ojos.

Cuando los volvió a abrir, la escena había cambiado. Ya no se encontraba en el sillón de su cuarto; estaba sentada en unas escaleras.

Las bajó sigilosamente. Al llegar al suelo avanzó, por un estrecho y agobiante pasillo. En el fondo había una puerta y sabía que tenía que llegar a ella porque intuía que las respuestas que necesitaba estaban al otro lado.

Su mano temblorosa se fue alzando poco a poco hasta alcanzar el picaporte. Lo giró muy despacio y abrió la puerta, que produjo un chirrido estruendoso. De repente, se encontró en una habitación circular llena de puertas.

Algo en aquella estancia le puso nerviosa. Intentó volver sobre sus pasos, pero la puerta por la que había entrado se había desvanecido. Estaba atrapada y no sabía por cuánto tiempo.

Se dejó caer de rodillas mientras notaba como las lágrimas que se agolpaban en sus ojos amenazaban con resbalar por sus mejillas. “Tengo que encontrar la puerta que me lleve al sueño”, pensó. “Cuanto antes lo haga, antes podré salir de aquí”.

Se puso en pie y caminó hacia la primera puerta que encontró. La abrió lentamente.

Cuando pasó a través de ella, le sorprendió el cambio que había dado el ambiente. Ya no llevaba la falda de vuelo negra con la camisa azul, ni las sandalias de tacón bajo, ni la trenza que se había hecho en el pelo a modo de felpa. Ahora tenía el pelo recogido en un moño bajo, de donde se escapaban algunos mechones rebeldes y asombrosamente ondulados. Tenía un vestido de seda azul bastante estropeado y sus pies paseaban descalzos por un suelo helado.

Lo reconoció enseguida. Reconoció el salón en el que habían celebrado su cumpleaños. Esa escena tenía lugar después de que Ajax la encerrara en aquella roca. No había nadie más en la mansión congelada, salvo dos cuerpos inertes que habían sido cubiertos con dos telas blancas. Se acercó a ellos, se agachó y retiró las sábanas a la vez, viendo así los rostros sin vida de sus padres. Cuando alzó la mirada, descubrió otra más cruel. Al principio pensó que era la de Ajax, pero luego descubrió que era la de Harry. Sus ojos rojos la observaban desde la distancia, pero no por eso Alexis no descubrió que ardían con un fuego asesino. Se llevó la mano a la cintura y sacó un cuchillo.

Instintivamente, Alexis empezó a correr hacia la puerta del salón, con la esperanza de poder salir de allí.

La abrió de golpe y volvió a verse metida en esa habitación redonda llena de puertas. Escogió otra distinta esta vez y entró con más decisión. Ahora, tenía el aspecto con el que se había despertado en el bosque. Los pantalones negros con los adornos en azul, la camiseta negra con el cinturón cruzado y los botines con las cadenas. Anduvo por el bosque hasta que sus ojos se tropezaron con una silueta agachada.

Buscaba algo, y lo encontró. Se levantó y se dio la vuelta lentamente. Alexis empezó a correr en la dirección contraria, porque había reconocido a su hermano.

Siguió corriendo sin rumbo fijo, solo sabía que tenía que alejarse de él, pero no era tan fácil. Cada vez que miraba por encima de su hombro lo veía más cerca. Cada vez que giraba hacia la derecha o

la izquierda se lo encontraba de frente y tenía que cambiar de rumbo. Cada vez que cerraba los ojos lo veía con ese cuchillo.

Siguió corriendo, sin darse cuenta de que ya había pasado por la puerta. No paró hasta que se chocó con la de la pared que había en frente. Apoyó las manos en la puerta y tomó aire varias veces. Debía calmarse.

Entonces, oyó un ruido. Era el ruido que hace una puerta chirriante al abrirse. Ella la miró fijamente y avanzó despacio hasta llegar a la manivela. No le importó el hecho de que se hubiera abierto sola, así sin más, porque sabía que esa era la puerta que llevaba al sueño que buscaba.

Avanzó a través de la puerta, sin darse cuenta de que se había cerrado.

Todo estaba a oscuras. De pronto, se encendió una luz al final de un pasillo más estrecho que el primero. Caminó hacia esa luz con indecisión. Llegó a preguntarse si sería la luz de una habitación o la de la muerte.

El pasillo parecía hacerse más estrecho conforme andaba y apenas estaba iluminado; solo había unas pocas luces parpadeantes que estaban a punto de fundirse. Aun así, no se detuvo. Escuchó que alguien la llamaba desde el otro extremo, el que había dejado atrás, el que la llevaba hasta la habitación redonda.

Ella quiso saber qué pasaba. Iba a volver hacia atrás cuando la luz del fondo se volvió más intensa y cegadora y la envolvió por completo.

Parpadeó varias veces hasta que logró acostumbrarse a la claridad. De repente, se encontró en la cocina de la casa de Eleanor. Por fin había llegado a su sueño. “Qué raro... aquí no hay nadie...”, pensó.

Sus pensamientos se vieron interrumpidos al notar que alguien la agarraba con violencia del brazo y la empujaba hacia la pared. La mano soltó su brazo para aprisionar su cuello, pero no era eso lo que le dolía. Lo que de verdad le dolía era que la persona que se lo estaba haciendo era su hermano.

Sin cruzar palabra con ella, Harry dirigió su mano hacia la cadera y sacó un cuchillo largo con rubíes incrustados en el mango y se lo clavó a Alexis con mucha fuerza justo a la altura del estómago. Una vez lo hubo clavado lo giró lentamente y luego lo sacó con la misma rapidez del principio. Antes de que Harry la soltara, Alexis consiguió farfullar un par de palabras, una pregunta:

—¿Por... qué...?

Él no dijo nada, soltó su cuello y observó cómo resbalaba por la pared dejando un rastro de sangre a su paso, mirando cómo moría.

CAPÍTULO 16

John notaba perfectamente las pulsaciones de Alexis. Eran tranquilas y regulares, lo que hacía que no perdiera los nervios. Mientras estuviera así, el trance hipnótico no le causaría ningún daño. Se concentró en escuchar su corazón y su respiración, quería tenerla controlada todo el tiempo ya que, según lo que le había explicado Eleanor, ese tipo de trance podría dejar secuelas o producir daños colaterales cuando algo afectara la tranquilidad de la persona que estaba siendo sometida.

No escuchaba nada más, solo los latidos de su corazón. Tampoco oyó a Mikayla cuando se colocó a su lado, hasta que le habló.

—No te preocupes, es muy fuerte.

—No te lo niego.

—Además... Eleanor no dejaría que esto le afectara, no lo permitiría.

John cerró los ojos, pensativo, hasta que algo le obligó a abrirlos de inmediato. Escuchaba unos golpes irregulares y torpes, como quien corre y se tropieza miles de veces. A ese sonido se le añadió el de alguien a quien le cuesta respirar, como si tomar aire fuera doloroso para esa persona.

Dirigió su mirada hacia el sitio donde estaba Alexis. Apretaba con fuerza los brazos del sillón mientras su cara se empapaba en sudor. Abría la boca y acto seguido apretaba los dientes, y John sabía por qué.

Estaba sufriendo. Algo le hacía daño, mucho daño.

John se acercó a ella, la sujetó con firmeza de los hombros y la zarandeo suavemente al tiempo que decía su nombre.

—John... ¿qué le está pasando?

—¿Alguno de los dos sabe algo de medicina?

—Lo siento, John. Lo mío son los idiomas —dijo Mikayla.

—Yo sí sé algo, pero poco.

—De acuerdo. Mikayla, llama a Eleanor. James, échame un cable con esto.

Mikayla salió de la habitación gritando el nombre de Eleanor, mientras John le decía a James lo que tenía que hacer. Cuando llegó Eleanor, la expresión de sufrimiento y dolor de Alexis se acentuó, y los dos chicos ya no sabían qué hacer. No había modo de despertarla.

Eleanor la miró, aterrada, y le preguntó a John si sabía qué le pasaba, aunque no estaba muy segura de querer saberlo.

—Su ritmo cardíaco es muy desigual y la respiración entrecortada no ayuda. A eso le sumamos el grado de temblor de su cuerpo y...

—¿Y qué?

—Podría darle un ataque epiléptico agudo.

—Eleanor, ¿cómo la despertamos? —preguntó James.

—Para que se despierte tenemos que igualar o superar la intensidad de lo que siente, para que su subconsciente se vea obligado y forzado a volver aquí. El problema es que no sé de cuanta intensidad hablamos.

John seguía agachado junto a ella, con las manos sujetando sus hombros. Tenía la sensación de que si la soltaba se desvanecería como si nunca hubiera existido. Si no conseguían despertarla, todo acabaría en aquel momento, porque John sabía algo que no le había contado a los demás: los ataques epilépticos agudos como aquel acababan en muerte.

Vio que sus labios se teñían de rojo, rojo sangre. Sus pulsaciones eran cada vez más lentas y débiles y apenas tomaba aire.

Volvió a zarandearla, esta vez con algo más de fuerza, mientras notaba que los ojos se le humedecían por las lágrimas. No se creía que no volviera a ver esos ojos azules como el hielo, o esa sonrisa que solo sacaba en ocasiones especiales, como cuando aceptó ser su pareja del baile de fin de curso.

Dejó sus hombros para sujetar con delicadeza la unión del cuello con la cara. Incluso agachado todavía era un poco más alto que ella así que le inclinó la cabeza hacia arriba. La sangre que salía de sus labios era mayor y también empezó a salir de su nariz.

No escuchaba, ni quería escuchar, lo que decían Mikayla, James y Eleanor. No le importaba. Se centró en escuchar los leves latidos del corazón de Alexis, que se volvieron más pausados. Vio que dejó de apretar los brazos del sillón. Vio que dejó de moverse. Vio que prácticamente no respiraba.

Sin embargo, seguía oyendo su corazón y pensó que mientras no se parara, tenía una oportunidad. Su mente trabajaba a mil por hora buscando una manera de compensar ese sentimiento que la atrapaba y le impedía volver con ellos. Se le ocurrió entonces que, si se concentraba lo suficiente, podría salvarla, pero no lo consiguió.

Entonces, en su cabeza, surgió una idea muy descabellada.

Pensó en los pros y los contras, bueno, más bien, en los pros. “Si lo hago, se despertará. Con eso me vale”.

Sin darle más vueltas a la idea, decidió ponerla en práctica. “Allá voy... voy a hacerlo... lo voy a hacer...si no funciona quedaré como un gran pringado durante el resto de mi vida...por favor que funcione...”, la sujetó con más fuerza del cuello, se dijo a sí mismo frases motivadoras y estampó un beso en sus labios manchados de sangre.

Sintió entonces todo lo que ella sentía. El dolor, la pena, la angustia. Vio todo lo que ella había visto en su subconsciente. Sus padres muertos... su hermano matándola... Algunas imágenes eran aterradoras, pero el beso acalló esos pensamientos. Pero lo que de verdad se hizo

con el control de la mente de John fue el hecho de descubrir que Alexis se lo estaba devolviendo. Le estaba devolviendo el beso... lo que quería decir que seguía viva y estaba mejor que antes.

Cuando sus labios se separaron, John abrió los ojos rápidamente. Quería asegurarse de que había funcionado y no estaba solo en su cabeza. Se alejó un poco de ella para poder verla mejor y, cuando lo hizo, no pudo reprimir un suspiro de alivio.

Estaba bien. Todo lo bien que se puede estar después de un beso de... por lo menos... cinco mississipis (tirando por lo bajo). Su corazón latía a velocidad de vértigo y sus respiraciones eran largas y continuas.

Abrió los ojos despacio y sus pupilas se movieron por toda la habitación. Se detuvo al ver a Eleanor y James con miradas atónitas y a Mikayla con una sonrisa cada vez más ancha.

Bajó la mirada hacia John. Él miró fijamente sus iris claros y pudo observar que se le llenaban de lágrimas. No hizo falta que ninguno de los dos dijera nada, porque sabían perfectamente qué debían hacer.

Él le pasó los brazos por el cuello y ella se dejó caer del sillón para que John la pudiera abrazar mejor. Ella apoyó las manos en su espalda, atrayéndolo más hacia sí, lo mismo que hizo él. Ambos temían que volviera a suceder lo mismo, que nada fuera real y que estuvieran muertos.

Por suerte para los dos este no era el caso. Alexis apoyó la cabeza en el hombro de John, mientras él le acariciaba cariñosamente el pelo.

—Gracias...

—No tienes por qué dárme las, no pensaba dejar que murieras... y menos ahora que eres mi pareja para el baile.

Ese comentario provocó la risa de Alexis. Fue ella la que deshizo el abrazo para poder mirarlo a los ojos.

—¿Cómo sabías que funcionaría? ¿Cómo podías estar seguro de que surtiría efecto?

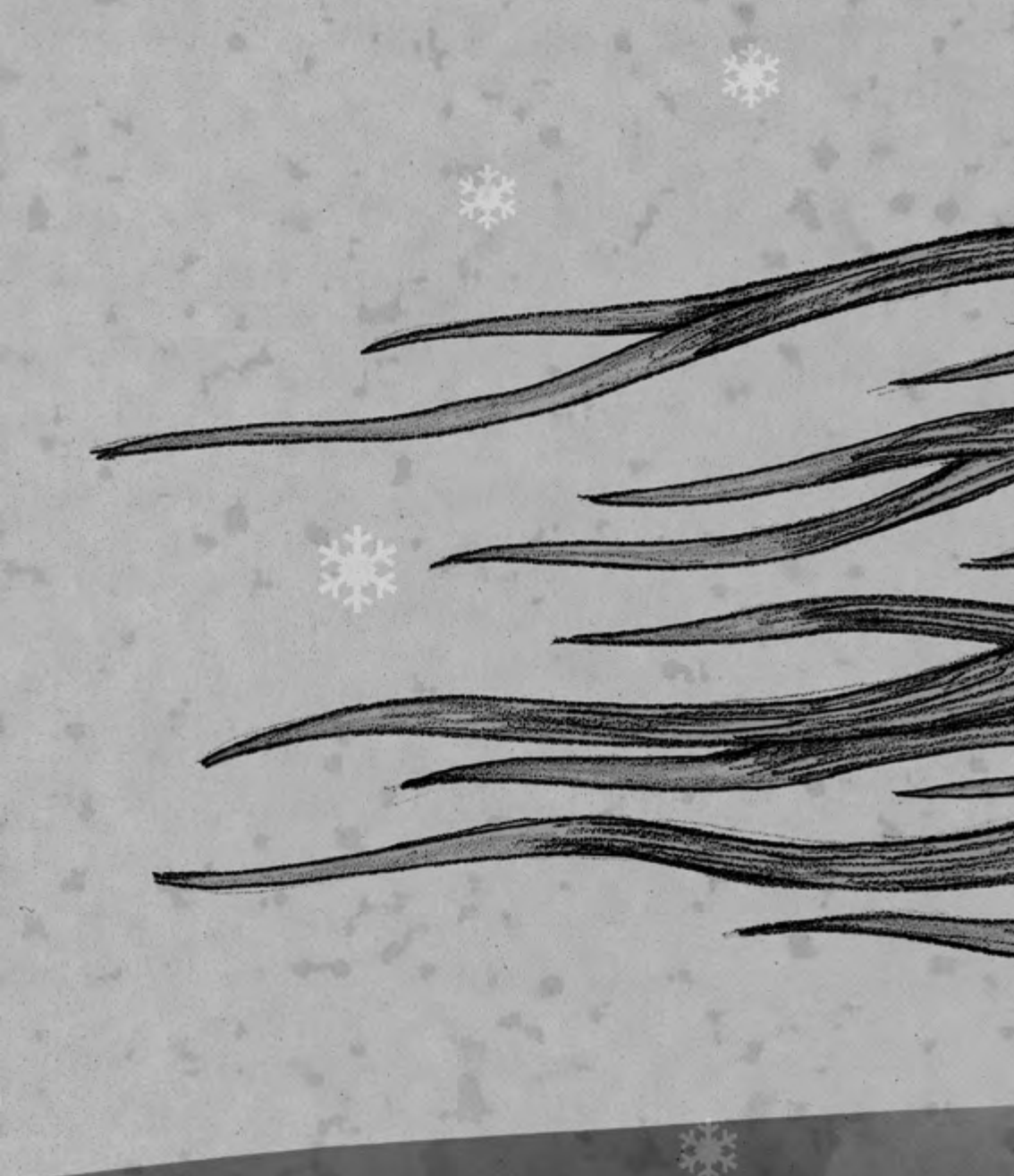
—Siendo sincero... últimamente no sé cómo hago las cosas así que... solo pensé que no iba a dejarte ir tan fácilmente, porque... bueno... ya sabes que...

Alexis le cortó de golpe poniendo un dedo en su boca.

—Yo también te quiero.

¿Qué sucederá con Alexis y John? ¿Qué será de Harry? ¿Conseguirán vencer a Ajax?

Me parece que ya lo he dicho antes, la vida tiene muchos misterios. Por suerte para nosotros, estas preguntas tendrán solución... ¿verdad?



RELATO 16—20

RECUERDOS EN RUINAS

CLARA PALOMO VALVERDE

MORÓN DE LA FRONTERA (SEVILLA)

RELATO 16—20

PRIMERA PARTE

Londres, Septiembre de 18...

«Los gritos. Los gritos paralizantes y desgarradores de miedo, de horror y de dolor, eran lo único que se escuchaba en aquella fatídica noche. La oscuridad nos envolvía a todos, y las llamas se veían como monstruos asesinos que devoraban todo lo que había conocido. Aquella luz cegadora, tan rojiza, tan intensa y tan devastadora que en tantas ocasiones habíamos admirado frente a la chimenea lo consumía todo. Las vigas se desplomaban con estrépito y los cristales se rompían con desesperación. Quizás ellos también querían escapar de la masacre, como todos los que estaban en aquella casa.

“No se acerquen”, nos habían dicho. “Ya no se puede hacer nada”. Todo desaparecería sin dejar rastro, la felicidad quedaría hecha cenizas y los escombros de mi infancia serían el único resto de unos años inolvidables, que me atormentarían para siempre. Lo estaba perdiendo todo, delante de mis ojos moría a una velocidad vertiginosa mi hogar, mi casa, mi familia... Y yo, solo una niña indefensa aferrada a los brazos de su tía, contemplaba cómo mi mundo agonizaba.

Un aullido grotesco y desgarrador cortó el aire en mil pedazos, y en el humo se leían las palabras de la muerte. Un ladrido y un gemido pusieron el punto y final a la horrible canción que un alma desesperada entonaba en medio del laberinto del fuego, las cenizas y el desastre. Si tan solo hubiese podido taparme los oídos, haber dejado de escuchar esos alaridos de indescriptible angustia... Pero no pude, y la imagen de aquel compañero fiel que siempre había estado a mi lado, que me había lamido las heridas de los juegos en el jardín, y que con su amor infinito había perdonado mis gestos más crueles, volvió a mi mente con una fuerza impropia de una niña e hizo que, sin pensar, saltara de los brazos de tía Josephine, y corriera. Que casi volara. Fui hacia el infierno que era mi casa sin importar nada, tenía que salvarlos, a todos. A mamá, a papá, a Basil...

—¡Basil! ¡Basil! ¡Aguanta Basil! ¡Estoy aquí! —las lágrimas caían sobre mis mejillas como torrentes incontrolables y un único pensamiento pasaba por mi mente, “Tenía que hacer algo, tenía que salvarlos”. Pero solo tenía diez años...

Tropecé, a poca distancia de las llamas, y el suelo ardía, y me abrasaba la piel, y yo quería levantarme y correr, pero se me habían acabado las fuerzas. La energía se había ido de la misma manera que llegó: con los gritos. Escucharlos de cerca, sentir la muerte, el tacto de las cenizas calientes sobre el costado... Ya no pude levantarme, solo abrazarme y chillar con todas mis fuerzas. Maldije a la vida, maldije a la muerte, al fuego, al destino, a Basil que no había corrido lo suficiente, a mis padres por no escapar, a mí por no poder hacer nada. Grité hasta que mis pulmones se llenaron de humo. Grité hasta que la garganta se desgarró. Grité y grité. Y no oí a aquella persona que jadeaba gritando mi nombre:

—¡Charlotte! ¡Charlotte! —alguien me tomó en brazos, y corrió huyendo de las llamas. Pero yo seguía gritando, gritando, gritando...
—¡Charlotte reacciona!... »

—Charlotte... Charlotte, despierta, es una pesadilla —recuerdo levemente la voz de tía Josephine, que me susurraba dulcemente. Como siempre hacía. Creo que me sostuvo entre sus brazos y me meció—. Tranquila, mi niña, todo eso ya pasó, ya pasó...

No había llamas, ni cadáveres carbonizados, Basil no acababa de ladrarle a la muerte, ni yo estaba en medio de un infierno de fuego y destrucción. Estaba en mi cama, de sábanas finas y mullidas almohadas, en mi habitación. La luz de la luna aún seguía alumbrando las calles de Londres y faltaban algunas horas para que el ruido despertara a la ciudad. Los coches de caballos golpearían los adoquines, la gente hablaría y hablaría y algún grito enfadado se oiría entre la multitud. Pero en aquellos instantes el silencio se había apoderado de todo y solo mi respiración entrecortada y los susurros tranquilizadores de la mujer que me tenía entre sus brazos rasgaban la tela de la madrugada.

—Hacía tiempo que no soñabas con ello, porque has vuelto a tener pesadillas con el incendio, ¿verdad? —Asentí levemente— Mi pequeña, qué atormentado está tu corazón...

Debimos pasar mucho tiempo abrazadas, pues empezaba a clarear cuando se separó de mí y abrió las cortinas. Una tenue luz se filtró por el cristal y eso significaba que era hora de levantarse.

—Le diré a Amy que te prepare un baño, estás empapada en sudor —ella sonrió, intentando transmitirme tranquilidad y paz, pero pude ver a través de sus ojos oscuros que se sentía tan perdida como yo, aunque ella llevase la procesión por dentro.

El agua caliente me envolvía como los brazos que hasta hacía pocos minutos había tenido sobre los hombros. El sol ya había salido y el ruido empezaba a escucharse en las calles de Londres de aquel 18...

Me miré las manos. Habían pasado ocho años. Y las pesadillas no habían desaparecido. A menudo, durante la noche regresaban a mis sueños los recuerdos de desolación. Green Hall ardiendo, los gritos de mis padres, el aullido de Basil... No podría deshacerme de mi pasado,

daba igual el tiempo que pasase, él estaba ahí: en mis sueños, cada vez que me miraba al espejo y veía la sombra de la catástrofe reflejada en mis ojos, cada vez que me acariciaba el costado y sentía la indeleble marca del fuego y la ceniza. No, no podría escapar de él nunca, era una verdad que estaba tan marcada en mi mente como aquella quemadura. Sin embargo, era tan difícil, tan doloroso saberlo.

Respiré tan hondo como pude, me relajé en el interior de la bañera y tomé una bocanada de oxígeno. Me sumergí y me mantuve bajo el agua todo lo que pude. El agua me relajaba, hacía que los fantasmas se alejaran y que sus garras de oscuridad y miedo no pudieran alcanzarme. Todas las mañanas era necesario deshacerme del polvo de las pesadillas para seguir mi vida. Después de todo, no podía mantenerme atada a aquel oscuro momento. Tía Josephine lo decía siempre: los días iban a seguir pasando, yo iría creciendo y tenía dos opciones, o vivir en una contante lamentación o levantar la cabeza y hacer que mis padres se sintieran orgullosos allí donde estuvieran. Y juro que lo intentaba, con todas mis fuerzas. Pero los intentos a menudo no eran suficientes. Todos los días atardecía, y con la noche, volvían los recuerdos.

Salí precipitadamente cuando un dolor punzante comenzó a perforarme el pecho.

—¿Estás mejor, querida? —me preguntó tía Josephine mientras untaba mermelada en su tostada del desayuno.

—Sí tía, solo ha sido un mal sueño, una noche complicada, como otras —sonreí abiertamente.

La luz se colaba a través del cristal y se reflejaba en las graciosas lentes que reposaban sobre la aguileña nariz de tía Josephine. Sus ojos oscuros me miraban por encima de las gafas con una expresión de profunda ternura. Llevaba el pelo recogido, de un blanco envidiable, y sus labios dibujaban una sonrisita de comprensión, aunque un deje de preocupación se podía vislumbrar tras su tranquilo semblante.

—Pero hacía tiempo que no las tenías.

—Lo sé, puede que cenara demasiado anoche, no te preocupes.

—Está bien —intentó transmitirme paz con sus ojos, y lo consiguió. Ella era así, sin palabras, solo con su mirada penetrante y su sonrisa llena de calma decía cosas que simplemente no se pueden explicar—. Charlotte, ha llegado carta de tu hermano, ¿la leerás?

—Después de la clase, tengo que apurarme o me retrasaré —me levanté de la mesa, limpiándome rápidamente con la servilleta y me despedí con la mano—. Amy, por favor, lleva mis materiales a la puerta, bajo en un segundo.

—Claro que sí, señorita —la criada salió eficientemente del comedor.

He de reconocer que aquellas flores se me resistían. La forma de los pétalos que se retorcían, medio marchitos, a punto de precipitarse sobre la fría superficie de la mesa de mármol; el sol que se reflejaba en el jarrón de cristal, caprichoso; y el intento de atrapar con el carboncillo los matices de cada sombra; hacían la tarea compleja. No es que fuera un mal boceto, sin embargo, yo misma sabía que podía hacer cosas mejores. La frustración del resultado insatisfactorio, sumadas al cansancio tras la noche toledana que había pasado, me impedía concentrarme como debía. Y todo esto no pasaba inadvertido.

—Señorita Green, ¿está usted bien? Ha hecho otros dibujos de este tipo y se le dan bastante bien, hoy, sin embargo, está bastante floja —Mr. Blake miraba con gesto fruncido el dibujo que tenía posado sobre el caballete. Después pasó sus ojos por el florero que había a unos pocos metros de mí. Corrigió los numerosos errores que había en el esbozo y tras hacerlo, me dijo que parara de dibujar— Venga, cuénteme, ¿qué atormenta su cabecita?

—Nada, no se preocupe, Mr. Blake, solo que hoy no es mi día —mientras hablábamos me miraba las manos, que jugueteaban con el

carbón sobre la tela sucia del batín, intentando no mirar los ojos verdes de mi profesor—. Será el frío, hoy arrecia —susurré.

No dijo nada más. Se limitó a pasear hasta el gran ventanal que había en su estudio y miró hacia la calle, donde los pocos viandantes que había corrían arrebujados en sus ropas de abrigo intentando protegerse del frío. La luz se posaba sobre su alta figura, su pelo negro brillaba con el sol del invierno y sus ojos se perdían entre la multitud de edificios de Londres. Lo miraba embelesada, perdida en el atractivo melancólico de sus facciones. Me gustaba desde el primer día que lo vi, cuando tía Josephine lo invitó a tomar el té a casa, dos años atrás. Nos explicó que estaba terminando la carrera de artes y que necesitaba encontrar un trabajo. Ella le propuso darme clases, y se convirtió en mi profesor en el momento en el que dejé la escuela. En aquellos momentos suspiraba a escondidas cada vez que se daba la vuelta, y el desastroso trabajo de aquel día era una espina que sentí por haberlo decepcionado.

—Charlotte, ¿por qué no se va a casa? Descanse, repóngase de esa mala noche que seguro que ha pasado, yo iré a verla después —me dedicó una sonrisa amplia y cálida, y en cierta forma calmó aquel agitado corazón que palpitaba desobediente a las órdenes que mi mente le enviaba.

Las sábanas eran suaves y cálidas, me envolvían suavemente y me arropaban como el abrazo que tanto se necesita en los momentos de cansancio. Me pesaban los párpados, y una nube de pensamientos se disipaban dejando espacio a un vacío reconfortante.

Había sido un día largo, después de mi clase paseé un rato por las calles de Londres. Caminé sin rumbo fijo, preguntándome cosas a las que no pude (ni quise, en cierto modo) encontrar respuesta. Aquellos días eran para mí un desperdicio, los pasaba atormentándome por culpa de los recuerdos, y las horas se pasaban entre lamentaciones. Cuando me senté en un banco, a mirar las hojas de los árboles, suspiré

profundamente. Mis pies estaban algo doloridos, y el frío empezaba a traspasar el abrigo que llevaba puesto. Me llené los pulmones del aire gélido y, aunque sentí pequeñas punzadas de dolor, no me importó demasiado. Estaba bien, me sentía relajada. Cuando me concentraba en aquellas cosas me daba cuenta que en el momento en el que llegara a casa podría calentarme con una chimenea, que tendría un plato caliente para la cena, y que, aunque tuviera recuerdos dolorosos que aún estuvieran presentes, no era la persona más desafortunada del mundo. Seguramente, en muchos de los callejones de Londres habría personas que no tendrían nada que llevarse a la boca, ni un techo con el que refugiarse las noches de invierno, que no tendrían a nadie con quien contar y cuyas botellas fueran su único consuelo. Realmente era afortunada, Dios había puesto en mi camino un obstáculo, pero me estaba dando las herramientas para sortearlo. Y aunque, en cierto modo, no quería olvidar a mi familia, tenía una vida que continuar. Y la felicidad me esperaba en tantos rincones que no podía quejarme.

Me repetía estos argumentos muy a menudo, cada vez que mi cabeza daba vueltas a la pérdida. Había pensado mucho y de todo ello la conclusión siempre era la misma: debía seguir adelante. Eso no quita que no lo hiciera. No eran pocas las ocasiones en las que daba un repaso interior a todo lo que ocurrió ese día: la excursión con tía Josephine que nos mantuvo lejos de casa, el negligente deshollinador que no hizo bien su trabajo, la chimenea que explotó debido a una obstrucción en sus conductos... Agité la cabeza para hacer desaparecer aquellas imágenes. Volví a repetirme la eterna frase: seguir adelante.

Tras estos pensamientos me levanté, con una sonrisa en los labios, satisfecha con mi conclusión. Caminé un buen trecho hasta casa, y aunque podía haber llamado a algún cochero aún no estaba anocheciendo y me sentía gratificada con la caminata. Me divertía observando a las personas y pensando qué clase de recuerdos embarazosos esconderían. Entonces, las historias volaban en mi cabeza y grandes relatos de amores frustrados, venganzas y pasiones se hilaban dentro de ella. Me reí de mí misma y pensé que debería de dejar de leer tantos folletines.

Cuando llegué a casa, calada de niebla hasta los huesos y con un frío espantoso pero vigorizante, fui deprisa a cambiarme, me puse ropa seca y abrigada, y a la luz de la lumbre hablé durante largo rato con tía Josephine, que me puso al día de una visita inesperada que había recibido y de los cotilleos que de ella había sacado. Mr. Blake vino poco después, con unos bombones como obsequio. Se interesó por mí y se alegró de verme de muchísimo mejor humor. Durante casi todo el tiempo Tía Josephine estuvo con nosotros, haciéndonos de carabina y ofreciendo temas de conversación, sin embargo, más tarde, con una mirada cómplice que intercambié con la criada nos dejó unos minutos a solas. En aquellos instantes no dijimos gran cosa, pero nuestras miradas se entrecruzaron tiernamente. El corazón me latía a mil por hora, y sentía una bandada de mariposas revolotear no solo por mi estómago, sino por todas las partes de mi cuerpo. Fue un instante mágico, que a juzgar por su ruborizado rostro, el también sintió. Nos reímos de nuestras ocurrencias y pasamos una bonita velada sin hacer nada.

Aquella noche me acosté pronto. Necesitaba descansar.

—¡Charlotte, querida! ¡Cuánto tiempo sin verte! —Sarah vino hacia mí abriéndose paso entre las demás clientas de la sastrería, con una sonrisa radiante y unos saludos escandalosos. Como no podía ser de otra manera, le respondí igual.

—¡Sarah! ¿Qué haces en Londres? Te hacía en el campo —nos dimos un fuerte abrazo, por el tiempo que habíamos estado separadas—. Estás guapísima.

—Lo sé, amiga, lo sé —reímos como dos chiquillas sin educación. Éramos perfectamente conscientes de lo poco decoroso que era nuestro comportamiento, pero cuando estábamos juntas eso no nos importaba mucho—. Pues hasta hace poco estaba allí, llegamos hace unos días para hacer unas compras y despegarnos de ese olor a tierra

mojada tan pueblerino. Iba a llamarte, pero estábamos tan ocupadas que me ha sido imposible.

—Lo entiendo, seguro que a los chicos de ciudad les habrá sorprendido tanto ver a una rústica burguesa paseando por las calles que no habrán dejado de hacerte preguntas —esto se lo decía irónicamente, claro. Te explicaré, lector, que Sarah era una de las personas más finas, delicadas y elegantes que había conocido. Tenía la piel blanca y suave, las mejillas un poco rosadas, unos ojos verdes en los que podías perderte y no volver a encontrarte, sus labios eran carnosos y rojizos y su pelo era una mata de bucles dorados que brillaban de mil maneras diferentes a la luz del sol. Era de altura media y con las medidas perfectas para ser la envidia de cualquier mujer de la corte—. ¡Qué alegría verte!

—Yo también estoy feliz de encontrarte, ven, tengo que enseñarte una muselina de un color magnífico, juntas veremos cómo podría sentarme —me cogió del brazo y me llevó al mostrador, donde la dependienta nos mostró varias telas y tejidos distintos para confeccionar un bonito vestido de gala.

Yo, además, recogí los pañuelos que había encargado y pasado un tiempo salimos del establecimiento a pasear por mi ciudad. Buscábamos un café concurrido, lleno de gente, para poder chismorrear a nuestro gusto. Miraríamos a las personas que estuvieran sentadas a nuestro lado y divulgaríamos los rumores sobre Dios sabe quién. Todos saben que no hay entretenimiento mayor y más aceptado en la sociedad que el de interesarse por las vidas de las personas que nada nos importan y conocer hasta el último detalle de su día a día. Así ha sido siempre y así será. Y nosotras, unas jovencitas inglesas educadas en la Sagrada Escuela del Cotilleo no podíamos ser menos. Pasamos una tarde inmejorable, entre té, pastas, historias de todas clases, risas y críticas a todo lo criticable. Sus gritos de indignación y mis risas podían escucharse desde Yorkshire. Cuando no hubo más temas que tratar, y dejando lo mejor para el final (como era su costumbre) me preguntó:

—¿Sabes algo de tu hermano? —sus grandes ojos verdes me miraban curiosos y chispeantes de emoción.

—Ya estabas tardando en sacarlo a relucir... Lo que te conté en mi última carta. Está en Irlanda, estudiando en Trinity College, dice que hay algunos libros en su biblioteca que no se encuentran en Londres... Bueno, realmente no me acuerdo de los motivos, aunque no te extrañe que todo sea cuento y siga allí por la cerveza —un brillo de desilusión cruzó su mirada—. Aunque es cierto que ayer recibí misiva por su parte, no he tenido tiempo de leerla siquiera.

—Pues esperemos que sea la carta en la que por fin, después de tantos años, se decida a reconocerte sus grandes sentimientos hacia mí, su deseo de pasar conmigo el resto de sus días y sus ruegos para que lo aconsejes sobre cómo declararse —lo dijo con una seguridad aplastante, como si fuera una verdad absoluta que nadie podría atreverse a cuestionar.

—O puede que sea la noticia de que ha conocido a una irlandesa preciosa y su firme deseo de casarse con ella, o quizás haya conocido a varias... Sería propio de él —una sonrisita socarrona se me escapaba, aunque intentaba permanecer tan seria como ella.

—¡Charlotte! Que cruel eres conmigo, sabes que bebo los vientos por Christopher y no me das ni siquiera una esperanza —hizo unos pucheros adorables.

—No quiero que tengas desilusiones, simplemente es eso. Conociéndole, creo que tardará bastante tiempo en sentar la cabeza, si es que lo hace algún día. Para él las dos cosas más importantes son los insectos y las juergas, es decir, comida, bebida y mujeres, y que conste que lo digo en plural.

—Claro que sí, mujer de poca fe, la sentará pronto, y será gracias a mí. Pronto estaremos casadas, las dos: Sarah Green y Charlotte Blake. Nos veremos a menudo y nuestros hijos se criaran como primos inseparables. En verano nos iremos al campo y nosotras tomaremos el té y charlaremos en el jardín mientras Mr. Blake hace un cuadro precioso de la tarde soleada y tu hermano juega a cazar mariposas con los niños —hablaba de estas predicciones con una ilusión exorbitada, a veces me costaba parar sus locas imaginaciones y hacerla volver al mundo

real. Aunque si soy del todo sincera, muchas más me dejaba llevar con ella— ¡Oh, Charlotte! Serías la hermana que nunca tuve.

—Sarah, tienes cinco hermanas —me reí.

—Ya, pero ninguna de mi edad.

—¿Y qué me dices de Muriel, tu gemela?

—Muriel... Si vieras lo distintas que somos, parece mentira que seamos gemelas. Ella todo el día con esa palabra tan fea en la boca: responsabilidad —bufó—. No me extrañaría para nada que se metiera a monja. Y hablando de eso, ¿sabes quién ha tomado los hábitos?...

—Amy, querida, prepárame un baño. Estos desgastados huesos necesitan reposar —tía Josephine se levantó de su sillón—. Charlotte, deberías leer la carta de tu hermano, ¿no crees?

—Tiene razón, tía, no podremos alargar mucho la espera, solo rezo porque no se haya metido en ningún lío esta vez —tía Josephine, ante mi deseo, suspiró, y fue hacia un aparador donde la tenía guardada.

Me la tendió, se fue hacia la puerta y desapareció tras ella. Con el abrecartas que me dio abrí el sobre. Antes de desdoblar el papel deseé que no fuera un quebradero de cabeza más. Ilusa. Debería haber arrojado la carta al fuego.

“Queridísima Charlotte:

Llevo varias semanas queriendo redactar esta carta pero, como sabrás, mis muchísimas obligaciones para con la universidad: las pruebas, los exámenes, además de los amigos y las fiestas que ocupan la mayor parte de mi tiempo, me han hecho imposible encontrar un hueco hasta ahora. Sí, ya sé que estarás pensando que soy un golfo y que si sigo así, con una vida como la que he llevado hasta ahora voy a convertirme (si no lo he hecho ya) en un bala perdida. Pero, hermana, no te preocupes por mí, pues estoy actuando con más cabeza.

Tenemos mucho de qué hablar en relación a esto, pero eso es otro tema. Bueno, me estoy yendo demasiado por las ramas.

Sinceramente, Charlotte, no sé cómo decirte esto. Y quizá sea esta razón, y no otra, la que me ha tenido entretenido estas semanas y me ha mantenido lejos de la pluma y el papel. Es difícil, ¿sabes? He reflexionado sobre esto mucho tiempo, y me ha dejado las noches sin dormir. Pero, después de horas y horas de pensarlo, he considerado que es lo mejor que podemos hacer. Espero que compartas mi opinión y, antes de empezar a explicarte claramente los motivos de esta misiva, quiero que sepas que si no estás de acuerdo no se hará de ninguna de las maneras.

¿Te acuerdas de Samuel? Venía algunas semanas los veranos a pasar las vacaciones en casa, nos gustaba cazar mariposas juntos y tirarte del pelo cuando nadie miraba. Era bajito y gordito, y tú solías meterte con él porque tras una carrera siempre estaba morado, del color de las cortinas del salón. Pues bien, acaba de obtener una herencia bastante considerable (me dijo la cantidad de libras pero no lo recuerdo exactamente) y quiere invertirlo en un negocio que pueda servirle de modo de vida. Es una empresa un tanto ambiciosa pero piensa que podría salir bien si se actúa con cabeza. Su idea es montar un hotel rural a gran escala, donde la gente de la ciudad pueda pasar temporadas idílicas sin preocuparse del ruido urbano. Me ha propuesto la compra de Green Hall.

Lo sé, es descabellado, es una locura, no podemos hacerlo porque fue nuestro hogar. Que tenemos que preservar la memoria de padre y madre y que sería un sacrilegio dejar la mansión en manos de alguien completamente ajeno a nuestra familia. Lo sé.

No creas que no lo he pensado. Todos los días desde que me lo propuso hasta ahora, también en los momentos que redacto esta carta. Me ofrece siete mil libras. ¡Siete mil libras!

Es una fortuna, y más en las penosas condiciones que está la casa. Me ha ofrecido ese precio por el gran valor emocional que nos une a ella. Y, aunque a primeras parece detestable desprendernos de ella por una suma de dinero, entiende primero las razones por las que me parece un buen acuerdo.

Si dejamos a un lado el dinero, tarde o temprano tendría que pasar. Ya sabes a lo que me refiero... Son ruinas, Charlotte, escombros. Y nos pesan sobre los hombros como lozas de piedra que no nos dejan seguir adelante. Tenemos una vida que vivir, y no vamos a ser jóvenes siempre, perderemos un tiempo precioso si seguimos atormentados por el pasado. Llevas teniendo pesadillas desde hace ocho años, porque los recuerdos no te dejan en paz. ¿No crees que ya es hora de olvidar? ¿De cerrar ese capítulo en nuestras vidas y seguir nuestro camino con el recuerdo de una época feliz y no con un cementerio en nuestra consciencia? He estado pensando en la lealtad, el respeto a los difuntos, en lo que dirían padre y madre si estuvieran en mi lugar. Pero he llegado a la conclusión de que, desgraciadamente, ellos ya no están con nosotros, y no merece la pena seguir dándole vueltas a esto sin sentido. El pasado es el pasado, Charlotte, tú debes saberlo mejor que nadie. Pero tenemos un presente que disfrutar y un futuro que labrarnos, y creo que ninguna de las dos cosas será como esperamos si no dejamos de aferrarnos a estos recuerdos que nos persiguen.

Para mí no es fácil dar este paso. He pasado en esa casa los mejores años de mi vida, y aún recuerdo el olor de los árboles, de la tierra mojada, de los pasteles que Katy nos preparaba los días de lluvia, como la que hoy golpea la ventana. Y solo pensar en ello me acongoja pero tenemos que ser consecuentes con la realidad, Charlotte. Y tú siempre has sido la más sensata de los dos. Los cimientos de Green Hall no están contruidos sobre la tierra sino sobre nuestros corazones, y no va a haber nada que cambie ese hecho irrefutable. Pero

debemos pasar página. El capítulo está cerrado, de una forma trágica y dolorosa como pocas, pero cerrado al fin y al cabo. No me gustaría discutir este asunto por carta, sino tener la oportunidad de hablar de esto tranquilamente. Sin embargo, he creído conveniente avisarte, para que puedas pensar y reflexionar tranquilamente, sin presiones.

Por mi parte el consentimiento está dado, quiero que tengas claro ese punto. Yo vendería Green Hall. A pesar de las reticencias y de la pena que eso me produce veo que es la opción más conveniente para poder seguir con nuestras vidas. Espero que pienses bien esta proposición, y que tomes una decisión que te satisfaga y de la que no te arrepientas.

Espero tu respuesta.

Siempre tuyo.

CHRISTOPHER.”

No es de extrañar que la carta resbalara de mis manos temblorosas.

Las llamas de la chimenea habían pasado a ser simples ascuas cuando empecé a pensar con un mínimo de claridad. Miles de pensamientos daban vueltas en mi cabeza como un torbellino. La oscuridad de la noche me abrazaba y yo me dejaba llevar a su mundo de susurros oscuros, malignos y punzantes, que me hablaban. Escuchaba sus voces recriminándole a Christopher que se hubiera planteado siquiera la idea de vender la casa. Era un mal hijo, y un mal hermano por hacerme la proposición ¿Cómo podía pensarlo? ¿Cómo podía aceptar? ¡Qué indigno para nuestros padres! Dónde descansaban sus restos, su tumba, la cripta donde habían quedado hecho cenizas todos nuestros recuerdos... ¿En qué momento había pensado que era buena idea? ¡Profanar la paz

de los muertos! ¡Sacrílego! Durante horas no pude hacer otra cosa que maldecirle con todas mis fuerzas. Quería abofetearle, gritar, escupirle en la cara y echar al fuego su maldita carta. Era un insensible, un ser frío, que solo pensaba en el dinero ¡Solo eran mentiras esas palabras que hablaban de nostalgia, de añoranza y de dolor! ¡Mentiras! Pero no iban a hacer la verdad más dulce, ni menos incomprensible su propuesta. Era terrible, terrible e indignante para todos los Green. Aunque él no podía llamarse de aquella manera después de todo.

Así bullía mi mente aquella noche. Recriminaciones, protestas, quejas, insultos, maldiciones. Y cuando el frío ya paralizaba mis miembros y apenas podía vislumbrar en mi mente un punto de lucidez, empecé a llorar.

Me deshice en lágrimas calientes y ocultas. Habían estado guardadas demasiado tiempo en ese lugar que se mantiene censurado por miedo a flaquear. Los ochos años de pérdida, de nostalgia, de recuerdos y de sufrimiento punzante se manifestaron como un golpe en el estómago en esos momentos. Lloré porque la pena de media vida me rasgaba las entrañas. Lloré porque no había más excusas. Lloré porque era el momento y el lugar.

No reprimí gritos, mis gemidos no fueron ahogados, arrojé a las paredes del salón toda la rabia que contenía por miles de cosas. La garganta parecía estallarme y una nube borrosa nublabla mi vista. Estaba sentada en el sillón, con los codos apoyados en las piernas, sujetándome la cabeza, en medio de la crisis nerviosa que sufren las personas que viven intentando olvidar la verdad. Las personas que son golpeadas por ella. Así me encontró tía Josephine, alarmada por los gritos que se escuchaban desde el piso superior.

Momentos más tarde el fuego volvía a crepitar amigablemente en la chimenea. Mis manos volvían a estar calientes, abrazadas a una humeante taza de tila. Tía Josephine, con la carta en las manos, observaba junto a la ventana los tejados y el humo de las chimeneas que bailaban su danza como todas las noches. Parecía pequeña, y sus hombros ya no estaban rectos ni erguidos, como de costumbre. Su pelo

canoso, suelto y despeinado, caía en desorden sobre la manta que la cubría. Suspiraba. A veces olvidaba que ella solo podía caminar hacia el invierno, que sus fuerzas se iban marchitando y que poco a poco el hielo iba congelando su paz y su calma. Pero apoyada contra la pared, no había máscaras que taparan su edad, ni sonrisas que la hicieran parecer joven y fuerte. Solo era una mujer mayor con una carga que ya pesaba sobre sus hombros demasiado. Me sentí egoísta por haberla sobresaltado. Me sentí culpable por todos aquellos años de angustia, yo ya no era una cría y, sin embargo, allí estaba, gritando de rabia sin pensar que, unos metros por encima de mi cabeza, una persona no dejaba de desvelarse por mí.

—Tía... —balbuceé— váyase a descansar, yo ya estoy bien, siento haberla...

—¿Sabes lo que yo haría, Charlotte? —se volvió hacia mí y en sus ojos había un cansancio que los oscurecía aún más—. Vendería esa maldita casa. Me casaría con Mr. Blake y juntos viajaríamos a ese lugar del que tanto te habla: ¿Italia? ¿O era el sur de España? No importa. Yo me iría, cariño, lo dejaría todo atrás. Empezaría de nuevo en un lugar donde el sol siempre brillara y los fantasmas del pasado no tuvieran oscuridad donde esconderse.

Sus palabras hicieron que una pizca de rabia se volviera a encender en mi interior, pero fue consumiéndose al ver como aquella anciana se desplomaba sobre el sillón y un quejido de dolor se escapase de sus labios. No dije nada.

—Ya soy vieja, querida, ya soy vieja. Mis huesos se resienten y a veces esto es demasiado, incluso para mí que siempre he presumido de ser eternamente joven. He vivido mucho, muchísimo —su mirada se perdía entre las llamas y parecía que su mente viajaba hacia lugares lejanos de unos años ya perdidos—. No todos apoyaron mis decisiones, la mayoría decía que una mujer debe casarse, tener hijos, formar una familia como es habitual y dedicarse al hogar y a los eventos de sociedad. Yo nunca he querido eso. Tenía ganas de vivir, de viajar, de conocer, y de aprovechar todo lo que pasara frente a mi camino. Y lo hice, y tuve

que hacer oídos sordos a la tradición, a las costumbres, a mis padres que me amenazaban con repudiarme, a mi hermano que me miraba con decepción. No fue fácil, para muchos fue una falta de respeto, de consideración. Pero tenía que ser feliz ¿Lo comprendes?

Un largo silencio nos envolvió a las dos. Mirábamos el fuego. Ignoro qué clase de imágenes veía ella en las llamas, pero yo contemplaba un futuro que podría ser maravilloso y un pasado que me atormentaba. Y la culpa. La culpa también estaba presente.

—Tu madre decía que no debía haber barreras para las metas que tenemos en la vida. ¿La tuya es ser feliz? —asentí—. Pues en este caso, el fin justifica los medios.

—Nunca oí a mamá decir eso.

—Eras demasiado joven para tratar temas tan complicados —se levantó con esfuerzo y me dio un beso en la frente—, acuéstate pronto, Charlotte.

Desapareció tras la puerta en silencio.

«Los gritos. Los gritos paralizantes y desgarradores de miedo, de horror y de dolor eran lo único que se escuchaba en aquella fatídica noche. La oscuridad nos envolvía a todos, y las llamas se veían como monstruos asesinos que devoraban todo lo que había conocido. Aquella luz cegadora, tan rojiza, tan intensa y tan devastadora que en tantas ocasiones habíamos admirado frente a la chimenea lo consumía todo. Las vigas se desplomaban con estrépito y los cristales se rompían con desesperación. Quizás ellos también querían escapar de la masacre, como todos los que estaban en aquella casa.

De repente, el oscuro y llameante monstruo rugió, y una risa desgarradora y desagradable resonó con fuerza. Me sentí paralizada, no podía moverme. Todos salieron corriendo despavoridos, huyendo de aquello que se nos lanzaba a una vertiginosa velocidad. Las llamas venían hacia mí impulsadas por un viento extraño que las arrastraba.

Susurraban mi nombre. Yo estaba sola. Sola ante aquel peligro que me acechaba sin remedio. Allí estaba. Tan cerca. Sentía el calor. Me habían rodeado. Podía ver la risa malévolamente del monstruo, su sed de sangre. Tan solo unos metros nos separaban. No podía huir. Cualquier lugar era la muerte, y aunque pedía auxilio con todas mis fuerzas nadie podía escucharme. Todos habían escapado lejos dejándome abandonada a mi suerte. El monstruo se relamía y yo quería ser valiente, plantarle cara, era una niña sí, pero fuerte y no le tenía miedo a nada. Eso pensaba. Me lo repetía una y otra vez pero no funcionaba pues las lágrimas se me derramaban y las piernas me temblaban y solo pude tirarme al suelo cuando con un grito de triunfo el monstruo se lanzó sobre mí.

Pude sentir su calor, el doloroso abrazo. Cómo mi piel se quemaba y mis músculos se rasgaban. El humo perforaba mis pulmones y mis miembros sufrían convulsiones. Gritaba desenfrenadamente. El dolor era demasiado. Demasiado. Demasiado...»

Desperté entre gemidos, sudor y temblores. La luz se colaba por las cortinas y miré hacia todas direcciones, desesperada y confundida. Mis brazos se apoyaban en la almohada y temblaban de miedo y frío. Mi movimiento durante la pesadilla había hecho que todas las mantas cayeran al suelo y pude darme cuenta, cuando empecé a calmarme, que estaba congelada. Me aparté el pelo de la cara, con manos frágiles. Miré a través de la ventana y respiré hondo. Intentando estabilizarme y serenarme. “Todo ha sido otro sueño, Charlotte, tranquila”. Repetía estas palabras en mi mente, y fueron un bálsamo reconfortante. Pronto dejé de temblar de miedo y empecé a tiritar de frío. Me levanté despacio y llamé al servicio con la campanilla. No tuve que esperar mucho, Amy, siempre diligente, apareció.

—¿Me llamaba, señorita?

—Sí, por favor prepara un baño caliente y enciende la chimenea, aquí hace un frío de mil demonios... ¡Ah! Y dile a la señora que hoy no saldré, necesito aclarar mis ideas, ella lo entenderá. Envía una nota a modo de disculpa a Mr. Blake, hoy estoy indisputada.

—Como guste, señorita.

No mucho más tarde estaba aseada, envuelta en un vestido de invierno, junto a la chimenea, con la carta en mano, reflexionando sobre todo lo que había pasado en las últimas horas. Al principio todas las vueltas que mi cabeza daba eran infructuosas y apenas podía mantener ninguna idea en pie así que, ante estos esfuerzos inútiles decidí tomar pluma y papel y poner por escrito todo lo que fluía en mi mente y así ver con mejor claridad todas mis cavilaciones. Esto fue lo que escribí:

“Tengo miedo. Eso lo sé. Tengo miedo de olvidarles, a papá, a mamá, al jardinero, a los criados. Tengo miedo de vivir sin ellos. Tengo miedo de seguir adelante y darme cuenta de que ya no son importantes en mi vida. Tengo miedo de quedarme encerrada en este bucle de pesadillas interminables. Sé que es lo correcto. Sé que Christopher y tía Josephine tienen razón pero es tan difícil... Era mi hogar, mi refugio. Allí podía sentirme segura. Hasta aquel día... ¿Por qué tuvo que pasar todo aquello? Todo sería más fácil si ahora estuviera en el jardín de casa junto a mi madre y mi perro Basil correteando entre los arbustos. ¿Por qué no podíamos ser felices? Apenas recuerdo el rostro de algunos de ellos. Madre es solo una imagen difusa, con rasgos, siempre quieta, como en el retrato que hay sobre la pared. Pero ya no sé cómo andaba, cuál era su sonrisa, ni su forma de hablar. ¿Y si termino de olvidarla? ¿A todos los demás?

Pero he de ser realista. No puedo seguir así. Puede que si Green Hall pasara a otras manos, y yo me marchara de aquí pudiera pasar página. No lo sé. Entiendo las palabras de tía Josephine, ser feliz conlleva sacrificios. ¿Es este el que debo hacer yo? Pero dejarlo, sin ni siquiera una despedida...”

Varias páginas sucedían a este pequeño fragmento, que te entrego, querido lector. Pero he pensado que para ti sería tedioso e irrelevante leer toda aquella maraña de palabras que en muchos puntos

perdían su coherencia. Tras releerme varias veces llegué a una conclusión. No mentiré, no era una decisión firme, sólo la opción más lógica y pragmática. Eché los papeles al fuego y vi cómo se consumían. En un arranque de determinación me levanté, y abrí una de las ventanas del cuarto. Era lo que tenía que hacer. Me senté en el escritorio y empecé a escribir la respuesta a Christopher. La suerte estaba echada.

“Querido Christopher:

No voy a mentirte, ni a andarme con rodeos. Confieso que no me agrada nada tener que escribir esta carta. Perdona si te resulto brusca pero es como me siento en estos momentos. Reconozco que no estoy segura de estar haciendo lo correcto. Tu proposición, como bien podrás suponer, me pilló desprevenida y me causó un ataque de nervios. No te digo esto para que sientas culpabilidad o cargos de conciencia. Lo hago para que comprendas lo difícil que ha sido para mí tomar una decisión.

Tía Josephine y yo estuvimos hablando bien entrada la madrugada, ella apoya tu decisión y piensa que es lo mejor que podemos hacer para seguir adelante. Ha intentado convencerme y sus palabras han sido de vital importancia para poder aclarar mis ideas. Así que agradécele a ella y no a otra persona que vaya a acceder a tu petición. Sí, lo voy a hacer aunque con una serie de condiciones:

La primera es que no quiero volver a saber nada de Green Hall. Ni del proceso de construcción de ese hotel, ni su nombre, ni siquiera si se ha terminado o no. Me niego en rotundo a tener información porque me conozco y puede que en un instante de nostalgia me arrepienta de la decisión que hoy tomo.

La segunda es que no pienso recibir absolutamente nada del beneficio de la venta. Puedes quedártela tú y darte la gran vida. Yo, gracias a Dios, no la necesito y sentiría que estoy ignorando la memoria de nuestros padres que en paz

descansen. Así pues, tú te encargarás de las transacciones y del dinero y yo seré ajena a todo este proceso.

Por último y esta es la condición más importante de todas, ineludible si quieres que tus planes sigan adelante. Vamos a vender Green Hall, pero antes hay que despedirse. Viajaremos hasta allí los dos solos para decirle a nuestro hogar y a la tumba de nuestros padres un último adiós. Sé que será duro y te juro que me ha costado tomar esta decisión pero se lo debemos. La última vez que estuvimos allí no fuimos capaces de rendirles el homenaje que se merecen. Me da igual que no quieras Christopher, aunque entiendo tu postura y, en cierto modo, comparto que quieras pasar página, es nuestra obligación hacer esta última visita.

Así pues, si quieres seguir adelante con tus propósitos me escribirás en breve tu respuesta aceptando mis condiciones y acordando una fecha para partir. Espero que recibas esta carta pronto.

Siempre tuya.

Charlotte Green ”.

SEGUNDA PARTE

Londres, Noviembre de 18...

Llevaba quince minutos esperando en la puerta de casa. Christopher me había pedido que estuviera allí a las once de aquella mañana de noviembre. El estaría puntual para partir hacia Gales. El día anterior había estado en casa, visitando a tía Josephine y poniéndola al día de su vida. Yo no estaba en casa, me encontraba en un café contándole a Sarah mis reticencias:

—Yo creo que haces bien, Charlotte, no vas a estar toda la vida anclada a esos escombros. Tienes que pasar página —me apretaba la mano en señal de complicidad. Lo agradecí inmensamente.

—Eso no paro de repetirme —suspiré.

Apenas me había dado cuenta de la rapidez con la que había pasado el tiempo. Pareciese que desde que envié la carta a Irlanda solo hubieran pasado unos días, sin embargo, más de un mes me separaba de aquella fecha. Durante todo ese tiempo la cabeza no paraba de darme vueltas y las dudas iban y venían en mi mente. A veces mi decisión estaba clara y no había vuelta atrás, y otras estaba a punto de escribir a mi hermano retractándome. Es lo que pasa con la mente humana, si las decisiones pequeñas se hacen un mundo, las que eran de tal envergadura te consumen por dentro.

Constantemente miraba el reloj, ansiosa e impaciente. El frío iba apretando su abrazo y cada vez se introducía más y más en mis huesos. Me arrebujé en mi abrigo y me froté las manos en un intento de calentarlas. Estuve tentada más de una vez de entrar en casa pero una voz me decía: “Estará a punto de venir”. De mi boca salía un vaho blanquecino cada vez que suspiraba. Llevaba esperando allí más de un cuarto de hora. A pesar del calor que me transmitían aquellas ropas de invierno los brazos empezaban a entumecerse y los dedos se agarrotaban a causa del viento helado que soplaba aquella tarde de noviembre. El cielo estaba encapotado y la nevada era inminente. La calle estaba desierta, aunque apenas eran las once. El clima gélido del invierno hacía que las personas sensatas guarecieran a sus hijos en casa junto a la calidez del fuego. Pero estaba claro que yo no era una de ellas al esperar durante tanto tiempo junto a la helada puerta al impresentable de mi hermano que, como muchas veces demostraba, no tenía el don de la puntualidad. Los adoquines olían a humedad. Londres se preparaba para la nevada. Yo miraba la calzada, esperando ansiosa a que un carruaje se acercara y me ofreciera el calor de su interior.

Los minutos iban pasando y mi cabeza daba vueltas al mismo ritmo del tiempo. No pude evitar preguntarme por enésima vez si estaba haciendo lo correcto. Una parte me decía que sí, era hora de dejar el pasado atrás, me esperaba un futuro maravilloso y tenía que cerrar esa parte de mi historia, pero... Otra se negaba. Quizás fuera mi corazón,

o puede que mi subconsciente. Dentro de aquel mar de dudas que me acompañaba día y noche, una cosa estaba segura: algo me gritaba que debía alejarme de allí, de aquella casa y de aquel momento de desgracia. Sabía que tenía que despedirme, que era mi deber, no obstante, sentía unas reticencias que en algunos momentos se habían convertido en la certeza instantánea de abandonar todos mis planes. Cuando esta parte de mí se imponía sobre la lógica, intentaba convencerme de que estaba haciendo lo correcto. Tía Josephine tenía razón, debía seguir adelante, y tenía que hacerlo con una despedida digna de mis padres y de mi hogar, no dejarlo todo en manos de notarios y contables. Aun así... Los fantasmas me daban miedo.

No habían parado de perseguirme ni un momento desde la lectura de la dichosa carta. Todas las noches estaban puntuales para atormentarme con los recuerdos. Ellos eran su arma letal, irrumpían en mi descanso y descargaban la artillería para hacerme sangrar de miedo y desesperación. Todas las noches. La misma casa, la misma imagen de aquel infierno descontrolado y destructor. Los mismos gritos, el mismo ladrido que cortaba el aire con su expiración desgarradora...

El ruido de los cascos de los caballos me despertó de mis cavilaciones. Giré la cabeza sobresaltada y sentí una mezcla de indignación y alegría cuando vi asomarse por la ventana del coche a un joven que saludaba agitando el brazo efusivamente. Tuve sentimientos contradictorios; por una parte quise estrecharle entre mis brazos por todo el tiempo que habíamos pasado sin vernos y por el duro trance que nos quedaba por pasar, por otra, darle una bofetada por haberme hecho esperar no estaría mal. Cuando distinguí sus rasgos angulosos, su nariz aguileña y pronunciada, su pelo castaño, alborotado por el aire que frotaba sus mejillas sonrosadas sobre la piel blanca, aquella sonrisa pícara e inconfundible y sus ojos azules, llenos de vida, tomé una decisión.

El carruaje se paró frente a la puerta de casa y el bajó de un salto. Me abrazó y me alzó en volandas. Yo no pude hacer otra cosa que dejarme llevar, aunque una de mis manos se deslizó hacia su oreja y la

retorcíó con malicia. Una exclamación de dolor congeló la ancha sonrisa que le cruzaba el rostro.

—Eres cruel —se quejó frotándose la oreja.

—Te lo mereces, es despiadado dejarme morir de frío —dije mientras le indicaba al cochero las maletas que tenía que subir.

—Podías haber entrado en la casa, nadie te ha amenazado para que esperes en la puerta —protestó.

—¿No fuiste tú el que me dijo que esperara, puntual, justo en la puerta, porque no querías retrasarte por mi culpa? ¿No fueron esas tus palabras? —me ayudó a subir al carruaje, cuyo cálido interior me reconfortó.

—Quizás, pero no pensé que fuera a tener contratiempos con la hora de mi llegada, a la señorita cumplidora no se le habría recriminado si hubiese decidido protegerse del frío bajo el techo del hogar —usaba aquel retintín en la voz que de pequeña tanto me irritaba y no pude hacer otra cosa que dibujar una mueca de disgusto—. No se preocupe que en la próxima misiva que le envíe recibirá instrucciones específicas sobre casos excepcionales como estos.

Durante unos instantes permanecimos mirándonos a los ojos, sintiendo el traqueteo del coche y manteniendo el gesto de enfado que se deshizo rápidamente en una carcajada estridente por parte de ambos.

—No cambias, Christopher, sigues igual de infantil.

—Y tú sigues tan rectísima como siempre, ese Mr. Blake no ha conseguido hacer que cambie tu temperamento responsable.

—Ni tus estudios en Irlanda te han hecho centrar un poco la cabeza.

—¡Oh, Irlanda! ¡Qué gran pueblo! Allí la gente vive con intensidad, no como estos inglesitos que no pueden saltarse la hora del té. ¿Quieres sentir emociones nuevas? ¿Saborear la música y escuchar las palabras que te susurran las sonrisas de la gente? Ve a Temple Bar una noche cualquiera. Sus gentes, la forma de hablar, tan ruda y vivaz que te llena de entusiasmo, la cerveza que corre en torrentes de un lado para otro para alegrarle a uno el corazón... ¡Y qué bosques! ¡Qué verde

tan intenso! Allí el sol brilla con mucha intensidad (cuando lo hace, que no es muy a menudo) y se refleja en los ojos de las personas que miran al cielo asombradas por ver la luz. Y las irlandesas... ¡Qué mujeres! Bailan en las calles esa música de gaita y violín que las hace parecer duendecitos. Te las encuentras en los bares sirviéndote con toques de amor, ese pelo de fuego y esos ojos que te...

—Supongo que Irlanda tienes unos insectos muy interesantes —no dejé que se explayara en su descripción. Dos cosas había en el mundo de mi hermano: insectos y mujeres. Y sinceramente, prefería escucharle hablar del primer tema.

—No te creas, no son muy distintos a los de aquí, al fin y al cabo la flora y la fauna son parecidas, ya que tenemos el mismo clima, pero hay unos ejemplares de unos libros muy extraños e interesantes. La biblioteca del Trinity College te encantaría, millones de libros apilados unos encima de otros en un orden pulcro y perfecto. Deberías pasarte un día.

—Por supuesto, mañana mismo. Dime... ¿tanto tiempo para estudiar unos libros?

—Es un lugar que enamora, y sientes la necesidad imperiosa de conocer más y más sus rincones, sus parques, la gente que habita allí, todo es fascinante.

—Me entristece saber que no me equivocaba al decirle a Sarah que tú nunca sentarías la cabeza. Solo piensas en fiestas y en bichos, ¿Qué habré hecho mal?

—No disfrutar de la vida, Charlotte, no disfrutar de la vida. El arte es grande y la vida es breve, no sé cómo estás amargada en ese mundo tan frío de deber y responsabilidades. Gracias a Dios podemos vivir holgadamente, no entiendo cómo aspiras a tener una vida tan sobria como es casarte y tener hijos, y gestionar hasta el último centavo de la economía familiar.

—Soy una mujer ¿recuerdas?

—Tía Josephine también lo es, y sin embargo ha tenido una vida apasionante.

—Mamá decía que hay que tener siempre la cabeza muy bien amueblada si quieres que el camino sea recto y llano.

—Y me parece una gran verdad, y no hay pensamiento que tenga más claro en mi cabeza que el de vivir tan intensamente como sea posible.

La conversación siguió en este tono de reproche durante algún tiempo más. Esa era la gran diferencia entre Christopher y yo. Él concebía el mundo como un lugar para disfrutar sin límites, en el que todo era posible y en el que la felicidad era su máxima aspiración. Yo, simplemente, ansiaba paz y tranquilidad, una familia estable en un bonito lugar del mundo donde poder pasar mi vida afablemente. Él era el desenfreno, yo la responsabilidad. La euforia y la sensatez. No eran pocas las veces que me preguntaba por qué razón me llevaba tan bien con él, sería la sangre que compartíamos en las venas, porque en común no teníamos nada.

Pronto fuimos cambiando de temas, más mundanos, más cotidianos en una conversación que buscaba pasar el rato. Comenzó a explicarme el curso de sus estudios, a darme detalles de sus investigaciones y una clase de entomología que bien podría haber recibido en la facultad de biología de Londres. En cualquier otro momento lo habría escuchado con interés, el brillo de sus ojos al mostrarme los avances de la ciencia en ese campo, y al hacerme ver la complejidad del pequeño mundo que normalmente pasaba desapercibido a nuestros ojos, me llamaba muchísimo la atención. Y atendía con agrado a todo cuanto quería decirme. No obstante, en aquellos momentos, mi cabeza volaba mucho más lejos. Estábamos a muchas millas de Londres y la sensación de recorrer el camino que me llevaba de nuevo a aquel cementerio de recuerdos se agarró a mi estómago. Sentí los nervios subir por mis piernas, enredarse entre mis tripas y aferrarse a mis hombros. Instintivamente empecé a frotarme las manos, a jugar con mis dedos con ansiedad. Sentí un dolor punzante en el estómago y el traqueteo incesante y violento hizo que unas ligeras náuseas se deslizaran a mi garganta. Christopher tomó mis manos.

—Sé que tienes miedo. Yo también, no es fácil, sé que son nuestros recuerdos más queridos pero Charlotte, hay que seguir. Me aterroriza que esto me persiga durante toda la vida, que siga ahí, llamándonos inexorablemente. Tenemos que cerrar el capítulo, dar portazo a los fantasmas. Una vida maravillosa nos espera, no podemos enterrarnos en el pasado, ¿lo entiendes?

—Sí, lo entiendo, pero...—un nudo empezaba a formarse en mi garganta—. ¿Y si los olvidamos para siempre? ¿Y si se sienten ofendidos? ¿Y si nos arrepentimos el resto de nuestras vidas? ¿Y si es el mayor error que podemos cometer?

—¿Y si dejas esas cadenas que te están atormentando y miras al futuro? Llevas ocho años perseguida por los demonios de ese día. ¿No tienes ganas de que todo desaparezca?

—Los recuerdos no van a dejar de estar ahí porque la casa ya no sea nuestra, Christopher —me sorprendí por la dureza que había impregnaba en mi voz. Había rabia escondida, más incluso de la que yo misma podía imaginarme—. Es como si quisieras olvidarles, a papá, a mamá, hacer como si no hubieran existido.

—No quiero enterrarme en vida. No quiero tener pesadillas todos los días. No quiero tener el peso de los escombros sobre mi espalda. ¡Quiero vivir! ¡Quiero que todo se acabe! ¡Claro que quiero olvidar! ¡Pero no a nuestros padres! ¡Quiero olvidar ese odioso dolor que me sigue corrompiendo!

—Christopher para el coche —jadeé.

—Que...

—¡Qué pares el coche!

Segundos después los animales se detuvieron y bajé tambaleante del carruaje. No había dado un par de pasos cuando vomité hasta las palabras que estaban enterradas en el fondo de la oscuridad que llevaba dentro.

Fue una sensación horrible. Sentía como lo poco que había ingerido antes del viaje se revolvía en mi estómago y subía a través de mi garganta para acabar desparramándose en el suelo. Las piernas me

temblaban y tuve que apoyarme en el coche para no caer de rodillas. Fui vagamente consciente de la mano de mi hermano retirándome el pelo de la cara y apoyándola en mi frente, detrás de mí. De alguna manera me pareció que la cara se me desgarraba en miles de pequeñas astillas de piel. Varias arcadas sucedieron al vómito. Tosí con fuerza y pude ver como la mucosidad resbalaba de mi nariz al suelo. Fue repugnante. No era ni mucho menos la primera vez que vomitaba. Pero nunca en aquellas condiciones, con tantas lágrimas surcándome las mejillas y aquella presión dolorosa en el corazón que me impedía respirar. Cuando terminé no caí al suelo porque los brazos de mi hermano pudieron sostenerme a tiempo.

Me llevó hacia una roca a unos metros de allí, me apoyé, bebí agua y me limpié la cara. Respiré profundamente y dejé al frío y húmedo aire surcar mis pulmones a su antojo. Las piernas y los brazos aún me temblaban y sentía la quemazón en la garganta del esfuerzo que acababa de hacer. Christopher me miraba preocupado. Me tomó las manos y se arrodilló. Las besó con cariño, como cuando éramos pequeños y era él quien me despertaba de las pesadillas.

—Charlotte... Lo siento, nunca debería haber aceptado la propuesta de Samuel, estábamos bien como estábamos, no pensé en el dolor que podía causarte, yo he...

—Hermano no te preocupes. Era algo que había que hacer. Tienes razón, no podemos estar con esa montaña de escombros sobre nuestras espaldas... Solo estoy nerviosa, son muchas emociones, no te preocupes, de verdad —veía ternura en sus ojos, y una angustia que no se puede expresar con palabras.

—Disculpad —la voz del cochero nos bajó de aquella nube en la que estábamos inmersos—. Está anocheciendo, hay una posada a unas millas de aquí, es humilde, pero limpia y confortable, podemos hacer noche allí, si ustedes lo ven oportuno —nos miramos y vimos la necesidad de descansar en los ojos del otro.

—Sí, Josh, llévanos allí, necesitamos una cama caliente y una noche de sueño. Pero esperaremos a que la señorita se restablezca del

todo —los dos se alejaron dejándome a mí contemplando las doradas luces del atardecer.

Permanecí largos minutos observando las lánguidas nubes rosáceas que se extendían por el cielo y que teñían el gris del firmamento de colores cálidos. Cerré mis ojos a tan bonita escena e intenté pensar en las razones que me habían llevado a aquella situación, y que ahora se tambaleaban. Enumeré, aferrándome como pude a la lógica, todos los motivos que me habían convencido a aceptar: la liberación, el futuro, seguir adelante... La racionalidad me decía que todos ellos eran motivos suficientes para continuar, pero allí estaba ese sentimiento que me atenazaba y me llenaba de desconfianza hacia lo que pudiese venir.

—¿Nos vamos? —me preguntó mi hermano con una sonrisa. Asentí.

El camino hacia la posada fue corto y el sendero que atravesamos hasta llegar a ella no estaba en malas condiciones, así que el traqueteo no era tan intenso y mis náuseas no volvieron. Eso me proporcionó tranquilidad, no quería volver a pasar por la situación de hacía unos momentos.

El nombre del establecimiento era “La Bifurcación”. Todos nos podemos imaginar de dónde venía. Era ya noche cerrada y cuando entramos en su interior los huéspedes ya estaban comiendo y conversando animadamente. Había una amplia sala, de paredes de piedra. En un lado una barra atendía a las personas que iban y venían de ella. Los camareros entraban y salían, llevando cuencos de comida caliente y jarras de cerveza. Tras la barra había una puerta que conducía a una cocina en cuyo interior se oían órdenes y comandas. Una escalera daba a la segunda planta, donde se encontraban las habitaciones. En el resto de la estancia había mesas donde las personas disfrutaban de su cena con tranquilidad. Mi hermano y yo nos acercamos a la barra y preguntamos por dos habitaciones libres.

—Las hay, en la tercera planta, son unas de las pocas que nos quedan, como ven ustedes, hoy está el ambiente animado —nos respondió el posadero, un hombre alto y ancho, con copiosa barba y mirada

amigable—. Pero he de decirles que son las más caras, nuestra clientela no puede pagárselas, por eso están libres. Tienen su pequeño baño adosado, un privilegio que cuesta sus libras, entiéndanlo.

—No se preocupe caballero, gracias a Dios podemos permitirnos estos pequeños lujos —respondió mi hermano. Ajustó las cuentas con el dueño y este le dio las llaves.

—Madre, llévelos a sus habitaciones, explícale a la señorita dónde se ubica cada cosa y ayúdela en todo lo que necesites —una anciana en la que no habíamos reparado antes se levantó de una silla.

—No tienes que decirme como hacer mi trabajo ¿Se te olvida que fui yo quien te enseñó el oficio? —el posadero refunfuñó ante la reprimenda— Cría cuervos...

—¡Peter! ¡Ayuda a tu abuela con estas maletas! —un joven no mayor que yo salió de la cocina, era delgado y bastante alto, de pelo rubio y ojos claros. Sin decir palabra cogió las maletas y nos guio junto a su abuela a la tercera planta.

Christopher me dio las llaves de la habitación y me dejó sola con la mujer que de forma muy educada me mostró todos los elementos de la humilde estancia. No era demasiado pequeña, aunque el mobiliario que poseía era reducido: una cama, un pequeño baúl a los pies de esta, una chimenea de piedra, una mesita con una jofaina y espejo y una cómoda con varios cajones. Todo era de madera humilde pero ofrecía un aire acogedor. Una pequeña puerta daba al baño; estaba en las mismas condiciones que el dormitorio.

—Disculpa la pequeña discusión con mi hijo, siempre es así, pero son cosas de familia, rara vez un padre y un hijo dejan de discutir. Pero que le voy a decir a usted, si está en la edad en la que los padres somos un error constante —tenía una sonrisa cálida, cansada.

Debía tener la misma edad que tía Josephine. No obstante, se notaba la humilde vida que había llevado. Sobre su espalda, encorvada, no solo cargaba el peso de las penas y las preocupaciones, sino también los largos años sobre un suelo sucio y frío que con esfuerzo debía limpiar. Su pelo gris no estaba pulcramente recogido, sino que

se sujetaba como podía en un moño. Sus ojos estaban oscurecidos y ya no había vitalidad en ellos. Profundas arrugas surcaban su rostro y sus manos, callosas, contaban historias de trabajo, sudor y sacrificio.

—Yo no tengo padres... Murieron hace unos años en un incendio —decirlo en voz alta me produjo un escalofrío que me recorrió la espalda de arriba abajo, aunque intenté mostrar indiferencia.

—¡Oh, pobre niña! ¡Qué golpe más duro para unos huesos tan jóvenes! —se lamentó.

—No se preocupe, se aprende a vivir con ello, y hay que seguir adelante, nuestro viaje es para despedirnos de la casa que ardió —era una desconocida, y era consciente de ello. Pero necesitaba afirmarlo. Sellar mi decisión definitivamente.

—¿Y qué la lleva a hacer tal cosa? Debe de ser un trance difícil... Disculpa mis preguntas indiscretas, la vida de posadera me ha hecho tener afición por las historias ajenas.

—No es nada del otro mundo... —le expliqué los motivos, y sentí un peso que se aligeraba con cada palabra. Una persona ajena, que no sabía de mi sufrimiento, de mi dolor, era la idónea para descargar en ella los fantasmas que aún rondaban mi mente. Cuando terminé de hablar hubo un pequeño silencio.

—Los recuerdos... Siempre son dolorosos. Ellos te llevan a los mejores momentos de tu vida, y afloran sonrisas en tu corazón, luego se te escurren entre las manos como el agua, y por más que intentes retenerlos desaparecen en la niebla del pasado. También te traen las pesadillas, el sufrimiento, el miedo que sufriste, y atormentan tu presente —su voz iba hacia un lugar mucho más lejano que aquella habitación, para ella, yo había desaparecido y se encontraba en alguna parte, lejos—. Es peligroso recordar. Lo mejor es mirar hacia delante, intentar vivir el presente y asegurar un futuro. Eso es lo único cierto y real. El pasado es un espejismo, una ilusión que te engaña y puede atraparte para siempre.

Había encendido la chimenea, y el crepitar del fuego naciente era lo único que se escuchaba en la habitación. La frágil tela de silencio

que se había creado entre nosotras fue desgarrada por la puerta que se abría, y la voz de Christopher diciendo:

—Charlotte, vamos a cenar, me muero de hambre.

«De nuevo los recuerdos volvían. La casa seguía ardiendo, sin descanso. Habían pasado ocho años y el fuego no se consumía. La madera cedía al poder devastador de las llamas y de nuevo las voces pidiendo auxilio desgarraban el cielo de la noche. Largas noches repitiéndose la misma escena. Y yo, en cada una de ellas, era la misma niña aterrorizada devorada por el miedo y el dolor.

Entonces todos huyeron. Las personas que junto a mí observaban la catástrofe desaparecieron tras la línea del horizonte que los alejaba del incendio. Yo corrí, corrí intentando alcanzarles. Pero iban demasiado rápido y yo estaba sola.

La casa había quedado lejos, solo una pequeña luz rojiza se distinguía en la distancia. El aullido de Basil se escuchó tras los árboles como un silbido espeluznante. Ya no corría. Caminaba entre la maleza dificultosamente, tropezaba a cada paso y las lágrimas me impedían ver con claridad. La oscuridad me hacía caer una vez tras otra y me sentía impotente. Grité. Pero nadie vino a socorrerme. Estaba perdida en el bosque, sin nadie a quien acudir. Mis padres habían muerto y los demás habían huido. Yo no podía seguir adelante. Caí de bruces y me quedé tumbada en el húmedo suelo. No podía levantarme. No quería seguir. Lloré desconsoladamente. Mis lágrimas se mezclaron con la tierra y el barro. Los gusanos se acercaron y empezaron a trepar por mis piernas como suaves enredaderas. Yo no les hice caso. No me quedaban fuerzas. Las había perdido todas de golpe y luchar no serviría de nada. Tan solo me quedaba esperar...

Chillé. El dolor terrible que quemaba mis tobillos era insoportable. Me giré desesperada, entre convulsión y convulsión, para ver qué era eso que me estaba destrozando la piel. Sus manos, carbonizadas,

cubiertas de sangre me agarraban los pies y me arrastraban. Sus rostros desfigurados y descompuestos por el fuego sonreían y un terror sobrehumano paralizó mi garganta. Allí estaban mis padres. Uno en cada pierna. Arrastrándose a duras penas habían llegado hasta mí y me querían llevar con ellos a su tumba. Sus manos calcinadas desgarraban mi piel y mis gritos de dolor se escuchaban por todo el bosque. Ellos reían, y era un sonido espeluznante y antinatural. Todos los demonios del mundo unían sus carcajadas en aquellas voces diabólicas. Y yo quería escapar, y por más que me agarrara a la tierra, buscando un apoyo para salir de allí, ellos me agarraban con fuerza. Tiraron de mí y me arrastraron sin remedio a su sepultura de escombros».

Christopher tardó unos minutos en atender a los golpes desesperados que daba en la puerta. Su rostro al abrirla mostraban una mezcla de enfado y sueño.

—Qué demonios...—susurró mientras yo irrumpía frenéticamente en su habitación y en medio de una histeria incontrolable metía todo lo que podía en su maleta— Charlotte, ¿qué estás haciendo?

—Tenemos que irnos de aquí. Nunca fue una buena idea. Nada de esto, ni la venta, ni la despedida, ni nada ¡Debíamos habernos quedado en casa! ¡Al margen de todo! —estaba fuera de mis casillas. Mi respiración se agitaba y no paraba de moverme de un lado para otro revolviéndolo todo y haciendo el equipaje de mi hermano—. Todo tiene sentido ¡Ellos querían que viniéramos! ¡Quieren arrastrarnos con ellos! —una risa desquiciada me sacudió—. Siempre fueron unos egoístas, ellos tenían que ser el centro de todo: de los círculos sociedad, de la familia... ¿Te acuerdas de cómo miraban a tía Josephine cada vez que nos traía los regalos y la abrazábamos? Claro, no pueden soportar que estemos lejos, viviendo y...

—¡Charlotte para! ¿Qué estás diciendo? ¿Traernos aquí? ¿Nuestros padres? ¡Por el amor de Dios! ¡Están muertos! —mi hermano me miraba

con los ojos desorbitados, incapaz de creer lo que estaba pasando ante sus ojos.

—¡Lo sé! ¡Y quieren que nosotros lo estemos! ¡Volver a estar juntos! ¡Van a arrastrarnos hasta su tumba y a enterrarnos con ellos! —sudores fríos recorrían mi espalda. Y apenas podía controlar los temblores. Christopher se acercó para intentar tomarme la temperatura pero yo me escabullí de sus brazos tan ágil como pude— ¡Vamos! Tenemos que volver a Londres —me agarró de la muñeca con una fuerza que me sorprendió.

—Escúchame, no hemos venido hasta aquí para nada —en su voz había una profunda rabia, que paró mis movimientos en seco—. ¿Sabes por qué quiero vender? Porque necesito olvidarme de ellos. Quiero que dejen de estar en mis pesadillas. Que en mi lista de propiedades deje de estar el nombre de Green Hall. Quiero empezar de nuevo una vida en la que no haya tragedias ni catástrofes. Acepté esta idea de la despedida porque pensé que al menos te debía eso —de sus ojos empezaron a brotar unas finas lágrimas, y la ira se quebró, transformándose en amargura—. Así que vamos a ir hasta allí, y les diremos adiós definitivamente. Como tú querías.

Caí de rodillas en el suelo, sintiéndome egoísta y hecha un mar de lágrimas. Los temblores de histeria pasaron a ser de puro arrepentimiento y en aquella tormenta de sentimientos encontrados, de miedos y de inseguridades, comprobé que no estaba sola. Mi hermano también era una víctima. Igual que yo. Siempre lo había sido y, sin embargo, no pude verlo detrás de la venda que llevaba puesta. Aquellas lágrimas, que se limpió rápidamente, me quitaron el velo y entendí que no podía arrastrarlo hasta allí, con el sufrimiento que aquello suponía, y dejarlo todo en medio de esa marejada de emociones que nos sacudía.

Aquel arrebato que había seguido a la pesadilla me había despedido del todo. Estaba en la realidad, los brazos que me rodeaban eran ciertos. No había ningún demonio arrastrándome hasta una muerte segura. Solo estábamos en una posada, en una habitación: mi hermano, los recuerdos y yo. Y pronto estos acabarían por irse. Pero los viajes hay

que terminarlos. El camino tiene un fin, y debíamos llegar a él. Después de haber dado el paso, no había vuelta atrás.

A la mañana siguiente nos levantamos temprano. Recogimos nuestras pertenencias y desayunamos rápidamente. Green Hall no estaba lejos, y el camino hacia Londres era largo. Cuando subimos al carruaje para emprender nuestro camino, los miedos habían quedado atrás. No solo los míos, en los ojos de Christopher había desaparecido la oscuridad que unas horas antes los cubría. Me dio la mano, en signo de complicidad. El amanecer había traído la luz del sol, y ella había hecho que los fantasmas quedaran ocultos tras las sombras de la noche. Nos sentíamos llenos de vitalidad. Descargados del peso del miedo al pasado. Del miedo al futuro. Una sonrisa cruzaba nuestros rostros y la charla, dicharachera y animada nos acompañó el resto del camino.

No obstante, un pellizco de nerviosismo se me agarró al pecho cuando empecé a reconocer árboles, tocones, piedras de señalización. La verja que separaba los terrenos de la mansión estaba abierta, llena de enredaderas que la habían abrazado con el paso de los años. En pocos minutos divisaríamos los escombros, y las emociones empezaron a aflorar. La mano de mi hermano me apretó, y pude sentir que estaba tan agitado como yo en aquellos momentos. Pronto la arboleda terminaría para dejar paso a la pradera en la que se situaba la casa. Cerré los ojos y busqué fuerza. Los árboles dejaron paso a la luz del sol que iluminaba la casa.

TERCERA PARTE

Green Hall, Noviembre de 18...

Intentar explicar con simples palabras la mezcla de emociones que sentimos cuando vimos aparecer la fachada de la casa es imposible. Las paredes estaban todas en pie. No había cristales rotos, todos estaban dentro de sus marcos. El suelo de ceniza había sido sustituido por la fresca hierba del jardín en el que nos criamos. El graznido de

cuervos que esperábamos como bienvenida nunca ocurrió. Pero aquel ladrido tan familiar y alegre nos siguió por todo el sendero hasta llegar a la puerta. Era como si nada de lo que habíamos vivido hubiera pasado en realidad. Como si todo hubiera sido una pesadilla terriblemente larga. Los ojos de mi hermano presentaban el mismo estupor que yo y apenas podía cerrar la boca de puro asombro. Miles de preguntas se plantearon en nuestras mentes:

¿Qué era todo aquello? ¿Serían alucinaciones? ¿Todo había sido un sueño? ¿Nos habían drogado y ahora veíamos ilusiones ópticas? ¿Por qué todo era tan real?

Bajamos del carruaje, temblorosos y llenos de un batiburrillo de emociones y pensamientos que nos sacudían como un tornado destructor. Christopher casi fue tirado al suelo por Basil, que se puso a dos patas y lo pilló desprevenido. Pareció que aquello lo despertó del ensimismamiento en el que se encontraba y apenas tardó unos segundos en abrazar y acariciar al mastín que casi lo derribaba con su tamaño. Mi reacción no fue muy distinta. Una alegría desbordante se me encendió en las entrañas. No podía creer todo lo que estaba pasando pero la felicidad de volver a casa, de encontrarme de nuevo en el hogar de mis recuerdos más felices prevaleció ante la incertidumbre. El ser humano cree lo que quiere creer, yo no era una excepción. Las preguntas eran un estorbo ante toda aquella euforia, y dejé de hacérmelas.

Un hombre entrado en años, alto, de espalda ancha, complexión fuerte y cabello rubio se acercó al carruaje y nos saludó con una formal bienvenida:

—Señorito Christopher, señorita Charlotte, es un placer tenerles de vuelta en Green Hall —cogió nuestras maletas—. Permitidme que os lleve el equipaje a vuestros aposentos, mandaré que los deshagan.

—¡Edward! —Mi hermano se lanzó a sus brazos—. No se imagina cuánto le he echado de menos, no se encuentra servicio tan extraordinario como usted en estos mundos de Dios. Pero hábleme, hábleme de la casa, cómo es que todo esto siga igual, después de aquello...

—¿Aquello? No sé a lo que se refiere, seguramente sus padres puedan darle mejor respuesta a sus preguntas, le han echado en falta, estarán deseando volver a verlos —diligente nos guio hasta la puerta de la entrada dónde el servicio aguardaba nuestro regreso.

No hay sensación más mágica que la de volver a casa tras un largo viaje. Y el nuestro había sido demasiado, demasiado largo. Un viaje lleno de baches que nos había golpeado desde todos los flancos posibles. Ahora el hogar nos acogía, y su abrazo cálido fue un bálsamo para todas nuestras heridas.

La puerta de la casona se abrió. Los olores de nuestra infancia nos golpearon con fuerza, las caras amistosas de todo el servicio esperándonos casi nos deja sin aliento, la luz entrando en el vestíbulo e iluminando el suelo en el que tantas ocasiones habíamos resbalado nos devolvió el reflejo de nuestra estupefacción. Los rostros de nuestros padres, aguardándonos con los brazos abiertos nos arrancaron las primeras lágrimas. Nos fundimos en un abrazo que nos pareció eterno. El característico aroma a polvos, perfume y maternidad del pecho de mi madre era como el olor del pan para un hambriento. Los brazos fuertes de mi padre nos rodeaban y apretaban haciendo que la respiración se me cortase. Cuando nos separamos, en sus ojos vi unos sentimientos indescriptibles, que penetraron a lo más hondo de mi alma y me hicieron estremecer de puro sentimiento.

—Mis niños, mis queridos niños, cuánto habéis crecido —nos dijo nuestra madre mirándonos de arriba abajo—. Sois todos unos adultos ya, pasemos al salón, hay tantas cosas de que hablar.

—Leonor, lleva el equipaje de los señores a sus habitaciones —ordenó mi padre con voz autoritaria—. Katy, prepáranos un té, seguro que les vendrá bien tras el viaje.

—Sí, señor —dijeron las dos al unísono.

—Mr. Green, he hecho unas galletas de canela, como me avisó de que los señoritos volvían... ¿Las mando servir? —preguntó Katy, la cocinera.

—Por supuesto, gran idea. Tú siempre un paso por delante —reuerdo que era un estricto patrón, pero no le faltaban halagos cuando las personas los merecían.

En el salón el fuego ardía cálidamente. Sobre la alfombra Basil estaba tendido, moviendo el rabo sin cesar, de vez en cuando alzaba la cabeza para mirarnos y alguno de nosotros corríamos a rascarle detrás de la oreja. Padre y madre nos hicieron miles de preguntas sobre nuestras vidas. Nos trataban como si de un largo viaje se hubiera tratado todo, y nos hicieron creer que en el fondo, había sido así. Fueron plácidas horas en las que nosotros hablamos muchos y ellos rieron y asintieron. Madre reprendió un poco a Christopher cuando hablaba de sus conquistas amorosas, le decía que un caballero siempre trataba a las damas con honor y que no se mezclaba con las mujeres del pueblo. Padre suscribió esta opinión pero no faltaron las miradas cómplices entre él y mi hermano, que dejaban ver que no solo entendía su postura sino que además, la compartía. Durante todo este tiempo los cuatro estábamos cogidos de la mano. Creo que necesitábamos el contacto de nuestros padres, el tiempo nos había hecho olvidarlos.

—Christopher, hijo, quiero que vengas al jardín conmigo, una colmena de abejas ha crecido bajo el marco de una de las ventanas y, puesto que tú estás más puesto en la materia que yo, me gustaría que me dieras algunos consejos para deshacernos de ella —dijo padre mientras se levantaba—. Así dejamos a las mujeres hablar de sus cosas, ¿no crees?

—Por supuesto padre, aunque me extraña que en esta época del año haya nacido una colmena, el frío paraliza las abejas, deben de ser una raza excepcional... —adivino que el monólogo continuó cuando ambos salieron por la puerta, pero ni mi madre ni yo pudimos oír más de la conversación.

Cuando nos quedamos a solas, madre se levantó y se dirigió a la ventana. Era alta y esbelta, en su sangre corría la elegancia nata, aquella que no puede alcanzarse. Llevaba sus ropas con absoluta delicadeza y su pelo recogido dejando caer unos tirabuzones castaños era una

mezcla de perfección y sutileza admirable. Ella había sido siempre la envidia de todo el círculo social que la rodeaba. Bella donde las hubiera, inteligente, prudente y culta como la que más. Desde mi niñez había sido el mayor ejemplo a seguir. La máxima meta a la que podría aspirar una joven de mi posición. Siempre correcta, intachable.

Como una polilla que va hacia la luz, me acerqué a ella, casi hipnotizada. Sentadas en el alféizar, contemplamos la pradera que se extendía a nuestros pies. La luz blanca que se filtraba tras las nubes daba un aspecto lóbrego al paisaje, pero lo hacía más hermoso si cabe. Ni todas las tormentas del mundo podrían haber apagado la felicidad que llevaba dentro. Todo era extraño, inexplicable, casi irreal, pero no quise preocuparme de ello. El infierno de mis pesadillas había dejado de ser un recuerdo para pasar a ser un mal sueño del que había despertado. Los escombros, la ceniza, la muerte y la destrucción solo era una difusa imagen de la que te olvidas cuando llega el día y debes salir del mundo de Morfeo. No obstante...

—Podríamos perder el tiempo dando explicaciones —la voz de mi madre estaba cargada de matices. Ella sabía todo lo que yo no. Y aunque intentara no hacerme preguntas, sus palabras no hacían más que plantearme interrogantes—. Hemos de reconocer que todo esto es... insólito. Pero han sido muchos años fuera del hogar, ¿no te parece? —asentí—. Así que lo mejor es recuperarlo como solo una madre y una hija pueden hacerlo.

—¿Qué quiere decir...? —balbuceé.

—No quiero decir nada, cariño —me acarició ambas mejillas, como cuando era pequeña y estaban surcadas por lágrimas—. Tú estás feliz por haber regresado, ¿verdad?

—Claro que sí, ¿Cómo no iba a estarlo? No sabes lo mucho que os he echado de menos —mi madre sonrió con una calidez sobrecogedora.

—Pues eso es lo único que importa —me abrazó, y hundí la cabeza en su pecho. Me entraron ganas de llorar de emoción, pero ya había derramado demasiadas lágrimas en aquellos últimos años—. Ha llegado a mis oídos el nombre de un tal Mr. Blake...

—¿Cómo lo sabe?

—Deberás aprender que las madres acaban sabiéndolo todo, querida —una mirada pícara cruzó sus ojos—. Ya lo entenderás cuando tengas hijos.

Reímos y charlamos. Le hablé de Mr. Blake, de nuestra relación. De sus clases, de las muchas cualidades que me atraían irremediablemente. Me sentí a gusto, y aunque al principio tuve algunos reparos, fue una sensación efímera que no tardó en desaparecer. Escuchar su opinión, conocer sus consejos fue algo que realmente necesitaba. Ya era la hora de comer cuando tras preguntas y respuestas llegaron los hombres para almorzar.

—Hijos, ¿por qué no vais a vuestros cuartos y os aseáis un poco antes del almuerzo? —nos sugirió padre.

Le hicimos caso. Su voz era autoritaria y tenía ese don innato de hacer obedecer. Cuanto éramos pequeños siempre temíamos que su normal tono cordial aunque serio se transformara en el grito furioso que asustaba al más valiente de los soldados. Por esa razón, seguíamos sus órdenes como buenos reclutas. Padre había estado en el ejército durante algún tiempo y había ascendido rápidamente por sus dotes de mando. Además, ambos estábamos deseando estar de nuevo por fin en nuestras habitaciones.

Puede que no crea mis palabras, lector, pero juro que son ciertas. Nuestro asombro a todo lo que estábamos viviendo se había diluido en el vaso de la felicidad, pero cobró intensidad cuando abrimos las puertas de nuestros respectivos dormitorios. Cuando entré y descubrí quién había en su interior no pude reprimir un grito de sorpresa, trastorno y miedo. Una niña jugaba con mis muñecas, llevaba uno de mis vestidos y me saludaba con una sonrisa encantadora. Pocos segundos tardé en reconocerme en aquella personita que desde el suelo me enseñaba esos dientes blancos que yo tan bien conocía. Era yo. Yo en mi infancia. Yo antes del incendio, antes de todo. En sus ojos había una ilusión que en mí se perdió hace mucho, sus mejillas eran sonrosadas y su sonrisa... su sonrisa cálida, acogedora, pura... En mí se removieron

miles de emociones que no sabría muy bien como describir. Caí de rodillas en el suelo, sumida en aquella confusión desconcertante que me sacudía. Las lágrimas caían ante la impotencia del suceso y los millones de pensamientos que venían a mi mente se sucedían uno detrás de otro, como un torbellino de dudas que me devastaba poco a poco. Respiraba con dificultad, mi vista era borrosa a causa del llanto y no podía pronunciar palabra. Creo que la niña se percató de mi pésimo estado y, para mi sorpresa, me abrazó.

—Tenía muchas ganas de estar contigo —me susurró la pequeña Charlotte con su voz angelical mientras me estrechaba entre sus brazos regordetes.

Algunas culturas orientales dicen que en momentos cruciales de la vida, las personas recibimos las revelaciones de todas nuestras preguntas. Allí, en aquella casa irreal, entre mis brazos, descubrí la razón del dolor que me había estado consumiendo durante todos aquellos años: no echaba de menos a mis padres, a mi casa, a mi hogar... Durante ese tiempo lo que realmente anhelaba era a mí. A la inocencia que se perdió, a la niña que se consumió entre las llamas y los escombros. Había buscado la alegría y la jovialidad de los años buenos. No las había encontrado. ¿Cómo iba a hacerlo? Si todas esas cosas estaban allí, en los brazos de aquella niña, que me había estado esperando desde siempre. Cuando nos separamos la cubrí de besos, la estreché de nuevo y su risa se me contagió. Sentí en el corazón un júbilo que no recordaba que pudiera sentirse. Había vuelto a casa. Me había reencontrado. Si la felicidad tuviera imágenes, la mía en aquellos momentos sería la adecuada para representarla.

Jugamos a las muñecas, leímos cuentos, le conté las maravillas de Londres que ella no conocía. Me escuchaba con los ojos abiertos, tan atenta e interesada que era una delicia hablar con ella. Nos olvidamos de la hora del almuerzo y si nos llamaron para acudir, no nos enteramos. Fueron unas horas mágicas en las que hicimos mil cosas. Nunca me había sentido tan a gusto, tan cómoda con nadie. Será porque nadie

podía darme lo que solo estaba en mí. Las horas pasaron y nuestras tripas empezaron a recordarnos el paso del tiempo.

—Charlotte, ¿no tienes hambre? —me preguntó, tímida.

—Sí, Charlotte, estoy muerta de hambre. ¡Vamos a avisar a los chicos! —nos levantamos y sin soltarnos, agarradas de la mano, fuimos a la habitación de al lado.

—...Y hay una variedad de ciempiés de un verde intensísimo — los Christopher estaban sentados en el suelo, con un libro de insectos en las piernas, que no me costó nada reconocer. Supuse que el mayor hablaba de lo que había ido descubriendo con el paso del tiempo y con sus estudios. El pequeño le miraba con un entusiasmo, y preguntaba curioso sobre todo lo que él decía.

—¿Vamos a picar algo? —dije. Mi hermano se sobresaltó y me miró, profundamente emocionando. Supe que por su mente pasaban los mismos pensamientos y que rebosaba alegría, al igual que yo.

—Sí, creo que nos hemos olvidado de la hora de comer —rio.

Cuando estábamos a punto de bajar el pequeño Christopher nos preguntó:

—¿Cómo está la tía Josephine?

—¿Sigue cantando la canción del Gigante Jack? —curioseó mi pequeña yo.

—¡Oh no! Esa canción no... —se quejó el Christopher adolescente.

—Anda no te quejes, después la echarás de menos.

—*Oh querido gigante Jack...—canturreé.*

—¿Has vuelto a casa ya? —continuó mi hermano.

—*Ya no hay mundo que explorar.*

—*El viaje ha sido largo y debes descansar...*

Nuestro canto fue interrumpido por la visión de la pequeña Charlotte, que miraba a una parte de la habitación con congoja. Ambos nos dimos cuenta y miramos hacia el sitio. Encima del escritorio, un panel de corcho sostenía a decenas de mariposas con chinchetas. Entendí

lo que le ocurría a la niña. Siempre me habían dado pena esos pobres animalitos, agujereados, sin poder hacer nada para escapar.

—Charlotte no te pongas así, es ciencia —le recriminó el joven Christopher.

—Pero es cruel...—lloriqueó.

—Las mujeres no entendéis de esto, no vale la pena discutir —bufó. Mi hermano ante esto rio.

—Anda Christopher, no te preocupes, vamos a soltarlas, a darle el capricho —el mayor se acercó al oído del pequeño—. Ya cazaremos más...

A nosotras no nos faltó tiempo para acercarnos hasta ellas y poco a poco ir quitándole las chinchetas. Como nueva sorpresa, las mariposas no cayeron al suelo como papeles delicados, sino que alzaron suavemente el vuelo, y pronto la habitación se llenó de ellas, revoloteando a nuestro alrededor. Yo empecé a reírme a carcajadas, y como suele pasar en esas ocasiones, los demás me acompañaron. Nos cogimos de las manos, y comenzamos a dar vueltas.

¡Oh querido gigante Jack!

¿Has vuelto a casa ya?

*Ya no hay mundo que explorar,
el viaje ha sido largo y debes descansar.*

A nuestro alrededor seguían revoloteando las mariposas...

¡Oh Jack, gigante Jack!

*Para ti el mundo no tiene secretos
siéntate junto al cálido fuego
disfruta del sueño
mañana volverás a viajar.*

Y las mariposas se multiplicaban, y la habitación se convertía en un hervidero de colores. Nosotros saltábamos al ritmo de la canción...

¡Oh Jack, querido gigante Jack!

Las flores han vuelto a salir

*de nuevo tendrás que partir.
Ahora te tenemos que despedir
¡Oh Jack, querido gigante Jack!...*

Aquellos gloriosos momentos, aquellos últimos instantes, fueron los más felices de mi vida.

EPÍLOGO

Green Hall, diez días después.

Algo dentro de ella se lo había dicho. Un mal presentimiento que se había instalado en la boca de su estómago desde que el carruaje dobló la esquina de su calle. “Cuentos de vieja”, pensó. Y ahora, la pregunta que se repetiría durante el resto de su vida era: “¿Y si se hubiera escuchado?”

Diez días habían pasado desde que sus sobrinos habían partido de Londres. La preocupación natural se había transformado en aprensión y ansiedad. Cada llamada a la puerta, cada sonido de la ciudad le provocaba un sobresalto por creer que ellos estaban de vuelta. Pero los días pasaban y no había rastro de lo que parecía que iba a ser “un pequeño viaje”. A la semana de la partida decidió, presa de un temor aparentemente inexplicable, buscarles.

¿Cómo iba a imaginarse la escena que se representaría frente sus ojos? ¿Cómo podía ella pensar que aquel macabro cuadro era siquiera posible? Y allí estaba. Imposible. Increíble. Absurdo. Una broma de mal gusto que la muerte había tenido a bien gastar. Primero su hermano, en el incendio. Ahora sus sobrinos, en un derrumbamiento extraño.

La habían advertido, pero no quiso escuchar. Cuando en una posada no muy lejos de allí se hablaba de la rocambolesca historia de dos jóvenes que lloraban de felicidad frente a los escombros de una mansión no podía creérselo. Decía el que contaba la historia, jurando

por lo más sagrado del mundo, que se habían bajado del coche, y que bañados en lágrimas habían empezado a reír y a abrazar a algo que supuestamente se encontraba ante ellos.

—Ni siquiera esperaré a que me pagaran, me fui. Ni por todo el oro del mundo hubiese estado un minuto más junto a aquellos locos —dijo el cochero. Movida por la curiosidad, Josephine Green, implorando al cielo clemencia, viajó hasta la mansión suplicando no encontrar nada.

No, de ninguna manera se esperaba encontrar el cuerpo inerte de un joven de unos veinte años, al que tantas veces había regañado, con el que tantas veces se había reído, bañado en un charco de sangre ya reseca y con los miembros en posturas inhumanas. Ni mucho menos a aquella muchacha a la que hacía pocos días había mecido entre sus brazos, colgando de una viga que le atravesaba las entrañas y absorbía su sangre. Una gran estaca había perforado su vientre y se balanceaba como una muñeca de trapo tendida al sol.

No tardó en llegar la gente, alertada por los gritos demoníacos que se escuchaban desde el bosque. El cochero que la había llevado hasta allí corrió en busca de ayuda. La policía llegó horas más tarde, cuando las praderas de Green Hall eran un campo de buitres codiciosos de historias y leyendas. Estos contaron como entre varias personas sujetaron a una pobre y anciana mujer, probablemente loca, que se lanzaba hacia las ruinas corriendo como desesperadamente podía. Hablaron de alguien que por sus ropas delataba ser de alto rango, pero que las ojeras y el cansancio de su mirada, ida y rota, llevaban a adivinar una pesada carga sostenida durante muchos años.

Mucho tiempo tardaron en hacer que la pobre mujer se tranquilizara. Los calmantes que le inyectó el servicio médico que junto a la policía había llegado surtieron su efecto. Las personas que husmeaban por allí se dispersaron y la noche empezaba a caer cuando Josephine Green pudo escuchar el informe del inspector:

—Hemos analizado el lugar, y al parecer, los chicos subieron a una segunda planta que a duras penas se sostenía. Su peso o algún

movimiento brusco hicieron que la estructura se viniera abajo y con ella, los jóvenes... Sentimos mucho su pérdida.

En la mente de la mujer la imagen revivió en aquel instante y un escalofrío por la espalda la hizo balancearse de delante a atrás. Los agentes intentaron, en la medida de lo posible, hacer que respondiera a algunas preguntas pero cuentan que no pronunció palabra. Algunos dicen que no volvió a hablar. Personalmente, no me extraña. Todo el amor de una vida, todo el sacrificio... Desparramado sobre los escombros y cubierto de sangre sucia. ¿No es un hecho que destroce a cualquiera?

Los chismes también relatan una conversación entre dos de los agentes:

—Mr. Landy, creo que no he visto una muerte tan horrorosa en todos los años de mi carrera, y ya sabe que son muchos —susurró uno de ellos.

—Sí, es espantoso Mr. Setterfield, aunque el caso aquel del padre que descuartizó a sus hijos... ¿lo recuerda?

—¡Claro! ¿Cómo olvidarlo? Fue espeluznante, con fortuna ese miserable recibió lo que se merecía... pero esto, esto tiene algo que hiela la sangre —el policía apartó la mirada.

—¿A qué se refiere? —preguntó extrañado.

—La sonrisa, Mr. Landy, la sonrisa de sus rostros —sentenció.

Y era cierto pues, si uno se acercaba a los cuerpos, podía verse una expresión de felicidad y alegría inigualable. Como si hubieran recibido a la muerte con los brazos abiertos.



ANA UCEDA PÉREZ | *Ilustradora*

Con la continua referencia del mediterráneo, Ana Uceda Pérez, (Almería, 1971) ha transformado sus deseos, sueños, miedos, divertimentos e ideas en trazos diversos mediante el óleo, el carbón, la arcilla o la tinta.

Artista versátil. Pinta, ilustra y plasma sus dibujos desde la perspectiva de la mujer mediterránea que vuela, nada y camina a través del viento, los animales del mar y algún gato despistado.

*Esta edición no venal,
se ha impreso en Andalucía
en el verano de 2017.*



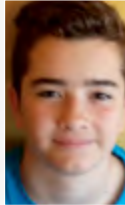
CECILIA LÓPEZ BALLESTEROS

Para mí escribir es un método para expresar mis propios sentimientos y mis propios temores. Muchas veces nos enfrentamos a problemas que creemos que no tienen solución, pero podemos plasmarlos en un relato y hacer que su protagonista se enfrente a él. Lo creamos o no, ahí tenemos un primer paso para resolver el dilema. Solo tenemos que pensar en qué haría el personaje que tú has creado, que en el fondo es una copia tuya, pero con algunas diferencias. Me gusta escribir para analizar mis virtudes y defectos, corregir estos últimos e intentar mejorar como persona en la sociedad.



ELENA CULEBRAS ORTEGA

Detrás de todo gran escritor hay un gran lector. Y es que no hay nada tan importante a la hora de escribir como contar una historia que te gustaría leer. Cuando escribo entro en una especie de trance. Es algo íntimo entre el texto y yo, y el resto del mundo no importa. Es algo maravilloso, especialmente si escribes un día de lluvia envuelta en mantas y con un buen café bien caliente. Para mí, ahí se esconde la verdadera felicidad.



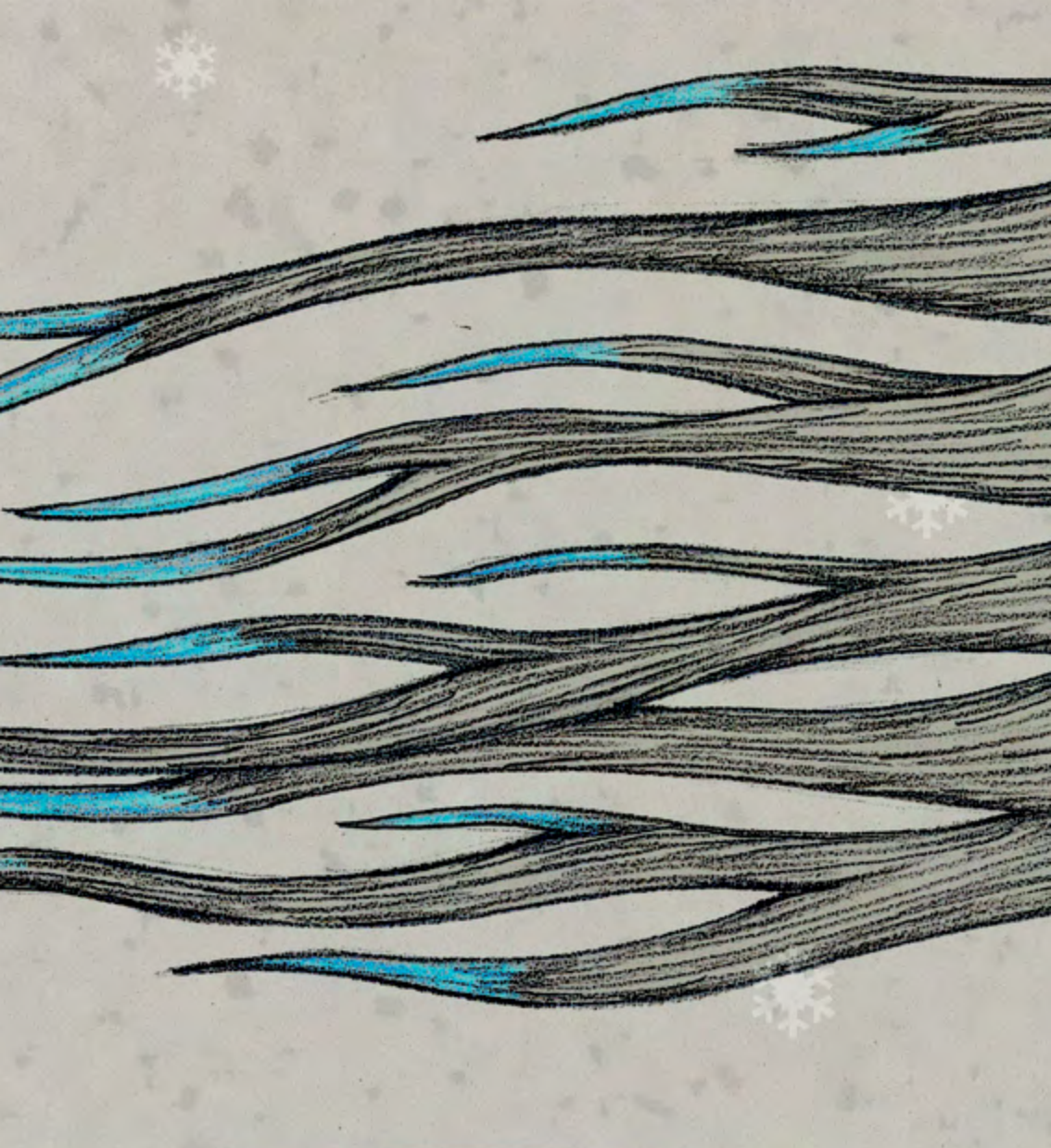
PABLO BAENA LIÑÁN

Desde pequeño me ha gustado mucho leer. Los libros que más me gustan son los que cuentan cosas de otros países o de otras épocas. Me fascina lo desconocido. Pronto me aficioné a escribir para contar mis propias historias. Especialmente me gusta escribir poesía, aunque a veces escribo también algún relato. He ganado varios premios a nivel local, provincial y autonómico, y eso me ha animado a seguir escribiendo y mejorar.



MIRIAM MANZANO PEDRERA

Antes de empezar a escribir, pasaba la mayor parte del tiempo leyendo. El ambiente de mi casa contribuía a que me gustara mucho; mi madre, mis abuelos... Siempre había algún libro por ahí, y acabé amando la lectura también. Después, en el colegio, a veces nos mandaban como actividad escribir relatos, poemas, cuentos cortos, etc. Esas eran las tareas que más me gustaban, y al final me di cuenta de que quería ser escritora. Y nunca es demasiado pronto para empezar.



JUNTA DE ANDALUCÍA
CONSEJERÍA DE CULTURA